BOLIVAR

DATE DUE	RET.	DATE DUE	RET.

Al Sr. Pbro. Dr. Guillermo Eduardo Wallosten lo regala el

Pbro. Rafael Lovera Llamo

Caracas: Agto. 8-/,900.

BOLIVAR

ERRATAS

CORRIJANSE LAS SIGUIENTES:

Página 47—línea 19 *dice* entre *por* entra.

» 48— » 7 » como » con.

» 95—*Las líneas 8, 9 i 10 sustitúyanse así:* Doi espuelas á mi bruto; de nuevo me espera el veterano apuntándome, i cuando apénas disto de él doce ó quince varas, dispara, etc.

» 106—línea 6 *dice* pueda *por* puede.

» 108— » 7 » sus » esas.

» 122— » 6 » nuestros » vuestros.

» 129— » 6 *dígase* contar *i no* referir.

JESUS MUÑOZ TEBAR

BOLIVAR

ILUSTRACIONES POR LUMET

CARACAS
TIPOGRAFIA AMERICANA
(CASA EDITORIAL)
1900



ANFILOQUIO LEVEL,

GOBERNADOR DEL DISTRITO FEDERAL,

Hago saber:

Que el ciudadano doctor Jesús Muñoz Tébar, se ha presentado ante mí reclamando el derecho exclusivo para publicar i vender una obra de su propiedad, cuyo título ha sido depositado en este Despacho i es como sigue: "**BOLIVAR;**" i que habiendo prestado el juramento requerido por la Lei sobre propiedad intelectual, le pongo en posesión del derecho que concede la mencionada Lei.

Dada en el Palacio de Gobierno del Distrito Federal, á nueve de enero de mil ochocientos noventa i nueve.—Año 88º de la Independencia i 40º de la Federación.

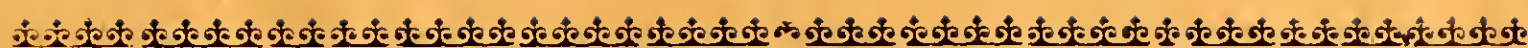
ANFILOQUIO LEVEL.

[L. S.]

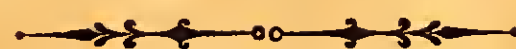
Refrendada.

El Secretario de Gobierno,

J. I. Arnal.



ETAPA PRIMERA



CASACOIMA

El río Orinoco, uno de los más grandes del mundo, larga distancia antes de llegar rectamente al mar, perdido el declive de su cauce, ya insuficiente para el inmenso volumen de sus aguas,

lanza gran parte de ellas al norte por laberinto de canales tan enlazados entre sí, como aparecen, á la mitad de la tarde, las sombras que proyecta deshojado ramaje sobre el césped de la llanura.

En el punto donde comienza á formarse el espléndido delta i á la boca de un caño nombrado Casacoima, que desagua sobre la margen derecha del dilatado río, mírase una flotilla de ligeras embarcaciones, cuales que esperan, cuales que lanzan á tierra soldados con sus armas.

A lo largo de ese caño, algo distante de su boca, se ve, que atisba, otro grupo de soldados, i frente á ellos, sobre las aguas, cinco pequeñas embarcaciones que alistan su salida al Orinoco. Más adentro, pero á la margen opuesta de este mismo desagüe de la selva, á la sombra de espeso i alto bosque, platican descuidados, Bolívar, aclamado el Libertador, y los Jefes Arismendi, Soublette, Torres, Lara i Briceño-Méndez. De improviso sobre este grupo descarga sus armas la tropa desembarcada á orillas del gran río; i Bolívar i sus compañeros se arrojan al agua i por el caño huyen, dispersándose en una dilatada expansión que forma allí magnífica laguna.

Ignorantes los que atacan de quienes fueran los que huyen, no se ocupan en perseguirlos, i continúan su marcha hacia la boca del caño, donde á poco se oye un vigoroso tiroteo que sostienen las opuestas guerrillas i quienes tripulan los botes, i luego entran á él las embarcaciones que esperaban en el río el estrépito del combate para venir á decidirlo. Ante tan superiores fuerzas combinadas la débil escuadrilla que Bolívar i sus compañeros alistaban, se rinde i sale al punto prisionera á las aguas del inmenso Orinoco.

Sobre la tierra que fecundando cruza el Casacoima, sucede luego, á la algazara de la pelea, el pavoroso silencio que reina en los bosques vírgenes cuando los vientos reposan.

Bolívar, solo, con sus vestidos mojados, sin saber fijamente el lugar donde se halla, sale á una orilla i toma pensativo el primer estrecho sendero que se presenta á su vista. Allí mismo, al pie de corpulento i majestuoso árbol de la familia de los mirtos, que ofrece al hombre grandes semillas con el sabor de las almendras, divisa sorprendido, cua-

drada tienda de campaña de ricas telas i vistosos recamos, i dentro, moviéndose, formas de mujeres vestidas á usanza de las antiguas griegas.

—Qué puede ser ésto? se dice el Libertador, acercándose á la misteriosa tienda.—Si no estoi soñando estoi loco, prorrumpe, pasando por la frente su diestra.

—Ni soñando, ni loco, le dice voz dulcísima de bella mujer que sale un paso fuera de la tienda. Entra en aquel pabellón, le agrega, señalando uno pequeño de listada i gruesa lona, que allí cerca exhibe su cónica silueta, i permanece en él mientras la esfera de oro que en su centro hallarás montada gira cuatro veces sobre su eje. Durante ese tiempo quedarán secos tus vestidos i cesará la nerviosa agitación que te conmueve. Ven entonces aquí donde te esperamos.

Bolívar, desconfiando de su propia existencia marcha silencioso al sitio que se le designa. Vuelto á la misteriosa tienda, tres arrogantes damas que le esperan sentadas, le brindan una silla frente á ellas en torno á una mesa de ópalo con pies de cincelado bronce que sostiene un jarrón i copas de oro.



Es una de las damas de cabellos rubios i crespos, ceñidos por diadema de aurea lúnula engastada de preciosa pedrería; ondulantes rizos caen sobre la tersa i sonrosada frente: las cejas morenas i delgadas forman dos arcos sobre ojos grandes con iris de azul celeste: la nariz recta, delgada i pequeña: la boca de labios angostos i rojos, también pequeña: la faz graciosamente ovalada, cuello largo i erguido sobre hombros de suaves curvas: brazos robustos i bien torneados: manos delicadas con dedos que van adelgazándose hacia sus extremidades: pecho turgente i delgada cintura: cuerpo alto i esbelto Su vestido es blanco como la nieve, oprimido con cinturón del color de sus encantadores ojos.

Tiene la otra dama cabellos negros i brillantes, que salen fuera en contorno del frigio gorro que cubre su cabeza: sus cejas i el iris de sus ojos, negros como su cabellera: la boca grande, pero bella, tez morena, también esbelta, i va vestida del color de sus labios i ceñida con dorado cinto.



La tercera dama, de frente ancha i de hermosa cabeza, ostenta la cabellera blanca de una octogenaria, i como diadema, en lámina de oro, el simbólico sol alado que veneró Egipto. Contrasta noblemente aquel signo de ancianidad con una fisonomía bella aunque severa, que tiene toda la frescura de la juventud. Su nariz i su boca son como las de las diosas griegas; i sus ojos, garzos, expresivos i mui grandes. Su vestido, del color del cielo con ceñidor blanco.

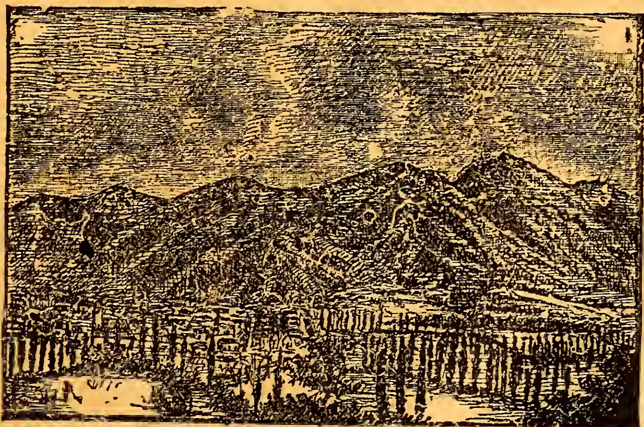


Las tres ninfas llevan como indispensable distintivo, cada una gran broche plano i circular colocado sobre el vestido en el centro del pecho. El de la ninfa de los rubios cabellos deja ver sobre campo azul un disco de oro central que lanza rayos á todo su contorno: el de la que tiene negra cabellera, campo azul arriba que simula el cielo i verde abajo, que representa una llanura, i en esta, desnudo i arrogante caballo galopando Es, sin duda, enigmático el disco de la ninfa de cana cabellera, porque no se descubre el sentido de lo que representa: sobre campo azul, que llena todo el círculo está inscrito un triángulo equilátero con un vértice hacia abajo, formado por tres líneas rojas: dentro de este triángulo inscrito á él un trébol, también de líneas rojas, i en el centro del trébol que es necesariamente el centro del círculo, una estrella de cinco puntas, color de oro.

—Os suplico, adorables ninfas, me digáis quienes sois para salir de la horrible confusión en que me encuentro, dice Bolívar, al ocupar el asiento que se le brindaba. No alcanzo á explicarme como podéis estar aquí en estos bosques vírgenes que ninguna planta humana ha hollado todavía. Si viviera en los tiempos del paganismo diría que erais diosas i os ofrecería mi adoración.

—Solo hai un Dios, dice la dama de la blanca cabellera: el Ser increado i eterno, autor de la materia i de la fuerza. Nosotros, como vosotros los hombres, somos también criaturas de Dios i habitamos la Tierra; pero de naturaleza superior á la vuestra, poseemos cualidades que no podeis alcanzar ni comprender. Después de nacer, no moriremos sino cuando la humanidad desaparezca de la haz del mundo. Por un acto de nuestra voluntad nuestros cuerpos se hacen al instante visibles ó invisibles á los ojos humanos; i tan poco densos, que podemos elevarnos como las águilas i movernos con más facilidad i con mayor rapidez que con sus alas la inquieta golondrina. Pero no te empeñes en saber más por ahora de nosotras sin que antes nos digas quién has sido i quién eres.

Ocupa Bolívar el asiento que se le ofrece i habla de este modo.



—Nací en la bella ciudad de Caracas, que regada por el murmurante Guaire, bordado de sauces, se reclina al pie de

magestuoso monte, en valle siempre fresco i verde, mui elevado sobre el nivel de las aguas del vecino mar. Hijo de padres ricos, visité alegre, cuando joven, las principales ciudades de la opulenta Europa. Feliz amante luego, Himeneo me bendijo, pero la Parca envidiosa dejó viuda mi alma cuando todavía tenían fragancia los nardos de la corona nupcial. Hoi soi caudillo de la independencia americana i me apellidan el Libertador.

Un lustro hace que vengo presidiendo la formidable lucha que estas colonias de España han emprendido para lograr su soberanía. I ¿podré acaso fatigaros con la dolorosa relación de los sucesos ocurridos en mi patria en esos terribles años?

—Prosigue que te oimos con interés, dice la ninfa de los rubios cabellos.

—El quinto día del mes de Julio del undécimo año de este siglo, un Congreso insigne declaró desde la ínclita Caracas, á la faz de todas las naciones de la Tierra, que Venezuela asumía su natural soberanía invistiéndose con todos los atributos i prerrogativas de nación independiente. Aquel día mi noble patria dejó de ser colonia sumisa de la remota España. Culpa de España misma fue esta resolución de Venezuela, que tomaron casi simultáneamente, todas sus demás colonias de América, porque, después de descubrirlas, sólo pensó en explotarlas. Sacrificó impía á todos sus aborígenes en aras de una codicia desenfrenada i torpe: las empobreció luego, arrendándolas á mercaderes corrompidos: las gobernó con magistrados ignorantes: las juzgó con jueces crueles i venales: les prohibió el comercio con las otras naciones de la Tierra; i crió á sus nuevos hijos con el pan ázimo de la ignorancia i con el amargo brebaje del servilismo.

Al finalizar el pasado siglo, ya germinaba en el corazón de los venezolanos el airado sentimiento de la insurrección; i para entonces hubiera dado en Venezuela su primera i terrible sacudida, si la trama revolucionaria no hubiera sido revelada al Gobierno de Caracas, i el ardid sujerido por un obispo, no hubiera puesto en manos del Gobernador, por propia delación, á casi todos los tímidos é incautos revolucionarios, menos á los que huyeron del país. El protomártir de mi patria, que tenía el mismo nombre de la na-

ción que nos oprime, huyó entonces á la vecina isla de Trinidad, i allí pudo salvarse; pero frustrado por completo el patriótico propósito i atraído por el ardiente amor que tenía á su esposa, volvió luego oculto á su abandonado i lloroso hogar, i disfrazado, burló por algún tiempo la incansable vigilancia de las autoridades españolas; mas, al fin, descubierto, fue ahorcado con ruidoso aparato en la plaza principal de Caracas para escarmiento de independientes.

El calamitoso estado de España i de todas las naciones de Europa, señalaba entonces la hora de la redención americana. Perder aquella hora era exponerse á nuevos siglos de servidumbre.

A Inglaterra, la poderosa nación de donde ha salido para el mundo tanta luz i tanta libertad, se ocurría con empeños i confiados en solicitud de auxilios para la independencia americana. Ella tenía que cobrar vengativa á España los favores que ésta prodigó á los Estados Unidos. Miranda los pedía para Venezuela; Nariño para la Nueva Granada; Caro para el Perú. Yo mismo fuí luego á implorarlos, i aunque sólo se lograron promesas, no era posible esperar ya más tiempo i sobrevino la insurrección i el glorioso cinco de Julio para Venezuela.

Miranda, el famoso caraqueño que había combatido al lado del gran Washington, i dejaba célebre su nombre en toda Europa, como experto i valeroso general, fue nombrado por el Congreso, Jefe del patriota ejército venezolano.

Pero el infortunio presidió el nacimiento de la revolución americana en todas partes; i era que no podía sin quebrantos dolorosos pasarse violentamente de la noche i pesadumbre de la colonia, al día i contento de la independencia. Lucha muy desigual había de trabarse entre la impericia de los republicanos i sus nobles ideales; i la felonía i ferocidad de los españoles.

La naturaleza misma al principio de la brega pareció ponerse del lado de nuestros opresores Los Andes sacudieron convulsivamente su gigantesco lomo, como serpiente que corre, i volcando en un instante nuestras ciudades, i enterrando bajo sus muros vidas i riquezas innumerables, difundieron el espanto en el pueblo, i el pánico llenó de frío pavor el corazón de las multitudes.

Serie terrible de deslealtades i cobardías disminuyen hora por hora nuestras fuerzas i aumentan las del enemigo. Yo, que guardaba la importante fortaleza de Puerto Cabello, la pierdo porque mis compañeros me traicionan.

El gran Miranda tiene que capitular tristemente ante el improvisado Monteverde; i cargado de cadenas, se le lleva de calabozo en calabozo á morir solitario i miserable sobre áspero jergón en la Carraca de Cádiz.

Por qué este grande hombre prefirió la humillación i el martirio á la muerte gloriosa del combate, es todavía para mí un misterio inexplicable.—¿Pudo acaso tánto en su ánimo, educado i altanero, ver á la mayor parte de sus compatriotas irresolutos y desconfiados en la alta labor de la independencia nacional?

Fortuna fué para la causa americana que los españoles, cegados por sus triunfos, se enloquecieran con los furores de las venganzas, i que su espantosa crueldad hiciera que de nuevo se formase núcleo resuelto i pujante para la lucha.

El gallardo Mariño, los valerosos hermanos Bermúdez, el esforzado Piar, el instruído Ascúe i cuarenta patriotas más, alzan de nuevo en el Oriente de Venezuela la bandera de la patria.

Un monstruo humano (no quiero nombrarlo) llegó allí á encender más con sus crímenes el fuego sagrado que ardía en los nobles pechos republicanos. Para aquella fiera, que se decía defensora de los derechos de España, todo americano merecía el tormento i la muerte, sin que el sexo ni la ancianidad, ni la niñez detuvieran la saña de su alma: á muchos cortó las orejas; á muchos desolló vivos. El tristísimo quejido de las víctimas lo deleitaba. Con espantosa carcajada, propia de Satanás, veía los martirios de aquellos á quienes hacía quitar la piel de la planta de los pies i obligaba luego á que caminasen sobre caliente arenal, ofreciéndoles por este dolor la vida, que siempre les quitaba.

—¡ Cuánta ferocidad cabe en el corazón de los hombres ! exclama indignada la dama de los canos cabellos.

—¡ Horrible ! dicen á un tiempo sus dos bellas compañeras.

Bolívar continúa:

—El ejército patriota acampado en la heroica ciudad de Maturín, castigó allí en diversas ocasiones á los que enviaba España

á combatirlos. ¡ Bendecida ciudad, ante cuyos muros mordió el polvo tantas veces el furioso enemigo !

Mientras tanto yo en Nueva Granada servía con gran fortuna la causa americana ; i gracias á ello i á mis fervientes súplicas, logré que el Congreso que fundaba los destinos de aquella patria hermana, me diese autoridad i auxilios para emprender campaña libertadora sobre mi amada Venezuela.

Grandes patriotas me acompañaban : el constante é infatigable Urdaneta, el arrojado Rivas, los valerosos D'Eluyar i Giraldot.

El furor de la represalia hacía hervir mi sangre i la de todos mis compañeros. I ¿ cómo soportar serenos tanta ferocidad ejercida por los españoles ? Quisimos hacer imposible para siempre la idea de una reconciliación entre nosotros. Mi decreto declarando que la guerra sería á muerte, definió ante el mundo entero la resolución de nuestros propósitos i el coraje con que íbamos á defenderlos.

La victoria de Niquitao, en que el atrevido Rivas con su tropa de cuatrocientos indios merideños, bisoños en la guerra, combate durante todo un día con los ochocientos soldados de Martí, con encarnizamiento sin igual ; i luego, la victoria de Horcones, en que el mismo Rivas vence en un solo i rudo choque á Oberto i á su legión de mil combatientes, me abrieron el camino hasta San Carlos, donde reuní todo el ejército republicano, constante de dos mil quinientos soldados briosos i entusiastas, que puse en marcha contra el ejército de Izquierdo, que me cerraba el paso á la ciudad de Valencia.

Urdaneta mandaba la vanguardia, i después de atravesar las sabanas de Tinaquillo, divisó sobre las alturas que las limitan por el norte, tropas avanzadas del enemigo. Sin vacilar subió la cuesta, atacó las guerrillas, las dispersó i desde la cumbre vió al otro lado la hueste enemiga en línea de batalla. Envióme aviso de lo que observaba : apresuré la marcha de mis tropas, i cuando llegué con todas ellas á incorporármele, ya el temor dominaba á Izquierdo, que, cambiando su formación de batalla, emprendía marcha por columnas hacia Valencia.—¿ Cómo obligarlo á combatir ?—Varias veces lanzé sobre él masas de caballería en la es-

peranza de que aceptase la provocación; pero no se logró detenerlo, ni desordenarlo. Nuestras cargas fueron rechazadas con habilidad i energía. Quedaba ya mui poco espacio de llanura donde nuestra caballería podía combatir con ventaja; la enemiga tropa iba pronto á entrar en la fragosa sierra. Acercábase el sol á su ocaso: la noche iba á imposibilitar nuestros movimientos: aquel ejército salvado era quizá la perdición del nuestro, obra de tantos sacrificios. ¡ Qué horrible desesperación conturbaba nuestros ánimos en aquel angustioso momento !



Ocurrióseme entonces montar un infante á la grupa de cada caballo para desmontarlos, tan ordenadamente como fuera posible, frente al enemigo; i aprovechar el desorden que produjeran los inesperados fuegos sobre la línea contraria, para que nuestra caballería diese una última i suprema carga, que la rompiese i obligase á combatir. Urdaneta, D'Eluyar, Figueredo i otros bravos oficiales iban en aquella legión de centauros de tres cabezas á dirigir el atrevido movimiento; i todo resultó como lo anhelaba el deseo. ¡ O día glorioso ! ¡ O campo memorable de Taguanes ! ¡ Cómo todavía tu recuerdo hace palpitar de alegría mi corazón ! ¡ Cómo te bendigo aún con el mismo santo entusiasmo de aquella hora sublime !

En tierra los infantes i en línea de batalla sobre el costado de las columnas enemigas que marchan apresuradas, disparan la imprevista descarga. I antes que hubiesen los españoles recobrado el aplomo que les quitó aquella sorpresa, la inmensa masa de nuestra caballería cayó sobre ellos con la fuerza del huracán, desordenó las filas, acuchillólas furiosa i pasó al otro lado dejándolas en medio de cuerpos enemigos. El combate duró poco tiempo: Izquierdo quedó gravemente herido en el campo i toda su tropa derribada ó prisionera: sólo un oficial en desbocado caballo se salvó de la general catástrofe para ir á dar en Valencia la terrífica noticia á Monteverde, que con los suyos fué medroso á encerrarse en las fortificaciones de Puerto Cabello.



Valencia me recibe alborozada, i después Caracas me tributa los honores del triunfo i me aclama Libertador. Ningún mortal tuvo jamás dicha mayor que la mía, cuando entraba victorioso á mi ciudad natal después de tantos desvelos i fatigas.

Mariño había ocupado á Cumaná. Esta ventaja nos costaba la vida de uno de nuestros héroes, é hizo ver que todavía la saña española no había sido domeñada por la nuestra.

El valiente Bernardo Bermúdez había caído prisionero en el golfo de Güiria en un combate de esquifes, i llevado á Carúpano se resolvió fusilarlo allí en el acto. Los disparos que sobre él hicieron llenaron su cuerpo de profundas heridas; pero no le arrebataron la vida, i el cariño de algunos amigos logró que no se le rematase, sino que se le llevara al hospital con la dulce esperanza de salvar tan preciosa existencia. Al saber el feroz jefe español que mandaba en aquella ciudad, la ocupación de Cumaná por el ejército patriota, ordenó que el postrado héroe fuese en su propio lecho asesinado; i al punto se ejecutó la infame orden. Su valeroso hermano José Francisco, al saber la espantosa desgracia, juró ante su afilado sable exterminar á cuantos enemigos encontrase en su camino; i cumplió de modo terrible su juramento.

En la isla de Margarita, sus hijos, acaudillados por un joven entusiasta, proclamaron valerosos la República, atacaron el Castillo de Pampatar, lo rindieron é hicieron prisionero al cruel jefe que allí mandaba en nombre de España. El temido caudillo Arismendi, preso en aquella fortaleza, obtuvo con su libertad el mando de la heroica isla que sus compatriotas le confiaron.

Cuando finalizaba el año tercero de nuestra contienda,

aparecieron sobre el horizonte de la naciente República, como amenazadores espectros, por una parte, la expedición armada que enviaba España á Venezuela en socorro de sus aniquilados defensores, que llegó felizmente á Puerto Cabello; i por la otra, las siniestras personalidades de Boves i Morales, que juntaban i armaban en las llanuras guariqueñas, legiones numerosas contra la conquistada independencia de la Patria.

Reforzado Monteverde, atrevióse á salir de sus castillos i vino amenazante camino de Valencia. Se combatió frecuentemente con ventajas para la República, en Bárbula, en Las Trincheras, en Vigirimá; pero en Bárbula perdió la Patria al valiente Giraldot. que cayó herido en la frente al tremolar en la cumbre de la colina el pabellón tricolor.

No había remedio: debía prepararme á continuar sin descanso la formidable lucha.

Dispuse que Urdaneta marchase al Occidente, como jefe de aquella parte de la República, mientras lanzaba sobre Boves al bravo Campo Elías i á la bizarra hueste que tan arrogante i dignamente comandaba. En el campo de Mosquitero se encontraron estos dos adalides. Campo Elías llevaba mil quinientos ginetes i, mandados por el bravo Ustaris, mil infantes. Boves tenía dos mil ginetes i quinientos infantes, estos últimos á la orden del cruel Morales. Ambos generales desplegaron sus fuerzas en línea de batalla la una frente á la otra.

Campo Elías, arrogante sobre blanco corcel, avanzado en el centro de sus filas, llama á los jefes de las dos alas de su hueste, i les dice: "Espero que Boves para empezar el combate atacará primero una de nuestras alas. Si esta resistiera al choque, él lanzaría sin demora toda su fuerza sobre nosotros i el resultado de la batalla sería entonces dudoso predecirlo; pero si el ala atacada cede i huye, él esperará, lo que es natural, que tratemos de defenderla, desorganizando nuestra formación de batalla i dándole oportunidad de cargarnos con ventaja. Huyendo una de nuestras alas no esperará Boves que le vayamos encima con todo el resto de nuestro ejército, i por eso mismo quiero ejecutar tan inesperado movimiento. Es, pues, mi orden, que el ala que sea atacada combata perdiendo terreno; pero al lanzarnos todos los demás sobre el enemigo, hará pie firme ante quienes la

persiguen, mientras nosotros destruímos, amparados por la sorpresa, la indisciplinada caballería de Boves.

Boves, en efecto, lanzó parte su caballería sobre el ala izquierda del campo patriota, que al punto se alejó como derrotada i perseguida. Entonces Campo Elías con todo el resto de su fuerza se precipitó como una sola onda sobre la asombrada caballería de Boves, que cedió al empuje i huyó destrozada.

Junto con la noticia de tan famosa victoria en el campo de Mosquitero, recibí la de haber Yáñez ocupado á Araure, donde esperaba á Ceballos, que venía á reunírsele.

Emprendí la campaña sobre Occidente con Urdaneta á la vanguardia, formada de tres divisiones que regían Manrique, Palacios i Villapol; con Campo Elías i su hueste, recien venidos á San Carlos de su brillante campaña del Guárico; i con Rivas Dávila i Briceño i sus famosas caballerías.

Llegados á las cercanías de la ciudad de Araure, donde muere la serranía sobre la pampa, bajando por colinas á los terromonteros, á las galeras i á los petriles, se descubrieron fuerzas enemigas sobre las circunvecinas alturas; pero al punto acampamos por estar ya mui entrada la tarde. Al amanecer del día siguiente habían desaparecido de las galeras las avanzadas enemigas; i subidos á ellas, vimos que la ciudad estaba también abandonada i gozosos la ocupamos

Manrique, que se había adelantado en exploración con sólo sus quinientos valerosos cazadores, hacia las márgenes del río Acarigua, descubrió allí al enemigo, que al instante descargó sobre él sus cañones i lo envolvió con grandes cuerpos de caballería. En medío de la llanura vióse forzado á aceptar el desigual combate, i lo sostuvo gloriosamente, quedando muertos ó heridos casi todos sus compañeros, porque llegaron tarde en su auxilio las otras divisiones que corrieron desde la ciudad al oir el lejano cañoneo.

En aquel campo, dadas las tristes circunstancias que nos rodeaban, debía obtenerse una victoria decisiva ó una completa derrota.

Puestos en línea de batalla los cuerpos de nuestra infantería al mando del sereno Urdaneta, allí donde yacían tendidos los quinientos valerosos cazadores de Manrique, coloqué detrás la caballería de Campo Elías con orden de lancear á

quien volviese la espalda en el combate. Mas lejos me situé con el escuadrón de Rivas Dávila para dirigir la batalla.



Bajo los fuegos de la artillería española, nuestra infantería emprendió gallarda i ordenadamente su marcha en batalla hasta llegar á cincuenta pasos del enemigo, i fué entonces que rompió sus fuegos sobre el mismo pecho de la contraria hueste. Simultáneamente, con este brillante movimiento de nuestros veteranos infantes, por un lado Briceño, i por otro Salcedo, con cuerpos de caballería, cayeron sobre los cañones españoles i se apoderaron de ellos, hiriendo sin piedad á los aterrorizados artilleros. El ala izquierda del enemigo se movió entonces para atacarnos por la espalda i le salió al encuentro el cuerpo que formaba nuestra segunda línea. El choque fué rudo i sangriento: observé que nuestra caballería vacilaba: dispuse el avance de los dragones de Rivas Dávila, que restablecieron el orden i la confianza en nuestras filas, las cuales, rechazando la carga que sufrían, llevaron á las contrarias la confusión i la derrota. Ceballos huyó de allí hasta Guayana, i Yáñez fué á fijar sus reales á San Fernando de Apure.

El Oriente de la República estaba sin enemigos, con

Mariño al frente de numerosa i bién provista tropa; García de Sena ocupaba á Barinas, i Urdaneta, desde Barquisimeto preparaba su campaña sobre la resistida Coro; pero Boves, el hombre–demonio, reapareció formidable en las llanuras del Guárico al frente de cuatro mil ginetes. Aldao, que guarnecía á Calabozo con mil infantes, le salió al encuentro, i en el paso de San Marcos se abocó de improviso con aquella inmensa caballería que ocupaba gran parte de la dilatada llanura. Aldao resolvió perecer allí con todos sus compañeros; i comenzada la desigual batalla, la sostuvo temerario, terrible, imperturbable. Mientras hubo un soldado con vida, disparó su arma ante aquella avalancha de caballos que Boves arrojaba sobre tan esforzados enemigos.

¡ Horrible hecatombe que cubrió de duelo la República !

Así, espantoso, se anunciaba el año fatídico de 1814.

Rehecho Yañes en San Fernando volvió á la campaña con dos mil ginetes. Mil envió con el feroz Pui sobre Barinas, que fué abandonada por García de Sena, i con los otros mil se dirigió él mismo á Ospino, que defendía el patriota Rodríguez. El activo é infatigable Urdaneta, sabiendo la apurada situación de Ospino, despachó en su auxilio un batallón al mando del brioso Gogorza para auxiliar á los bravos defensores de la ciudad. Gogorza llegó á tiempo, peleando bizarramente : el fuego de sus fusiles i la punta de sus bayonetas sujetaron las diversas i furiosas cargas de la caballería de Yañes, i penetró á Ospino desplegada la bandera de la Patria, dando víctores á la República i acogido por atronadores hurras de sus bravos defensores.

De improviso la tropa realista cesó de combatir i se retiró, con grande admiración de los patriotas. Era que Yañes, su valeroso caudillo, había caído muerto de un balazo en el combate.

Boves marchó con siete mil hombres sobre Villa de Cura, donde le esperaba Campo Elías con solo tres mil, quienes durante el combate, heridos de pánico por el nombre de Boves i lo numeroso de su fuerza, se dispersaron i huyeron dejando á su jefe apenas acompañado de pocos leales oficiales i soldados.

Boves siguió de allí á La Victoria, que defendía el heroico Rivas; i desde la mañana atacó furiosamente la ciudad. Ya en la tarde, Rivas i sus compañeros estaban reducidos al recinto de la plaza, luchando desesperadamente; mas, á esa hora, los que combatían desde lo alto de la torre divisaron tropa amiga que venía á auxiliarlos por el camino de San Mateo. Llenos de alegría la declararon con vivas á la Patria, i abandonando por un instante el fusil, echaron á vuelo las campanas, que tan á mano tenían. El imperturbable Rivas ordenó á Montilla que con cien ginetes i cincuenta cazadores saliese del recinto á apoyar la entrada de los que llegaban tan oportunamente á su defensa. Era el temido Campo Elías que penetraba en la arena del combate con su habitual bravura, infundiendo espanto en las filas del enemigo, el cual pensando que pronto llegarían nuevos auxilios enviados por mí, abandonó el campo i se retiró á Villa de Cura.

Los nombres de Montilla, de Soublette i de Ayala brillarán con aureola de gloria al lado del legendario Rivas en la furiosa defensa de La Victoria. La patria lloró allí con amargura la muerte del eximio patriota Rivas-Dávila.

Año sangriento! Nubes de odio cubrían el cielo de la patria. Españoles i venezolanos ejercíamos con furia espantosa las venganzas. Eramos implacables: se tenía por delito la misericordia, i nos atraía como vorágine el exterminio.

Mientras Boves, después de descansar algunos días en Villa de Cura, volvía sobre mí con sus siete mil hombres, yo apenas había logrado reunir en San Mateo, dos mil para hacer frente á tan empecinado i animoso combatiente. Mas como casi toda la fuerza de Boves era de caballería i casi toda la mía de infantes bien pertrechados i atrincherados en mui buenas posiciones, el poder de esas dos masas militares se equilibraba para sostener larga i encarnizada lucha. Sinembargo, había de pensarse que sabiendo Boves que yo estaba allí, serían inauditos sus esfuerzos para vencerme i adueñarse de mi cadáver ó de mi persona.

Repetidas veces había ordenado á Mariño que viniese á

auxiliarme con su ejército de Oriente, i confiado en que pronto había de llegar, resolví soportar el cerco que Boves intentaba ponerme en aquella villa, hasta quemar el último cartucho i dar á mi tropa el último bocado.

El 28 de febrero Boves lanzó sobre mi campo con horrible algazara su numerosa hueste, que llegó hasta las extremas calles de San Mateo, ya convenientemente preparado para su defensa i abastecido para un largo sitio. La resistencia que le opusimos lo detuvo con horrible estrago en sus filas. La altura del Calvario, defendida por Campo Elías resistió con denuedo la furiosa embestida de la tropa de Boves. Herido mortalmente Campo Elías, lo reemplazó en el mando de tan interesante posición Villapol, que á poco cayó muerto en la terrible lucha. Su hijo, joven de diez i ocho años, que yá herido se había separado de las filas combatientes, al saber la muerte de su amado padre, vuela al Calvario, toma el mando de sus defensores i cargando con ellos desesperado i formidable, desaloja de los inmediatos muros al enemigo, i, desangrado por el supremo esfuerzo, se desmaya en brazos de sus nobles soldados.

Al declinar la tarde una bala hirió á Boves en una pierna i tuvo que abandonar el campo; i el ala derecha de los realistas, que Morales dirigía, fue al fin rechazada con muchas pérdidas por el denodado republicano Gogorza.

El enemigo suspendió el combate i acampó en sus posiciones de la mañana.

Como Boves fuese á Villa de Cura á curarse de su herida muchos días pasaron sin que se intentase de uno ú otro bando nuevo ataque.

En aquellas apuradas circunstancias recibí aviso de que el bandolero Rosete con una turba de foragidos amenazaba á Caracas. ¿Cómo no mandarle algún auxilio á la ciudad amada, aunque yo también lo necesitase? Ordené, pues, que Montilla con trescientos soldados escogidos entre los mejores, marchase en auxilio de la capital.

Noticioso el enemigo de haber salido de la plaza, considerable

número de soldados, resolvió el once de marzo atacarla otra vez; pero fué, como en la primera, rechazado con rudeza.

Seis días después dispuse un ataque de madrugada á varios cuerpos de caballería que acampaban inmediatos, i se logró sorprenderlos, desordenarlos i perseguirlos largo trecho.

El día 20, grande algazara recorre toda la línea enemiga, i víctores á Boves denuncian la vuelta de este incansable jefe al frente de su hueste.

Bien probado tenía ya el caudillo español que su numerosa caballería nada era ante las trincheras de los patriotas de donde llovía hierro i plomo mortíferos lanzado por nuestros cañones i fusiles, i por esto trajo pensada, al volver, una hábil estratagema, que al punto quiso poner en ejecución.

Ordenó secretamente que una fuerte columna, marchando por caminos extraviados i difíciles, llegase á ocupar en la noche del 24 la cumbre de los cerros que se levantan al norte de San Mateo, i que de allí bajase de improviso en la madrugada del 25 sobre la casa alta del ingenio, donde Ricaurte custodiaba el copioso parque republicano, tesoro de infinito valor para nuestras armas en aquel grave trance. A la misma hora de ese día Boves, por su parte, atacaría abajo, furiosamente sobre toda la línea de batalla.

Así se efectuó. Al iluminar el campo la aurora de aquel día, Boves, arrogante sobre su brioso caballo negro, enjaezado de plata, recorría por entre la muchedumbre de sus escuadrones, animados por las alegres cadencias de la diana, enardeciéndolos al combate, seguro como estaba que la más completa victoria iba á llenar su alma de inefable regocijo.

Yo i todos mis leales i bravos compañeros pensamos también que San Mateo sería nuestra gloriosa tumba, cuando vimos descender la columna enemiga sobre la casa del parque, i salir de ella sin combatir, i bajar huyendo hacia nosotros, los oficiales i la tropa que lo custodiaba.

¡O momento de suprema angustia!

Vimos penetrar la columna realista al interior de la casa, i oimos un hurra atronador salido de toda la línea española.



Pero el sublime amor á la patria realizó en aquel instante un milagro de heroismo. Siéntese una explosión espantosa; conmuévese la tierra; suspéndese en ambos campos la pelea: una columna de espeso humo sube de la casa del parque; i apenas salen de ella pocos realistas á escape por donde habían venido de sorpresa.

Ricaurte había despedido á todos sus compañeros, después de haber preparado los pertrechos de modo que pudiese él mismo quemarlos en un instante luego que la casa estuviese llena de enemigos.

¡Víctima heroica, inmolada por tu propia mano en aras de la patria, yo te nombro con veneración!

Sublime! sublime! sublime! dicen una después de otra las tres divinas mujeres que oyen á Bolívar con intensa atención.

Pocos días después, continúa diciendo el Libertador, sabe Boves que Mariño marcha en nuestro auxilio i se aproxima á la Villa de Cura; i el 30 de marzo levanta el sitio de San Mateo i va á encontrar al aguerrido oriental. Este, al tener noticia de la aproximación de Boves, había tomado posiciones ventajosas en Bocachica, donde le halló el intrépido caudillo realista al mediodía siguiente, comenzando en el acto la batalla que prolongó hasta el anochecer, cuando falto de pertrechos, decidió retirarse; pero dejando tan quebrantado á su experto contendor que este no se atrevió á perseguirlo.

El temible caudillo siguió su retirada por Güigüe hasta Valencia, sitiada entonces por las falanges de Ceballos.

Pero en Valencia estaba el constante i valeroso Urdaneta, resuelto á cumplir la orden que le había dado de defender la plaza hasta morir. Había llegado allí después de ejecutar prodigios de valor i astucia en Barquisimeto i en San Carlos. Penetró casi solo al recinto de esta última plara cuando estaba sitiada por numerosas tropas enemigas; i combatió en ella muchos días; i de ella salió, por una hábil estratagema, con los batallones republicanos, hasta Va-

lencia. En esta ciudad con solo trescientos soldados resistió el estrecho cerco i los incesantes ataques de cuatro mil hombres al mando de Ceballos. La sed i el hambre se hicieron sentir en la exhausta ciudad á los pocos días del sitio, i el 2 de abril, cuando se incorporaba Boves, la desesperada situación de los patriotas era alarmante; pero la noticia que llegó á los sitiados de la aproximación del victorioso ejército libertador, dió fuerzas á los moribundos ánimos para resistir á la última, feroz embestida de los realistas. Asomaba por el oriente el sol del 3 de abril cuando el ejército español abandonaba el cerco de Valencia i se ponía en marcha para Tocuyito. Ese mismo día me adelanté, acompañado de varios oficiales, á dar mis aplausos en nombre de la patria á los constantes i heroicos defensores de la ínclita ciudad.

Ordené la inmediata i activa persecución de las divisiones de Ceballos i de Boves por el ejército de Mariño; i seguro de los buenos resultados que habían con ella de obtenerse, me entregué tranquilo al pensamiento de asaltar á Puerto Cabello i arrebatar al enemigo plaza tan importante para la República.

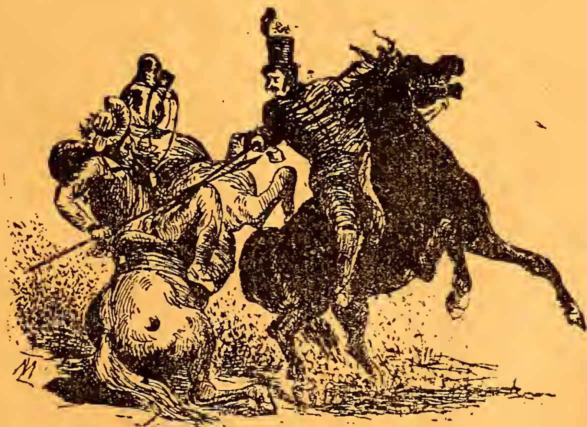
Pero ¡o desventura inaudita! Pocos días trascurren, i me sorprende i anonada la nueva de una inexplicable dispersión de la hueste de Mariño en Arao, cerca de San Carlos. Regreso á Valencia á saber lo cierto de lo ocurrido, i era verdad que el pánico había dispersado nuestras tropas, i que gracias á la serenidad i pericia del gran Urdaneta, casi todo el ejército republicano se había salvado i se reorganizaba.

Cagigal asumió el mando de las falanges realistas i vino á acamparse á Tocuyito. Le salí al encuentro, i con él avistado el 17, en estensa i limpia llanura se desplegó en batalla nuestro ejército frente al del enemigo que hizo lo mismo. Pero en aquel momento, plomizas i grandes nubes que venían apiñándose sobre nuestras cabezas, ocultaron el sol i obscurecieron el campo. Viento de tempestad empezó á sentirse tremolando rápida i rudamente las banderas de ambas filas; i luego lluvia torrencial cayó furiosa, durante una hora entera, é impidió que la batalla comenzara. Serenado luego

el tiempo, era tarde para trabarla, i ambos ejércitos permanecieron inactivos.

Entre los jefes orientales de la caballería patriota estaban Carvajal i José Gregorio Monagas, i de Barquisimeto, Vásquez, quienes ardiendo en bríos, seguros de su destreza en el manejo del caballo i de la lanza, i deseosos de aprovechar aquella extensa i limpia llanura, vinieron á pedirme permiso para salir solos i desafiar á lucha singular á los que se juzgasen más hábiles i valientes en las filas enemigas. Negué al principio el permiso, aduciendo que á semejante capricho i vanidad no podía arriesgar la vida de jefes tan importantes, como eran ellos; pero suplicando con nuevas instancias, i asegurándome que en la falange española no había ninguno que pudiese tocarlos en semejante lucha, convine en que se diese luego el arrogante espectáculo de un torneo.

Distantes uno de otro marcharon los tres valerosos lanceros hacia la enemiga fila, hasta poder ser en ella oídos, i desde allí hizo cada uno su desafío.



Frente á Carvajal apareció sobre negro i brioso caballo un arrogante húsar, que saludó con su lanza en señal de que aceptaba el reto. Avanzaron galopando uno sobre otro; pero al encontrarse evitaron ambos el golpe, i cruzadas por un instante las astas, vióse fulgurar sobre sus cabezas el hierro de sus armas. A una segunda acometida ningún daño se hicieron; pero á la tercera, Carvajal se defendió diestra-

mente del golpe de su enemigo, i al pasar á su lado le hirió profundamente sobre el hígado.

—¡Herido! gritó el húsar, arrojando soberbio á larga distancia su arma, que fué á clavarse vibrando en el verde suelo; i oprimiendo con su diestra la herida, de donde brotaba á torrentes sangre i bilis, dirigió su caballo á las filas de su ejército.

Carvajal, ufano i arrogante, volvió á las suyas, donde le recibieron tremolando todas las banderas al ruido animador de las marciales dianas.

Salió luego un justador á Monagas i otro á Vásquez. Quien atacó á Monagas fué volcado de su caballo, herido en el hombro derecho. Quien atacó á Vásquez se retiró con la lanza de este clavada en el arzón de grupa, después de desarmado i herido ligeramente en el muslo derecho. Vásquez, blandiendo su asta sola, reñía á quien tan mal en ella había encabado el hierro; i de su brazo derecho corría alguna sangre porque había sido tocado por su hábil contendor.

Llegó la noche entonces, i dispuesta la más escrupulosa vigilancia en ambos campos, entregáronse todos á satisfacer el hambre con frugal alimento, i á dormir con sobresaltos sobre el verde césped del humedecido prado.

Al asomar la aurora del siguiente día, observé que la contraria hueste se conservaba tranquila en sus posiciones de la víspera; i como yo no estaba contento de las que ocupábamos, ordené la retirada á Valencia, que realicé sin ser molestado de modo alguno por el enemigo; pero al amanecer el 20 presentóse formado en batalla en las afueras de la ciudad, aunque á poco se retiró de nuevo, camino de Tocuyito.

El 26 salí nuevamente en su solicitud, i al amanecer el 28 le hallé en la llanura de Carabobo. Conmigo estaban Urdaneta, Rivas, Mariño, Bermúdez, Valdéz i Palacios, todos jefes sobresalientes por su valor i táctica. Eramos cinco mil soldados. Cagigal tenía seis mil.

Acababa el ardiente sol de pasar el meridiano cuando Urdaneta rompió los fuegos con las divisiones de Bermúdez, Valdéz i Palacios, avanzando ordenado é imperturbable sobre el enemigo. A su espalda con Rivas i Mariño observaba yo el proceso de la lucha.

Lanzó Cagigal sobre nuestras filas grueso escuadrón de caballería, que cayó en ellas como despeñado torrente, las rompió i pasó á su retaguardia. Nuestros valerosos infantes recobraron pronto la perdida formación i poniéndose espalda con espalda atacaron por los dos frentes al ensoberbecido enemigo. Desconcertada la caballería española con esta valerosa i firme maniobra de nuestra disciplinada infantería, quedó vacilante en la incertidumbre de lo que debiera ejecutar; i aprovechando su indecisión hice que la nuestra resueltamente la cargase. El desorden en que cayó luego el escuadrón realista, comunicóse á toda la hueste enemiga, que huyó poco tiempo después á la desbandada, dejando en nuestro poder famosísimo botín de bestias, armas i municiones.

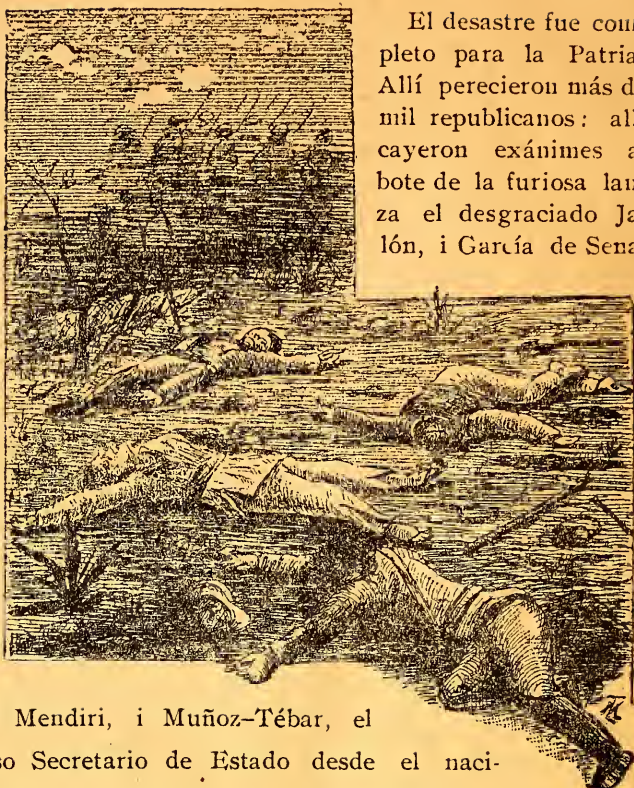
Pero decidme, bondadosas ninfas, no os tiene ya fatigadas la relación de tantos sucesos sangrientos? Lo que ahora debo referiros son desastres. ¿A qué con la triste enumeración de ellos mortificar vuestros apacibles ánimos?

—O! no temas por nosotras, dice sonriente la de negra cabellera, que nuestros ánimos no sufren jamás fatigas. Continúa sin interrumpiros: observa que te oímos con el mayor agrado.

—Pero antes, dice la de dorados cabellos, levantándose i vertiendo del hermoso jarrón sobre las copas un líquido del color del topacio, bebamos este sabroso licor que animando las fuerzas dá alegría al espíritu.

Todos liban, i Bolívar siente al instante agradable calor que circula con la sangre por todo su cuerpo, i continúa hablando así:

—El terrible Boves apareció de nuevo en las guariqueñas llanuras, seguido de más numerosa hueste. Con cinco mil ginetes i tres mil infantes marchó desde Calabozo en busca nuestra. El 15 de junio llegué al infortunado sitio de La Puerta, donde ya en plan de combate esperaba Mariño á aquel indomable demonio. Ignorante nosotros de la numerosa tropa pue conducía el temido caudillo, i aleccionado como él estaba ya en las estratagemas de la guerra, nos acometió serena i resueltamente con su infantería al mando de Morales, hasta que la nuestra hubo de sentir algún quebranto, i luego nos envolvió con su numerosa caballería.



El desastre fue completo para la Patria. Allí perecieron más de mil republicanos: allí cayeron exánimes al bote de la furiosa lanza el desgraciado Jalón, i García de Sena, i Mendiri, i Muñoz-Tébar, el famoso Secretario de Estado desde el nacimiento de la revolución, joven lleno de gracia, de talento i de instrucción, incansable en el bufete, impávido en las batallas, á quien el pueblo, el ejército i yo amábamos con singular cariño.

¡ Día espantoso !! Mariño, otros jefes i yo escapamos milagrosamente i seguimos á Caracas.

¡ Cuán dolorosamente desaparecían en un momento las conquistas en favor de nuestra independencia, logradas con tanta constancia, tanto sacrificio i tanto valor !

¡ Cómo no pensar que el desaliento más profundo habría de adueñarse del ánimo de los patriotas i aniquilar su decisión !

¡ Cómo impedir que el prestigio de Boves i de Morales creciese día por día i les diese numerosos prosélitos !

Mi presencia en Caracas i la noticia de mi derrota in-

fundieron pánico en la ciudad. La llegada de los feroces caudillos realistas era pavorosa para sus habitantes.

Después de la nefanda batalla de La Puerta, Boves, con su infatigable actividad, marchó á poner estrecho sitio á Valencia, i despachó para Caracas á Morales con orden de continuar sin descanso en mi persecución. Así lo etectuó el sañudo capitán realista, mientras yo iba seguido de numerosa emigración de mujeres, niños i ancianos, que era fatigante embarazo para las marchas i espantoso desconsuelo para los ánimos.

Heroicamente resistió Valencia al implacable Boves durante veinte días; mas al cabo de ellos su impertérrito defensor Escalona, sin municiones ni víveres, i muerta la esperanza de todo auxilio, cuando supo mi marcha de Caracas al Oriente, entregó al enemigo la ínclita plaza en honrosa capitulación, que mui en breve violó groseramente el jefe realista

En la villa de Aragua de Barcelona, después de recio combate soi otra vez derrotado. Allí exhaló el último aliento, estrechando entre sus fornidos brazos un cañón que acababa de conquistar al enemigo, con su terrible lanza, el famoso Carvajal, el atrevido centauro de aquellos llanos. Con parte de la tropa me retiré á la ciudad de Barcelona, mientras Bermúdez, los hermanos Monagas, Zaraza i Cedeño fueron con los restos del ejército á la períuclita Maturín. El feroz Morales, sanguinario como un puma, degolló sin piedad ese día, i más de cuatro mil venezolanos perecieron.

Deseando salvar un tesoro que llevaba para emplear su valor en servicio de la República, me embarqué con Mariño para la heroica isla de Margarita en la escuadrilla de Bianchi. Este nos cobró mui caros sus servicios, i hubimos de cederle parte de lo que constituia nuestra riqueza.

Zarpamos luego á Carúpano; i allí mi autoridad i la de Mariño fueron desconocidas por Rivas i por Piar, que se dedeclararon los jefes del ejército.

Mi desgracia los enloquecía.

Bianchi mismo nos dispensó el favor de conducirnos á Cartagena; mas ¡ ai ! ¡ cuán pronto dió sus amargos frutos la insubordinación de que había sido yo víctima !

Morales atacó á Maturín, que Bermúdez defendía con su

ingénito valor; i el ejército de los tiranos quedó ante los gloriosos muros destruído.

La desunión entre Rivas, Piar i Bermúdez hizo, sinembargo, infructuosa para la Patria aquella gran victoria.

El incansable Boves atacó i venció en Cumaná; i unido luego á Morales, aniquiló completamente el ejército republicano en la memorable llanura de Urica. Memorable, sí, porque allí perdió España á su esforzado defensor, á Boves, rayo de la guerra: allí cayó muerto, atravesado por la lanza de un soldado desconocido.

La Patria tuvo que lamentar en aquel estrago la pérdida irreparable del sabio Sanz, decano del patriotismo venezolano, que en aquel duelo á muerte acompañaba al egregio Rivas.

Morales sucedió á Boves en el mando, i fué dueño del Oriente. El centro i el occidente cayeron también luego en poder de los realistas; i Urdaneta, el imperturbable capitán, con los restos que había podido salvar de su ejército, fué, como yo, á buscar amparo á la Nueva Granada.



Rivas, el terror de los tiranos, es vejado i asesinado en el Valle de La Pascua; i su hermosa cabeza, enviada como trofeo á Caracas, es exhibida en la plaza mayor encerrada en oprobiosa jaula.

Dí cuenta al Congreso de Nueva Granada de mi conducta en Venezuela, i merecí la aprobación i aún el aplauso del Soberano Cuerpo; pero ingratas i mezquinas rivalidades me hicieron apurar en aquellos días amarquísimo cáliz.

Súpose entonces la llegada de Morillo con una grande expedición á Venezuela. Renuncié el cargo militar que se me había dado en Nueva Granada, i me embarqué para la isla inglesa de Jamaica.

¡O días crueles del destierro! ¡O bondadoso Hyslop, que me diste la mano en la mayor miseria, i me salvaste de la muerte que hubiera preferido á una indigna humillación! ¡O Providencia divina, que allí me amparaste del puñal pagado á un feroz asesino, bendita seas!

La noticia que allá nos llegó de que los bravos margariteños, levantados en masa, hacían heroica resistencia en su isla al despotismo español, reanimó mi abatido espíritu, i le volvió sus antiguas energías.

Organizé, ayudado del generoso Brion, una expedición en Cayos de Haití, i en siete goletas tripuladas por trescientos hombres nos hicimos á la vela para las ansiadas riberas de la Patria.

Allí venían Mariño, Piar, Soublette, Mac Gregor, Briceño Méndez i el sabio Zea.

El 3 de marzo de 1816 arribamos felizmente al puerto de Juan Griego. Los realistas asustados por mi llegada, i suponiendo mui poderosa la expedición, abandonaron el Castillo de Santa Rosa, que Arismendi ocupó al momento, haciéndolo demoler en seguida.

Reconocido como Jefe Supremo del Ejército Venezolano, seguí sin demora á Carúpano con Mariño, que partió para Güiria, i con Piar, que lo hizo para Maturín, ambos á organizar tropas.

Pensé después en una invasión por el puerto de Ocumare á los Valles de Aragua, i dime á la vela para efectuarla, logrando desembarcar sin inconvenientes i llegar con nuestra vanguardia al mando de Soublette, hasta ocupar la ciudad de Maracai; pero súpose allí que Morales había llegado á Valencia, enviado desde Nueva Granada por Morillo, i que Caracas estaba bien defendida.

Habiendo tomado posiciones en la cumbre de los Aguacates, fuimos atacados por Morales i obligados á contramarchar á Ocumare.

Decidióse entonces que la expedición fuese puesta al mando de Mac Gregor, siguiese á Choroní, donde Piñango organizaba un batallón, i que luego, tomando la vía del valle de Onoto, cerca de Maracai, siguiese por La Victoria á San Sebastián i Chaguaramas i buscase en los llanos las caballerías de los hermanos Monagas i de Zaraza. Quise conducir yo mismo la expedición; pero á ello se opusieron tenazmente mis compañeros.—¿Quereis, me dijeron, dificultar la rapidez de nuestras operaciones con la obligación de cuidar vuestra persona i vuestra vida, tan caras á la Patria? ¿Quereis privarnos de los recursos que podeis organizar en el exterior i

enviarnos oportunamente, por oir los consejos de vuestro temerario arrojo?—I viendo que yo vacilaba en dejarlos, concertaron que un ayudante de campo viniera á escape á anunciar la aproximación del enemigo, i que el jefe de la escuadrilla levase anclas i se pusiese al pairo á esperar mi embarque, que al cabo verifiqué siguiendo á Bonaire, donde me reuní á Brion.

La expedición de Ocumare llegó sin gran novedad á los llanos, donde se le unieron los Monagas i Zaraza Todos entraron á la ciudad de Barcelona el 13 de setiembre, á cuya ciudad llegó á poco Piar i tomó el mando de aquel ejército patriota, que dos semanas después obtuvo glorioso triunfo en el campo del Juncal sobre el ejército de Morales. Habiendo llegado á Güiria, acompañado de Bermúdez, tuve que sufrir allí la más amarga humillación. Me insultó Bermúdez i me desconoció Mariño.

Con el ánimo agobiado por la pesadumbre de mi tristeza, me embarqué para Haití; mas allí, sublevada el alma al recuerdo de la Patria esclava, organizé nueva expedición invasora, i con ella surgí en Juan Griego el día 28 de diciembre, i seguí inmediatamente á Barcelona. Intenté abrir operaciones sobre Caracas; pero (desventurado comenzaba para mí el año de 1817) fuí derrotado en Clarines.

Resolví entonces marchar á esta Guayana providente, donde Piar sitiaba á Angostura, i hacer de esta vasta i rica Provincia la base de todas las operaciones militares en la reconquista de nuestra independencia.

Las criminales disidencias entre varios jefes republicanos del Oriente eran terrible cáncer que carcomía, con espantosa voracidad, la necesaria disciplina de los ejércitos, i los llevaba á su destrucción.

Por eso la ciudad de Barcelona fué tomada por Aldama, que pasó á cuchillo á todos los vencidos i envió aherrojado á Freites, el bravo defensor de la plaza, á Caracas, donde el feroz Moxó lo sacrificó en la horca.

Para fortuna de la dolorida Patria surgía ya en los llanos del Apure el intrépido Páez, brazo formidable de la República; i aquí en esta espléndida Guayana, el brioso Piar hacía morder el polvo al ejército de La Torre (hace apenas

dos meses, el día once de abril) en la sangrienta batalla de San Félix.

Hoi había venido á este sitio, amables ninfas, á despachar una escuadrilla en busca del almirante Brion, que debe traernos con sus buques nuestro definitivo triunfo en Guayana; i ya debeis saberlo, se ha perdido este esfuerzo i yo he escapado milagrosamente.

—Bolívar, dice la dama de los rubios cabellos, eres digno de nuestra colaboración: á decírtelo es que hemos venido hoi á este sitio: así son los designios del Omnipotente.

Luego la de blanca cabellera, con tono magestuoso i severo énfasis, dice:

—La terrible mensajera de faz adusta i flaca, ojos pequeños i hundidos, la de cabellos rojos, que lleva séquito de odios i camina i crece como la sombra; aquella que lanza Dios á quienes violan sus leyes para activar el fermento del mal i precipitar el castigo de los culpables, Diconoa, hace cinco lustros recorre la Europa esparciendo terrores i ruinas. Sólo la discreta i sabia Inglaterra se ha salvado del maléfico genio.

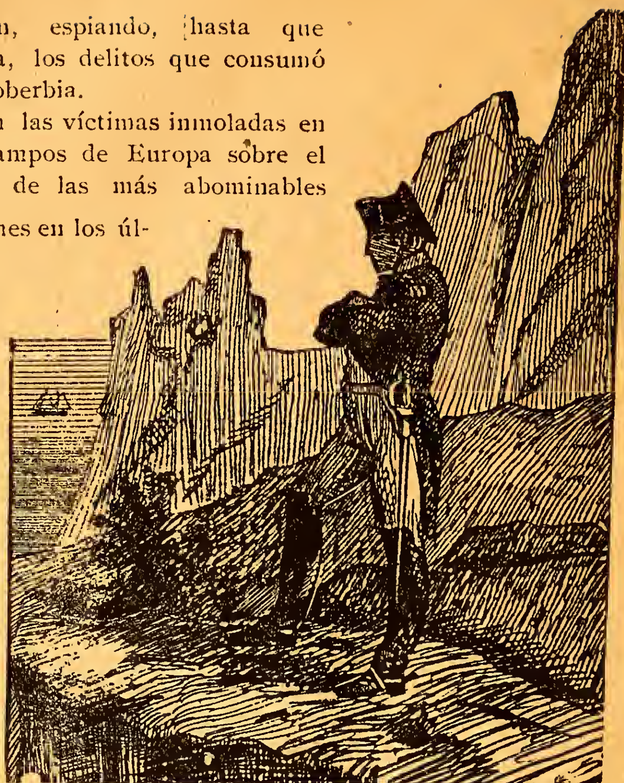
Sobre la Francia desató la implacable Diconoa una locura feroz. Sacó de una isla del Mediterráneo á un soldado de insaciable ambición, sin fijeza en sus ideas políticas, sin respeto á nada, sin amor á la fama pura, infatigable, valeroso, de impetuosas pasiones, con inteligencia vasta é ilustrada i de enérgico carácter, i lo lanzó, energúmeno, jefe de ejércitos inconcientes, á devastar la Europa entera. Era el *Castigo* á quien el mismo *Pecado* puso la diadema de Emperador. Tú, Bolívar, cuando eras mui joven, le viste aclamado en París, i quizás tuviste entonces envidia de aquella falsa gloria.

—Sí, dice Bolívar, primero lo admiré como al héroe de la República: pero después, coronado, le ví cual malvado hipócrita que se sentaba en el trono de los tiranos.

—Pero las leyes de Dios, continúa diciendo la ninfa que antes hablaba, le llevaron, hace apenas un año, á un campo de escarmiento cuyo nombre será eternamente célebre en los fastos de las naciones de Europa. I hoi está solitario i sombrío sobre una roca del Oceano, vigilado por los ojos de

Albión, espiando, ¡hasta que muera, los delitos que consumó su soberbia.

Con las víctimas inmoladas en los campos de Europa sobre el altar de las más abominables pasiones en los úl-



timos años, podría levantarse una pirámide más alta que la famosa de Egipto.

—¿I vale la pena, dice Bolívar, de tantos dolores i víctimas, el miserable placer que experimenta un hombre de aparecer momentáneamente superior á los demás hombres en la obra de la destrucción? ¿I hai multitudes que sigan á semejantes malhechores?

—Esa no es, ni puede ser jamás, la obra de un hombre, continúa diciendo la ninfa de la blanca cabellera: esa es la obra secular de una sociedad corrompida. Dios ha dado á los hombres inteligencia para juzgar lo bueno i lo malo, i libertad para que escoja entre lo uno i lo otro. Sabe el hombre que en lo malo está su desdicha i que en lo bueno está su felicidad; i sabe que es esta lei inmutable en su existencia sobre el mundo. La corrupción en que cayeron,

desde hace medio siglo, las cortes europeas; la miseria é ignorancia de los pueblos que ellas debían guiar por el camino de la virtud i de la prosperidad, llegó á su colmo al finalizar el pasado siglo. Reyes i noblezas empleando el fruto de sus privilegios en estupendo lujo, en frivolidad estúpida i en criminales cohechos, colgaban deudas sin consideración alguna sobre el eje de la administración pública, hasta producir su ruptura i desconcertar la sociedad; i el pueblo ignorante i famélico, vivía en la prostitución i el envilecimiento: la literatura, rastrera, se reía á carcajadas de todo lo noble i despreciaba bufona todo lo venerable: las ciencias i las artes, con supremos esfuerzos i sacrificios lograban lanzar sus claridades sobre esas sombras. Las más bellas virtudes se refugiaron en esta América de grandioso porvenir. Franklin, el sabio i patriota norte-americano, sencillamente vestido en medio del fausto soberbio de la corte francesa, significaba el poder efectivo de la virtud ante el brillo ficticio de la opresora opulencia. Las alboradas de este siglo son por eso de felicidad i gloria para la humanidad en América, como son de duelos i vergüenzas para la humanidad en Europa. Ya en el norte de este venturoso continente nació la gran República i produjo á Washington, la más noble figura de la Historia.

—Estoi encantado con el estilo i la sabiduría de vuestra peroración, dícele Bolívar; pero no soi dueño de mí mismo: estoi como delirante mientras no os dignes decirme quienes sois vosotras: haced que caiga siquiera en parte el misterioso velo que os cubre ante mi inteligencia.

—Nací á orillas del Nilo i mi nombre es Sofía, dice la que acaba de hablar: la de los rubios cabellos es Eroclea, i esta del gorro frigio es Eleutera, ambas nacidas en la bella Grecia. Pertenecemos á la especie de los catágelos, diferente de la especie humana i. á ella superior. Hoi debes elegir á una de las tres para que sea tu espiritual esposa mientras vivas en el mundo. Elige libremente según los impulsos de tu corazón: nada temas, que en alma de seres como nosotras no se abrigan las mezquinas pasiones que acibaran la existencia de los hombres. La que elijas te acompañará como inseparable compañera: las demás serán tus fieles amigas.

Las tres colaboraremos en la obra inmortal porque vienes luchando. Tiende, pues, tu mano á aquella con quien deseas ligar íntimamente tu suerte en este mundo.

Bolívar, absorto, enagenado, contemplando aquellas tres divinas mujeres, vacila un instante. Luego con movimiento de firme resolución tiende á Eroclea su diestra.

Ella sonriente la toma, la estrecha i la retiene entre sus dos preciosas manos, mientras con acento dulce i arrobador, le dice: Bolívar, ninguno más decidido que tú; ni más constante en la lucha; ni más valeroso en el peligro; ni más sufrido en la adversidad; ni más firme en la virtud: eres digno de mi amor. El más ferviente deseo de tu alma es la independencia de América. Será.

—Luchas heroicas i grandes sacrificios se necesitarán para conquistarla; pero la independencia de América será, exclama Eleutera.

—I Sofía agrega luego: Errores i faltas graves se cometerán: Diconoa tendrá mucho campo abonado donde sembrar sus furias; pero la independencia americana será. Después preparemos el camino para que venga Teronoma

—I quién es Teronoma? pregunta Bolívar.

—Es una bella catágela que nació á orillas del Támesis, dice Sofía, i allí ha vivido siempre presidiendo aquel gran pueblo i haciéndolo feliz i poderoso. Hoi preside también la naciente república del norte.

—I no vendrá á presidir las nuevas repúblicas americanas? pregunta Bolívar.

—La inflexible severidad de su carácter, dice Sofía, su implacable justicia, su amor á la disciplina, son las cualidades que dan garantía segura i estable á la vida ordenada, pacífica i próspera de los pueblos: pero éstos no saben soportar esas cualidades convencidos, sino después que adquieren las ideas i las costumbres que forman la única atmósfera en que Teronoma puede respirar i vivir. No es posible plantar esas ideas i esas costumbres repentinamente en ninguna nación, i es mui difícil conseguir tan supremo bien cuando hai que destruir primero hábitos perniciosos arraigados por siglos. En un campo de abrojos no nace la providente semilla del cereal, i si llega alguna á nacer, no prospera sino que presto languidece i muere. Tampoco el ba-

nano, que da suculento pan á los pueblos, ni la misericordiosa palmera, pueden vivir en las alturas de vuestros páramos; como no crece la bella i sabrosa manzana en las siempre abrasadas playas de vuestros mares. Para el árbol sagrado de Teronoma son demasiado frías las regiones del despotismo, i demasiado cálidas las del libertinaje. Las desgracias i las ignominias os irán enseñando á todos el camino de estas saludables reformas; pero mientras ellas no se consoliden, Teronoma no vendrá á presidiros i á haceros felices.

—¿I tardará mucho ese advenimiento? pregunta Bolívar.

La severa Sofía contesta:

—Tú no lo verás, ni lo verán tres generaciones después de la tuya. Mientras no se cambien las costumbres inveteradas de servilismo en estos pueblos, provenientes de la educación colonial española, hareis de vuestros magistrados, déspotas; pero el abuso de estos en las intemperancias de la tiranía, sublevará i armará á los pueblos para castigarlos. Los pueblos vivirán temiendo de sus gobiernos; i estos, de los pueblos; i ese recíproco temor será el funesto criterio que guiará á entrambos en todos sus procederes. En tan tristes i vulgares represalias entre gobernantes i gobernados pasarán muchos años, porque ignorais que la libertad sólo subsiste en un estado social que está en un medio entre la opresión i la licencia; i no conoceis bien los límites en donde comienzan esas dos calamidades públicas. Pero tales sacudimientos que creereis primero remedio á vuestros males, os convencereis luego que sólo son convulsiones de la misma enfermedad política, que seguirá quebrantando la pública salud: sabreis que las revoluciones no corrijen los errores de la política, sino los agravan i aumentan; i que es por evoluciones sucesivas i lentas, sabiamente dirigidas, que se logran reformas provechosas i durables. Sinembargo, siempre marchareis, más ó menos dolorosamente, según vuestros propios i naturales esfuerzos, á la perfección i estabilidad de la República, porque no pueden resultar inútiles tantos sacrificios generosos ofrendados para fundarla; ni puede dejar de germinar con sazonado fruto el árbol de la democracia regado con tanta sangre i con tantas lágrimas. No son los hombres

monstruos tan horribles que no sepan apreciar los esforzados servicios que para su bien hicieron sus padres, i olviden aprovecharse de ellos i honrarlos; ni serán tan torpes, al volver atrás la vista, después de una experiencia secular, para dejar de avergonzarse por haber malgastado casi todas las energías de una nación joven i vigorosa; i para perseverar en sus prácticas i costumbres depravadas.

Así dice la majestuosa ninfa; i luego agrega:

—Bolívar, es tiempo de que ceses de vernos: tus compañeros llegarán pronto á buscarte.

I cual se borran del blanco telón las figuras en él proyectadas por la linterna mágica al quitarse el pintado vidrio del frente de la luz, así desaparecen en un instante para Bolívar, ninfas i tiendas. Queda solo, pensativo, sentado sobre abatido tronco en medio de aquel bosque, de donde salen las últimas luces de la tarde al mismo tiempo que entran las primeras sombras de la noche.

Escúchase luego ruido de pisadas que se acerca; i dos ginetes acompañados de soldados que traen el caballo del Libertador, al verlo, prorrumpen en alegres exclamaciones.

¡Viva la Patria! grita Bolívar: ¡viva la independencia de América! Triunfaremos, infaliblemente triunfaremos; i saltando sobre el noble potro: vamos al campamento, les dice, i se despide al trote de aquel sitio.

Síguenle sus compañeros, viendo aquel entusiasmo con asombro.

Reunido, después de frugal comida, á todos sus amados compañeros, bajo el pajizo techo de humilde campesino, díceles de improviso:

—Soi el desposado con la gloria: en nuestra empresa nos ayudarán la sabiduría i la libertad.

—Está loco, murmuran todos, verdaderamente afligidos.

—El día ha sido mui fatigoso, continúa diciendo Bolívar;

i las últimas impresiones que he recibido han agotado las fuerzas de mi espíritu. Dejadme dormir tranquilamente. Hablaremos mañana.

—Sí, general, dormid confiado, dice Soublette: el campamento está bien defendido: nosotros también necesitamos descansar. Manda en seguidas al corneta de órdenes que dé el toque de silencio, i después de la nota prolongada i quejumbrosa del guerrero clarín, todo queda callado i en reposo.







ETAPA SEGUNDA

APURE



Levántase magnífico el sol en uno de los primeros días del mes de junio del año mil ochocientos diez i siete, haciendo brillar con sus matinales rayos las esparcidas bocas del Orinoco, inmensa arteria del mundo que después de recojer en cuatrocientas leguas de arrogante curso el tributo de cuatrocientos treinta i seis ríos i de dos mil abundantes arroyos, bota al Oceano,

cuando exhausto, tres millones i medio de azumbres de agua en cada segundo de tiempo; i cuando caudaloso, más de diez millones; i cuya hoya hidrográfica de treinta mil leguas cuadradas podría cubrir dos Españas.

Obsérvase que el noble río en los últimos días de cada marzo comienza á aumentar el volumen de sus linfas, que crecen hasta junio, manteniendo entonces alto su rizado lomo hasta el ardiente agosto, cuando principia á abatirlo lentamente, de modo que los primeros meses del nuevo año lo encuentran enflaquecido i fuerzas.

La boca mayor de este río tiene seis leguas de ancho: en medio de ella apenas se divisan á uno i otro lado, como angostas líneas obscuras, las selvas de sus márgenes; i cuando se está en una ribera se creería tener por delante el mar, si no delatasen el río lo turbio i lo dulce de sus aguas.

Tres balandras vienen remontando por la ancha boca i en el inmenso zic-zac que forman al ir i venir de una á otra orilla, parecen tres grandes garzas blancas que juguetean sobre la líquida llanura. En el tope del único mástil que cada nave lleva, ondea la tricolor bandera de la Patria venezolana, i el largo i delgado gallardete que la acompaña, indica que son buques que forman en la armada de la República.

Un punto obscuro, como el de un gran tronco flotante se ve que baja por el río al encuentro de las balandras. Es una flechera que hace andar el acompasado empuje de veinte remos. Una de las naos orza al divisar el diminuto esquife, pone á él la proa i en poco tiempo le da caza.

—¡Ea! compañeros, ¿qué significa esto? pregunta, quien es sin duda jefe de la balandra.

—Capitán Díaz, venimos derrotados, responden los del esquife.

—¡I mi hermano? interroga Díaz, con ojos abiertos por el terror.

—Ha muerto, Capitán: una bala le hirió en el corazón.

—¡Ira de Dios! grita Díaz, enfurecido por el dolor, mesándose los cabellos. ¿I los barcos?

—En poder de los españoles.

—¿Cuándo i dónde fué el combate?

—Ayer, frente á la boca del Macareo.

—¿I peleasteis bien?

—Como leones, Capitán.

—Vamos ahora, camaradas, al encuentro de esos malvados, á vengar la muerte de mi hermano i de sus valientes compañeros.

—Pereceremos también, porque son once sus buques, más nuestras tres balandras; i están entusiasmados por su triunfo.

—Pereceremos, dice soberbio Díaz: no importa, si damos mui caras nuestras vidas. A morir venimos cuando no podemos vencer. Id volando, dice á los del esquife, á comunicar á mis otras dos naves lo ocurrido i lo resuelto, i embarcaos en una de ellas.

Sigue la remontada sin novedad alguna hasta la mitad del día, hora en que, costeando la isla de Pagayos, descubren la escuadrilla española que baja el río clamorosa por su triunfo i segura de uno nuevo.

Poco tiempo pasa i los tres barcos republicanos quedan rodeados por los del enemigo, de los cuales cinco atacan por una banda, cinco por la otra i por el frente la nave capitana de la engreída escuadrilla.

—El valeroso Díaz dispara á diestro i siniestro sus cañones i sus fusiles; i cae de improviso sobre tres de las naves enemigas, que juzga más débiles, i en peores condiciones para la defensa por el viento con que todas maniobran. Las aborda: acuchilla sin piedad á cuantos las defienden, las rinde i las deja tripuladas con parte de su gente, cuando vuelve cara á los que vienen á acometerlo. Esquivando el ataque que puede dañarle, atisba la oportunidad que le es favorable para embestir i descargar certero golpe. Así logra recobrar pronto las tres fustas quitadas á su hermano, i que venían á remolque i sin defensa, como demasía que no se necesitaba para la que se creyó fácil victoria. A las tres reconquistadas naves hace Díaz que salten distribuidos en tres grupos los sobrevivientes á la rota del Macareo.

—Con ellas, camaradas, díceles, irguiéndose, el desnudo sable alto en la diestra, con ellas á cobrar á esos bandidos la sangre de vuestros compañeros.

Superior ya en número de buques la escuadrilla republicana, el furioso margariteño da la orden de nuevo abordaje, lanzando antes, sobre los más cercanos enemigos, el

fuego de sus fusiles i de sus cañones; pero aterrorizados los españoles ante la furia de aquel temerario valor, i con miedo de caer en manos del iracundo capitán, que á gritos lamenta la muerte del querido hermano, no esperan el ataque i huyen á todo trapo hacia Guayana la Vieja á ponerse allá al amparo de las fortalezas.

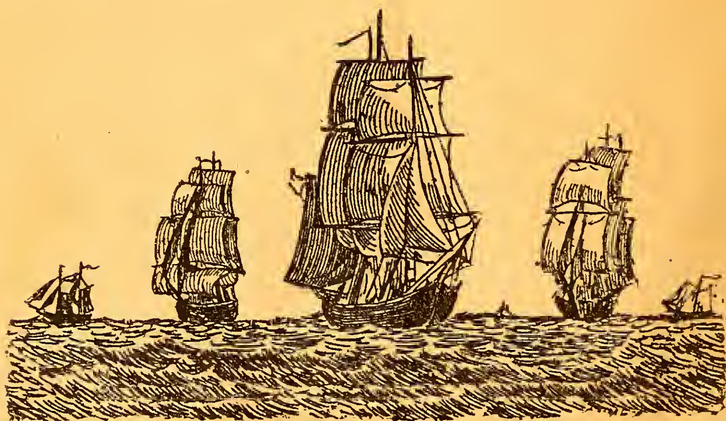
Gran trecho los va siguiendo el implacable Díaz; pero sin poderles dar alcance: tan maltratados quedaron sus bajeles, i tan cansados sus defensores en la terrible i desigual refriega.

Aquella flotilla es la vanguardia de la escuadra que trae Brion á Bolívar para completar la republicana conquista de Guayana.

El día siguiente, cuando la aurora tiñe de reluciente carmín las nubes del horizonte oriental i enrojece las amarillentas aguas del Orinoco, se divisa entrando por la gran boca, como bandada de blancos cisnes, numerosas velas que turgentes arrastran diversas naves de alto bordo.

La bandera de la República tremola sobre los topes. ¡Es la escuadra de Brion!

¡Salve, salve mil veces á los que vienen á redimir la Patria del opresor dogal de la colonia! Majestuosa procesión



la de esos buques, tripulados de héroes i cargados de elementos para la guerra, surcando las anchas aguas del ma-

jestuoso río que en breve tiempo será línea divisoria entre republicanos i realistas, i para estos por siempre inabordable.

Avisado el almirante Brion de la hazaña de Antonio Díaz, por comisionado que este le envió anunciándole que esperaba en la boca del Macareo, ordena á todos sus buques se estén al pairo al encuentro de la victoriosa escuadrilla, i que al llegar Díaz á bordo de la capitana, cada buque haga un disparo de cañón i salude á los bizarros marinos con la enseña de la Patria.

Así se verifica aquella escena de arrobador entusiasmo, pues nunca fueron más justos los honores que aquellos tributados al héroe de Pagayos.

El trueno de los cañones llevado en alas de los vientos, llega hasta Casacoima á anunciar á Bolívar la fausta nueva del arribo de la escuadra republicana por él tan ansiosamente esperada.

Ordena Brion á Díaz que vaya con su escuadrilla á Güiria á repararla i á esperar allí nuevas órdenes, i sigue con sus buques á soltar anclas frente á la boca del caño Casacoima. Sobre sus dormidas i engolfadas aguas aparece ligero bote bogando hacia la escuadra. Un ¡ viva el Libertador ! sale de todas las bocas de los tripulantes al reconocer entre los que llegan al egregio caudillo. El solemne bramido del cañón lo saluda también en cada navío, que por un instante adorna su arboladura con blanquísimo penacho de espeso humo.

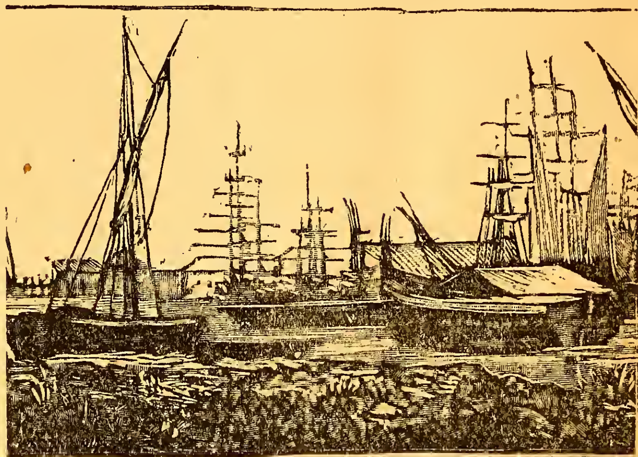
Inmensa alegría conmueve dulcemente el corazón de todos los patriotas allí congregados.

—" Compañeros, dice Bolívar, gracias á esta escuadra que nos trae el entusiasta i esforzado Brion, Guayana será toda nuestra pasados pocos días, i constituirá el cimiento inconmovible de la independencia de la Patria i de sus más puras glorias."

El contento de los republicanos sólo podrá ser igualado con el desaliento que el arribo de esta escuadra infiltrará en el ánimo de los realistas de Angostura, tiempo ha sitiados estrechamente por tierra, i recibiendo escasos recursos por el Orinoco.

La infatigable actividad del Libertador no permite que su

propia alma, ni la de sus compañeros se extasíen en el reposo por aquella felicidad. Apenas desahogado el entusiasmo por las estrechas válvulas de la discreción, dáse Bolívar al trabajo de recibir los elementos de guerra que se traen, de disponer el desembarque de algunos i su distribución entre las tropas que más cerca de allí acampan. Quienes fabrican la esférica bala de plomo, quienes el cartucho de papel que la contiene lleno de negra pólvora; unos limpian los fusiles i prueban si el pedernal golpea bien en el rastrillo i arroja certero el manojo de chispas sobre la cebada cazoleta; otros untando con aceite los ejes i los muelles del mecanismo, logran que ejecute suave i seguramente sus movimientos; estos limpian la aguda bayoneta i prueban, armándola i desarmándola sobre la boquilla del fusil, lo justo del enganche: aquellos cuentan i organizan cartucheras, tahalíes i vestuarios; i los marineros remedian cuanta avería traen los buques de la salvadora escuadra.



Pocos días trascurren en estas faenas, que á bordo de las naos parecen afanes de gigantezco colmenar, cuando un esquife apostado aguas arriba del fondeadero, corre á dar la voz de alarma, porque viene navegando hacia aquel punto toda la escuadra española.

Tócase en cada buque á zafarrancho de combate: cárganse todos los cañones; alístanse velas i cabos para las ma-

niobras: cada marino toma un arma i ocupa su puesto; ízanse banderas i gallardetes; i se espera al enemigo con la resolución de escarmentarlo.

Favorecidos por una brisa fresca i sostenida que sopla del oeste i por la corriente de las crecidas aguas del río, vienen los barcos españoles enfilados deslizándose con rapidez sobre la superficie ligeramente encrespada del Orinoco. Llegando ya á Casacoima por el medio del río, lánzanse de improviso hacia la orilla izquierda sobre Barrancas, poniéndose lejos del alcance de los tiros republicanos. Estos esperan que den frente de batalla para romper los fuegos; pero tarda poco en descubrirse que el más remoto pensamiento en ellos es el de combatir, porque huyendo van á escape.

Reconocida la fuga, toda la escuadra de Brion, aunque algo tarde, leva anclas, desata lonas i se lanza á perseguir.

En los primeros i mejores buques han pasado i salvádose el General La Torre, sus tenientes i cuanta tropa tenía la causa española en Guayana. De los más atrasados alcánzanse muchos que llevan numerosa emigración.

Al amanecer el día siguiente sábese que los castillos de Guayana están abandonados, i Bolívar dispone que el constante i valeroso Urdaneta vaya con suficiente fuerza á ocuparlos; i en la tarde llega esquife enviado por Bermúdez desde Angostura, anunciando que ocupa la importante ciudad por abandono que de ella ha hecho el enemigo.

Guayana, la vasta i opulenta provincia venezolana, el recinto formidable de la República está todo libre de españoles. Tiene la Patria su baluarte inexpugnable, de donde van á partir los rayos destructores de la ibérica opresión.

Angostura se transfigura en Sinaí. A amarrarse á sus orillas va la gallarda i numerosa escuadra: á laborar en su recinto va el Libertador i su ejército de patriotas.

Dos meses trascurren en la febril agitación de los trabajos ordenados por Bolívar, para prepararlo todo á golpes decisivos en las próximas batallas. Mil inconvenientes surgen como obstáculos á sus planes; pero nuevas decisiones de aquella voluntad formidable los destruyen ó los evitan.

Los primeros días del mes de agosto lo sorprenden en San Félix. Cuando fatigado de la terrible labor del mando

se prepara á descansar algunas horas en su habitación, el ayudante de guardia le anuncia la llegada de varios importantes jefes que desean hablarle sobre asunto grave.

Recibidos por el Libertador, uno de ellos habla así :

—Excelentísimo señor, venimos á comunicaros un asunto de la mayor importancia para la salud de la Patria, i á pediros una resolución eficaz para salvarla de inminente peligro. Sabeis, señor, que Piar, el héroe de San Félix, tentado por el demonio de la soberbia, os ha venido exigiendo persistentemente su separación del ejército. Por complacerle en parte os dignásteis concederle una licencia temporal el último día de junio. Después de ese permiso, i aunque pertenece hoi como ayer al ejército nacional, su ocupación diligente i favorita, en Upata primero i hoi en Angostura ha sido i es promover en nuestras filas el desconocimiento de vuestra autoridad. Sembrada la insubordinación en el ejército, germinará i dará sus venenosos frutos, i la Patria, todavía tan combatida, será llevada á una ruina total i bochornosa. Muchos otros jefes seguirán el pernicioso ejemplo si no se detiene con el dique de un ruidoso escarmiento, este torrente de maldad. Piar es una figura encumbrada i brillante en el ejército libertador ; pero la eminencia de su posición da á sus golpes mayor violencia en los estragos, i por eso mismo la severidad del castigo que lo postre tendrá eco grande, i el rumor de su desgracia repercutirá clamoroso en toda la República. Traemos aquí irrefutables pruebas de cuanto os decimos.

Quien así habla coloca un montón de papeles escritos sobre la mesa en que el Libertador apoya el brazo derecho para sujetar con su diestra la frente inclinada i pensativa. Hojea los papeles uno á uno, i luego entrégase á leerlos, mientras sus tenientes, apartados al opuesto extremo de la sala, platican en voz baja.

—¡ Bien ! exclama Bolívar, poniéndose rápidamente de pie : probemos todavía. I nombrando á uno de los presentes para que escriba, dicta una orden al jefe de la plaza de Angostura para que reduzca á prisión al General Manuel Piar i lo envíe, sin demora, debidamente custodiado al cuartel del Estado Mayor del Ejército Libertador. Escrita la orden, fír-

mala Bolívar i la da á un oficial, que al punto ha de ponerse en marcha para Angostura.

Satisfechos se muestran los ánimos de aquellos jefes con lo decidido por el Libertador; dan gracias al amado caudillo i mutuamente se felicitan.

Cuando van á despedirse de Bolívar, anúnciase el arribo de un comisionado de Margarita con buenas noticias para la Patria. Acójesele con inmensa alegría, i Bolívar i sus compañeros quieren que relate al momento cuanto hubiere acontecido en la benemérita isla.

"Con veinte grandes buques i tres mil soldados españoles, dice el recienllegado, apareció Morillo en las costas de Margarita; i en los días diez i seis i diez i siete de julio desembarcó sin oposición en los Varales. Nuestras tropas eran solo mil trescientos hombres mal armados al mando del General Francisco Esteban Gómez, i nos retiramos al Caranai para alejar á los españoles del apoyo de su escuadra. Morillo ocupa á Porlamar el 23; domina el Valle del Espíritu Santo i entre á Pampatar el 25. Pensaba sin duda Morillo, lleno de inefable satisfacción, por la poca resistencia que se le había opuesto hasta entonces, que el terror se había apoderado al fin del corazón margariteño; i ansioso de completar la reducción de la isla entera, puso en marcha su ejército sobre nuestra capital remontando por el cerro de Matasiete, desde cuya altura podía reconocer enteramente nuestro campo. Sus avanzadas fueron atacadas allí por las nuestras con tanto denuedo que Morillo tuvo necesidad de reforzarlas. Reforzadas igualmente las nuestras, lo que había sido escaramuza tomó aspecto de rudo combate. La soberbia de Morillo exasperada por nuestro arrojo, i alentados nuestros bríos con las defensas que nos daban las intrincadas quiebras del terreno en que se peleaba, fueron enardeciendo más i más cada vez la lucha, hasta que llegó á ser batalla desesperada. El fuego más nutrido que jamás hayamos escuchado formaba como un solo é interminable trueno, que repercutía en todos aquellos campos empapados en sangre; i las imprecaciones de la rabia, los ayes de los heridos, las enérgicas voces de mando, el metálico clamor de la corneta, iban mez-

clados á confundirse en los aires al ruido del tiroteo, al bramar de los cañones i á los silbos de las balas. I allá en todos los hogares margariteños, subía también la exclamación de dolor i desesperación de todas nuestras madres, de todas nuestras esposas amenazadas del más horrible infortunio."

"Cuando nos faltaban pertrechos, mientras estos llegaban, para no dar tregua á la matanza, alzábamos como ambas manos sobre nuestras cabezas, piedras enormes que lanzábamos como cíclopes sobre los españoles espantados."

"Siete horas duró aquel rabioso pelear. El número de muertos i de heridos en el ejército español fue tan grande, que Morillo pensó que por aquel lado no le era posible rendirnos, suspendió la batalla i se retiró á Pampatar. Movióse de allí el seis de agosto por la vuelta del sur, i el 7 ocupó á San Juan i al Portachuelo. Mientras marchaba con todas sus fuerzas al puerto de Juan Griego, envió gruesa columna, camino de la Aguada, para oponer resistencia á cualquier auxilio que Gómez quisiera enviar al amenazado recinto, donde la escuadra española que surgía en aquellas aguas, ayudaría al cruento sacrificio que la ferocidad española había decretado. El día ocho ocupó Morillo ese puerto; pero después de una reñidísima defensa de los margariteños. El Coronel Juan Bautista Cova i el Capitán Juan Bautista Figueroa, fueron los héroes de ese día. Arrojados de sus atrincheramientos al furioso empuje de las tropas realistas, volvieron sobre ellos desesperados i los reconquistaron con asombroso estrago en la hueste enemiga, soportando allí por mucho tiempo, la tempestad de hierro i plomo que sobre ellos se lanzaba. Agotadas nuestras fuerzas en la prolongada i ruda fatiga, i nuestros pertrechos en el nutrido fuego, nos retirábamos atravesando unas ciénegas bajas que allí existen, cuando fuimos cargados i acuchillados sin piedad por el mismo Morillo i su caballería. Mui pocos escapamos con vida."

"Exhaustos ya de lucha tan desigual, sin elementos para combatir, sin esperanza de auxilios, conservábamos unicamente el valor para morir con gloria, cuando al mes cabal del pavoroso desembarque, vimos reembarcar á Morillo i á la mayor par-

te de sus tropas, i alejarse de nuestras costas, silenciosa, aquella grande escuadra. ¿A qué causa atribuir tan feliz suceso para nuestros desfallecidos ánimos? Lo supimos luego. La noticia de la completa ocupación de Guayana por el Libertador desconcertó los planes de Morillo i lo dispuso á empresa más formidable.''

El margariteño termina su animado informe con una sonrisa en que muestra mezclados el noble orgullo i la justa satisfacción.

Avisado el Libertador por un soldado asistente de estar lista la comida, fueron invitados por Bolívar los que en la sala estaban á compartir con él aquella tarde el frugal alimento de campaña. Hizo traer vino i sirvió sendas copas; i alzando la suya antes de beberla á la altura de la frente ''Gloria á Margarita i á sus heroicos hijos,'' exclama i toca con su copa la del comisionado margariteño.

Sentados después en torno de la modesta mesa, cómese alegremente i se platica con entusiasmo sobre las luchas por la patria i sobre las halagüeñas promesas que parece le guarda lo porvenir, hasta que avanzada la noche, el deseo del reposo lleva á cada cual á disfrutarlo en los brazos de la fatiga i del sueño.

Pasan diez semanas en la eterna rueda del tiempo; i en la infinita sucesión de los días, nace el diez i seis de octubre de mil ochocientos diez i siete, no como casi todos sus hermanos, de entre los carmineos pañales de la aurora, sino envuelto en el opaco tul de una densa niebla.

¡Día triste! Los ánimos de todos los habitantes de la ciudad de Angostura están taciturnos: se habla poco i en voz baja: los gestos son de melancolía.

Asoma de cuando en cuando el sol por la abertura que le dejan espesas i obscuras nubes, i ocúltase al instante, sumergiéndose de nuevo en ellas como si no quisiese ver algo sombrío i terrible sobre la tierra. El viento, cargado de humedad, pasa en repetidas ráfagas mugiendo en las entreabiertas ventanas i susurrando en el ramaje de los árboles.

A las tres de la tarde, la plaza mayor aparece llena de tropas formadas en batalla sobre sus cuatro lados. En el rincón que forma la fachada lateral de la iglesia catedral con su torre, alístase lugar para un suplicio.

A las cuatro i media sale de una de las casas que dan frente á la plaza, escoltado por un piquete de infantería, el reo á quien van á ajusticiar, el General Manuel Piar, que llegado al cuadro de la bandera de parada, se detiene, da frente á ella, la saluda, i oye la lectura de la sentencia dictada contra él por un consejo de guerra, de ser pasado por las armas por los delitos de insubordinación, deserción, sedición i conspiración. Marcha luego al sitio donde debe ser ejecutada, i en él espera sereno la voz de mando del oficial de una guerrilla, cuando los soldados que la forman le apuntan el pecho con sus fusiles. Fuego ! dice aquél; estalla la mortífera descarga ; i el vencedor en el Juncal i en San Félix, cae á tierra exánime. El redoble del tambor óyese luego retumbante en medio de un silencio aterrador. Cesa, i la voz de mando del Jefe ordena la marcha de todas las tropas desfilando al lado del inmóvil i pálido cadáver que mana sangre. Alejadas después, en camino á sus distintos cuarteles, el vibrar de los parches, acompañado de los quejumbrosos clarines guerreros, se mezclan en los aires, se difunden i se extinguen como suspiros. Interín, con escaso séquito es llevado en caja mortuoria cubierta de negro i tosco paño, el cuerpo ya rígido del infortunado General para ser enterrado en el cementerio de la apesarada ciudad.



Húndese el sol en el horizonte occidental, i deja á la noche su imperio sobre los campos que riega el Orinoco.

Bolívar, pensativo, paséase solo á lo largo de una de las salas de la morada que le sirve de de habitación : apenas da luz allí una pequeña lámpara que arde sobre la mesa central. Breve rato después, como agobiado por la carga de una ho-

rrible preocupación, reclínase sobre un sofá arrimado á una de las paredes.

Claridad de alba ilumina de improviso la estancia. Aparecen Eroclea i Eleutera: la primera triste el semblante; la segunda con él adusto.

—Dichoso yo, exclama Bolívar, arrojándose á ellas, dichoso yo, porque venís en estas horas de mi angustia i de mi dolor; en estas horas en que el peso de la misión de mi vida oprime con inmensa energía mis fatigados hombros. Así me demostrais vuestro amor, porque los que no aman se alejan de aquellos á quienes el peligro amenaza ó hiere la desdicha.

Ya lo sabéis: por la salud de la patria ha sido necesario ejecutar hoi una sentencia dolorosa para mi alma: el fusilamiento de Piar. Embriagado por los favores de la fortuna i tentado de desordenada ambición, pretendió sepultar en ruinas á la patria, que había sido pródiga al recompensar sus espléndidos servicios. Desatendió á mi clamor: desobedeció mis órdenes; huyó lejos á ponerse fuera de mi alcance, promoviendo la insubordinación, conspirando contra la república. Estaba allegando tropas en Maturín cuando se le redujo á prisión. Sometido en esta ciudad á un consejo de guerra, se le ha juzgado legalmente con la formación de un voluminoso expediente: el tribunal le ha sentenciado con toda la severidad de las leyes militares.

Diez veces más ponderables he sentido mis deberes de Libertador al confirmar la sentencia de Piar, que cuando dicté la terriblemente famosa declaración de la guerra á muerte. En ambas ocasiones, lo sabe Dios, he pensado solo en salvar la independencia de la patria.

—El bien de poseerla es precioso por lo mucho que cuesta, dice Eleutera. No hai sacrificio que por lograrlo deba dejar de hacerse, á menos que sea el sacrificio de la virtud. La muerte legal de Piar, aunque dolorosa, será la muerte de toda ambición infame i de la insubordinación fecunda en catástrofes, que venía corroyendo la estabilidad nacional á la faz misma de implacable enemigo. Semillas malditas que germinan voraces al calor de los odios que alienta la terrible Diconoa.

—La bella i graciosa Eroclea dice: No quiero que mi inteligencia hable, sino mi amor, en estos solemnes trances: ojalá no hubiera sido necesario apurar este cáliz de amargura, porque tus pesares, Bolívar, son mis pesares: quiero para tí éxito admirable i gloria refulgente, sin nieblas en ningún punto, sin nube obscura que proyecte lunar en el rutilante nimbo, aunque á ello se opongan todas las fragilidades humanas. Consumado está el hecho: que lo juzguen Dios i la Historia.

—Sí, dice Eleutera, ante la excelsa figura de la patria, yérgase ella, i cubramos á sus pies compasivos el sangriento cadáver de Piar. Urge ahora que sepas, Bolívar, que Mariño se muestra también insubordidado, i que importa mucho á la patria, ganarlo para la militar disciplina.

—Será declarado disidente, dice Bolívar, i Bermúdez marchará á las Provincias Orienteles para sustituirlo como Jefe de ellas.

—Confía al leal á inteligente Urdaneta, agrega Eleutera, el mando de las tropas que regía Piar: él sabrá adiestrarlas para la lucha tenaz que todavía será necesario sustentar por mucho tiempo.

—I yo te aviso, Bolívar, dícele Eroclea, que debes ahora desplegar todas las energías de tu carácter. Morillo mueve poderoso ejército en contra tuya, dividido en tres cuerpos: uno sobre Apure al mando de Calzada i Aldama; otro sobre los llanos barceloneses al mando de La Torre; i otro que él mismo guía en línea intermedia al rumbo de los otros dos, para auxiliar con presteza á aquel que llegue á necesitarlo.

—Sabes, amada Eroclea, que todas las energías de mi alma i de mi cuerpo están prontas á emplearse i aún á consumirse en el servicio de la gran causa americana. Para ella estoi siempre listo al trabajo, á la lucha i al sacrificio. Que vengan para mí penas innúmeras si por ellas ha de venir al fin la ansiada independencia.

—I por qué Sofía no está hoi con vosotras? pregunta Bolívar; cuánto me agradaría en esta ocasión oir su palabra severa, pero sabia i llena de magestad. Sus consejos serían mandamientos que obedecería con veneración.

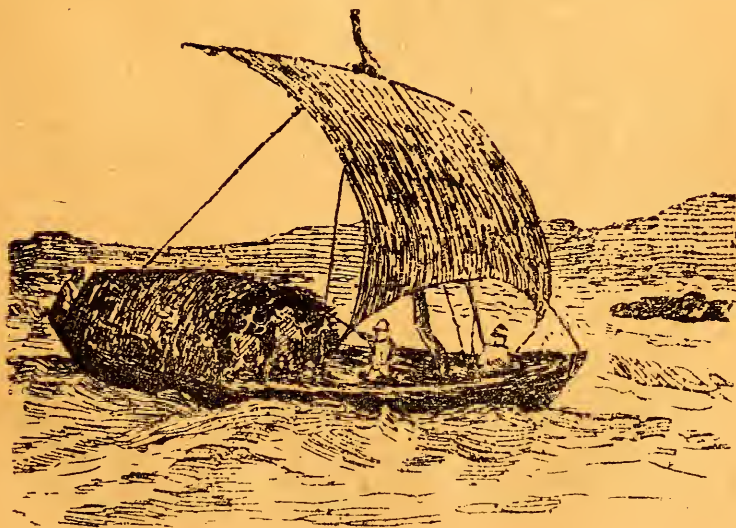
—Sofía, dice Eroclea, da actualmente aliento á sus hijos predilectos, los que en Europa i en los Estados Unidos se consagran al profundo estudio de la Naturaleza i de las leyes que en ella rigen el movimiento i la vida. Bástate por ahora con tu propio talento i tu experiencia. Mi amor dará vigor i encantos á tu alma, i Eleutera te comunicará la fuerza de su entusiasmo.

—Vamos á dejarte, Bolívar, dice Eleutera.

—Oh! no, por Dios: acompañadme algunos instantes más: me es tan dulce i consoladora vuestra compañía.

—Llegamos solo á traer la calma á tu agitado espíritu, dice Eroclea: pero tu cuerpo debe reposar de las fatigas de este día, porque muchos otros te esperan de titánica labor. Dejamos saturada tu estancia de suave i delicioso perfume que hará lentos los latidos de tu corazón, i cerrará pesados los párpados á tus negros i chispeantes ojos, i hará huir de tu cerebro el febril calor que lo exalta. Duerme, esposo mío.

Mientras habla Eroclea, Bolívar se reclina en el sofá, cierra lentamente los ojos; múeve los labios sin fuerza para hacer vibrar la palabra; deja caer como muerta la mano que antes extendió á las bellas ninfas, i queda rendido al sueño.



La luz como de alba se extingue al desaparecer las divinas mujeres, i en la sala en que Bolívar duerme torna á brillar como luciérnaga la gualda luz de la pequeña lamparilla.

El último día del año mil ochocientos diez i siete, después de setenta días de incesante i afanoso trabajo por parte de Bolívar i del ejército que organizaba i había ido despachando en diferentes buques i también por tierra, se embarca el mismo i comienza la remontada del gran río.

Le trae todavía apesarado la derrota sufrida por Zaraza el dos de diciembre en el sitio de La Hogaza, no tanto por las pérdidas sufridas, que fueron muchas i lamentables, sino por el honor de las armas republicanas allí humillado tristemente por el bravo español La Torre.

Pero le anima lo fuerte del ejército que ha logrado organizar, i que unido á las temidas caballerías de Páez en el Apure, constituirán el formidable ariete que golpeará primero sobre los muros de San Fernando para arrebatar á España este último baluarte al Sur de Venezuela; i después sobre los de Calabozo para sepultar bajo ellos á Morillo i su ejército, último resto de la opresión colonial.



La navegación se hace con desesperante lentitud, porque se va contra la corriente, i los vientos, tardíos en aparecer soplan sobre la vela debilmente.

De una margen á la otra la vista se entretiene en la contemplación de las mil maravillas que allí ha derramado la naturaleza con asombrosa prodigalidad.

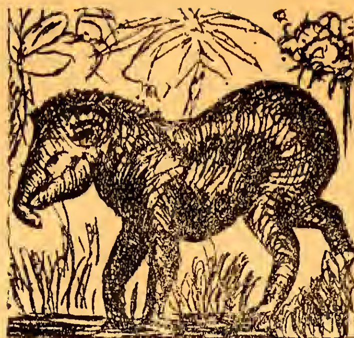
Primero la ancha playa ó el alto barranco que se destacan con rojiza-amarillez al pie de la verdura del bosque, formando el lindero de las aguas, revelan que el nivel de éstas, ha comenzado á bajar desde hace muchos meses: después, como empalizada hecha por cuidadosa mano, hileras de arbustos que nunca llegan á la altura de un hombre: mas al interior, el brillante i gárrulo penacho de palmeras con espinosos troncos; i detrás de ellas, el bosque obscuro donde crecen corpulentos los cedros i los caobos, los coposos tamarindos, los copaibos, ricos en aceite, i los algorrobos, en resina, entrelazados todos por caprichosas trepadoras que forman arquerías i templetes, ventanas i balcones, donde quisiera la imaginación que se asomasen sonrientes las hadas de los cuentos.







Ora sobre alto i desojado ramaje aparece grupo de monos que ahulla cuando pasan los barcos; ora bandadas de loros gritando, donde brilla cada ave como esmeralda herida por los rayos del sol; ya por boquetes abiertos en la selva aparece cauteloso el jaguar acechando el dorado i tímido agutí que mitiga la sed en las lin-





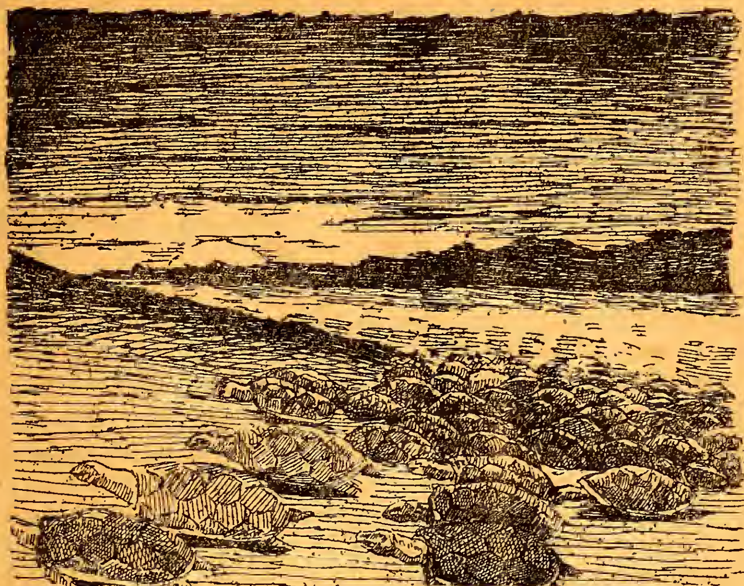
ñas del río; ya la danta, el enano elefante de América, i el cerdo almizclado, que huyen al más leve ruido, asustados i veloces; aquí cocodrilos que despiertan, se arrastran lentamente descendiendo en la inclinada playa, i se hunden silenciosos en el agua; allá garzas blancas que vuelan á lo largo del río, i más lejos garzas rojas que parecen nubecillas de crepúsculo.

Cuando la luna llena brilla en el cielo de la media noche, i las brisas duermen, i el río apenas murmura en la proa i en las bandas del bajel, i tendidos sobre la cubierta, se descansa, desvelados, del fatigoso día, óyese arriba en los aires, ruido incesante de gritos i ahullidos que sale de la selva, i abajo, en la superficie del río, el acompasado bufar de las manadas de delfines que pasean las aguas.

Dos semanas emplea Bolívar en remontar de Angostura á Caicara. Allí está Cedeño.

De Caicara continúa la marcha del ejército para La Urbana. Bolívar sale cinco días después de su llegada con las últimas tropas acompañado del valiente Cedeño. Detiénese en el camino en el sitio de La Encaramada para contemplar las rocas gravadas por antiquísimao buril que dejó allí en toscas figuras i torcidas líneas la expresión de una idea, que es hoi la mortificación de un enigma.

Más adelante atraviesan el río que va á desaguar al Orinoco, en medio de las célebres playas á donde cada año acude muchedumbre innumerable de tortugas á escabar en la arena los nidos que reciben millones de sus huevos.



El día veinte i uno está reunido en La Urbana todo el ejército republicano: dos mil infantes i mil ginetes, numeroso parque, algunas piezas de artillería, caballos de repuesto, muchas reses, sal, vestuarios i botiquín.

Tres días se emplean en trasladarlo todo á la opuesta orilla, cerca del lugar en que el río Arauca rinde su tributo al Orinoco, después de atravesar los dilatados llanos apureños.

Desde aquel sitio se emprende la marcha hacia San Fernando; pero solicitando antes una entrevista con Páez, quien, de orden de Bolívar, debía estar reconcentrando todas sus fuerzas. Marcha esta más lenta que la remontada del Orinoco, porque, arreando gran número de acémilas i de novillos, había que cruzar muchos ríos.

El día treinta de enero del nuevo año de mil ochocientos diez i ocho, descansa Bolívar en el hato de Cañafistola para continuar la marcha hacia San Juan de Payara, cuando descubre lejos en esa dirección un cuerpo de ginetes que marcha acercándose. Advertido de que aquel es el General Páez con su comitiva, monta su caballo i acompañado de sus

edecanes, sale al encuentro del esforzado caudillo llanero. Desmontados ambos al encontrarse, se abrazan estrechamente. Es la primera vez que se ven aquellos adalides de la independencia. La energía de la inteligencia i la energía de la fuerza se juntan para sumarse en beneficio de la naciente patria.

Vueltos al lomo de sus briosos caballos de guedejudos cuellos, se dirijen á San Juan donde queda establecido el cuartel general de la república.

Mientras se prepara la comida para el Libertador, este quiere que Páez refiera los sucesos de la guerra que ha presidido hasta este día, i Páez, complaciéndolo habla así:

"Después de mis sufrimientos en la ciudad de Barinas, bajo el poder de Pui, de cuyas manos escapé vivo milagrosamente, i después de vagar perseguido por mucho tiempo, me incorporé en aquella misma ciudad á García de Sena que la ocupó con fuerzas republicanas. Este jefe me nombró comandante del pequeño escuadrón que formaba su caballería, i con él marché á Mérida, donde aquel pequeño ejército quedó disuelto. Allí permanecí sin servicio hasta que decidí venir á los llanos de Casanare, donde lo tomé á las órdenes de Olmedilla, i el último día de diciembre del año mil ochocientos quince, combatí al lado de Nonato Pérez i á las órdenes del comandante Miguel Guerrero contra el ejército de Calzada en el Banco de Chire. El general Ricaurte me nombró, después de esta acción de armas, jefe de quinientos hombres de caballería; i habiendo salido con ellos en en busca del enemigo, á poco andar, encontré la guerrilla de vanguardia observando una gran nube de polvo que se levantaba allá lejos sobre la llanura; i no tardé mucho en descubrir que era el ejército español que marchaba sobre nosotros. Se acercaba ya la noche; pero no era posible evitar el combate sin esponernos á ser completamente destrozados. Convencidos de nuestra apurada situación, cargamos furiosamente sobre la caballería enemiga i luchamos con ella hasta derrotarla. Derrotados i envueltos los escuadrones españoles, su infantería quedó sin apoyo i buscó refugio en el bosque que crece á la margen del Apure. El sitio de ese combate nocturno es el llamado de Mata de Miel, i costó al

enemigo cuatrocientos muertos, quinientos prisioneros i más de tres mil caballos, Sobresaliaron en él por su extremado valor Genaro Vásquez, Nonato Pérez, Miguel Antonio Figueredo, Antolín i Hermenegildo Mujica, Francisco Hurtado, Gregorio Brito i Juan Antº Romero."

"Por este combate el Gobierno de Nueva Granada me envió el despacho de Coronel de sus ejércitos.

"¡Cuántas penalidades hemos sufrido después! Por único alimento durante meses enteros hemos tenido la carne asada sin sal i sin pan. Los caballos para las remudas eran cerriles, i antes de utilizarlos había que ejecutar con ellos el rudísimo trabajo de amansarlos. El vestido se redujo muchas veces á un simple guayuco; por zapatos se tenían cotizas de cuero crudo; i por sombrero, un pañuelo arrollado á la cabeza. Se buscaba en los combates la muerte como dulce alivio á tanto sufrimiento. La emigración de mujeres i niños que con frecuencia nos seguía huyendo de la ferocidad española, embarazaba dolorosamente nuestras marchas, aumentaba nuestras necesidades i desconsolaba nuestros ánimos. ¡Cuántas veces de nuestros ojos, que lucían feroces, saltaban lágrimas!"

"Al finalizar el setiembre de aquel año nos dirijimos al Bajo Apure por el camino de La Trinidad i Rincón Hondo i de allí á Achaguas. Al tener de ello noticia el español López salió á mi encuentro, i acampado en el hato del Yagual, se defendió brillantemente de nuestro rudo i empecinado ataque, que sinembargo le dejó extenuado."

—"Después de un año, fecundo en peripecias i combates de poca importancia, que sería largo relatar, en los últimos días de enero del año diez i siete, reunido á Nonato Pérez, acampamos en el sitio de Mucuritas, para esperar allí á La Torre, que había dormido con sus fuerzas una legua distante de nosotros. Tres mil infantes i mil setecientos ginetes componían el ejército español: el nuestro lo formaban mil cien ginetes que dividí en tres líneas: la primera al mando de Nonato Pérez i Antonio Rangel; la segunda al de Rafael Rosales i Doroteo Hurtado; i la tercera al de Cruz Carrillo, todos valientes hasta el asombro."

La Torre avanzaba en formación de batalla: su infantería en medio de dos grandes cuerpos de caballería. Deja-

mos que llegasen á tiro de fusil, i á su primera descarga nuestra primera línea avanzó al galope dividiéndose en dos mitades para cargar á derecha é izquierda la caballería enemiga, que formaba las alas del campo español. Nuestra segunda línea cargó luego en la misma forma ; i poco tiempo después toda la caballería realista estaba derrotada i dispersa, i su infantería amenazada por todos lados. En aquel momento, verdaderametne conflictivo para La Torre, cincuenta hombres, que de antemano había apostado en diferentes puntos de la llanura, dieron fuego al alto i seco pajonal que la cubría, i en pocos instantes, unidas todas las llamas, formaron una alta muralla de fuego que el viento empujaba velozmente sobre el ejército español pora devorarlo. Este pudo huir, sinembargo, aprovechando la salida que le proporcionaba una cañada que aún conservaba agua i pasto verde. Su retirada fué mui precipitada, i durante ella tuvo que sufrir repetidas i terribles cargas de nuestra caballería, que saltaba muchas veces por sobre las llamas para atacarlos.''.

" Yo creo, Libertador, que las acciones de Mata de la Miel, Yagual i Mucuritas han sido fecundas en bienes para la independencia de la Patria. Si es verdad que hemos sido implacables i terribles durante los combates, hemos tenido empeño en ser generosos i aún magnánimos con el vencido para conquistarlo á nuestras banderas ; i es por eso que hoi, los mismos diestros i bravos ginetes que acompañaron á Boves, forman en las filas de la Patria luchando por su independencia.''

"Libertador, yo i todos los valientes que me han acompañado en estas incesantes i peligrosas luchas, os aclamamos con placer jefe de la República, i con orgullo i alegría os vemos en los llanos de Apure."

—Vuestros servicios, Páez, i los de vuestros valerosísimos compañeros, dícele Bolívar, en medio de tantas privaciones, dificultades i peligros, son dignos no solamente de aplausos sino de admiración. Yo espero que con igual constancia, abnegación i valor continuareis prestándolos para bien de la Patria i para eterna gloria de vuestros nombres.

He venido resuelto, agrega después de breve pausa, en que queda un instante pensativo, he venido resuelto á rendir

á San Fernando para quitar á los españoles esta importante i única plaza que retienen en su poder en el Sur de la República ; pero al mismo tiempo debemos marchar á combatir á Morillo que ha fijado en Calabozo su cuartel general. Si no se nos rinde inmediatamente San Fernando, debiéramos dejarlo amagado por tierra con fuerzas suficientes, i por agua con la escuadrilla de Antonio Díaz, que debe llegar pronto al río Apure, i marchar á Calabozo en busca de Morillo.

—Este último plan será el que habrá de adoptarse, dice Páez, porque la plaza está defendida por un oficial tan valiente como pundonoroso, que no se rendirá á simples amagos de fuerza, i sería hasta crueldad hacer sacrificar ante sus bien defendidas trincheras gran número de nuestros compañeros, cuando el sitio bien sostenido nos dará la ciudad en poco tiempo, si nuestra marcha á Calabozo le quita toda esperanza de auxilio.

—Pero la más grande actividad en estos movimientos es lo que puede hacerlos beneficiosos para nuestras armas ; i temo mucho que nuestra escuadrilla no llegue pronto ; i entonces ¿cómo pasa el ejército el ancho río Apure si no tenemos para ello siquiera una sola embarcación?

—Despreocúpese vuestro pensamiento, Libertador, respecto á las embarcaciones, dícele Páez, porque espero poder proporcionar naves al ejército al llegar al río. Podeis, General, disponer la marcha cuando gusteis.

—¿Pero dónde teneis, Páez, esos bajeles?

—En el paso del río los tiene el enemigo i se los arrebataremos.

—¿I cómo? ¿Con la caballería?

—Sí, Libertador, con la caballería.

—¿Os chanceais, Páez?

—Allá lo veremos, Libertador.

Cuatro días permanece Bolívar en San Juan de Payara, mientras se remonta la caballería, se da algún reposo á la infantería i se organiza el ejército. Confía al coronel Guerrero el mando de los cuerpos volantes que deben bloquear

por tierra á San Fernando, defendido con espartana firmeza por el coronel realista Quero.

El coronel Sánchez con las tropas de Barcelona queda allí á las órdenes de Guerrero.

El cinco de febrero marcha el ejército en dirección á un punto del río Apure, al oriente de la sitiada ciudad, frente al lugar donde tiene su boca el Apurito; i en la mañana del seis, la vanguardia hace alto al divisar con claridad sobre el horizonte del llano la línea obscura que forman los marginales bosques del célebre río, obedeciendo al efectuarlo, orden dada anticipadamente por Bolívar. Este i Páez se adelantan hasta aquel sitio, donde el último con mirada de águila recorre todo el campo que tiene por delante. Después de hacer algunas preguntas á un llanero que trae a su lado i que en aquella madrugada había ido hasta orillas del río, "Bien, exclama, ve i dí á Aramendi que se venga al instante con los cincuenta ginetes que tengo escogidos para que nos acompañen al río."

Poco tardan en llegar los centauros, que forman en batalla con Aramendi á la cabeza.

—"Venid acá, dice Páez á otros llaneros, desmontaos i desatad completamente las cinchas á esos cincuenta caballos i quitad también á todos las gruperas: haced lo mismo con mi caballo.—Ahora, amigos, mui al paso hasta la orilla del río, donde á mi voz de mando arrojaremos las sillas al suelo i en pelo nos lanzaremos al agua, i como sabemos hacerlo, iremos á nado á tomar los buques españoles que están en la otra margen para traerlos al Libertador, que necesita pasar en ellos el ejército de la Patria.—En marcha."

Bolívar contempla extasiado aquellas extrañas evoluciones, aquella rara arenga, aquella marcha elegante i graciosa.

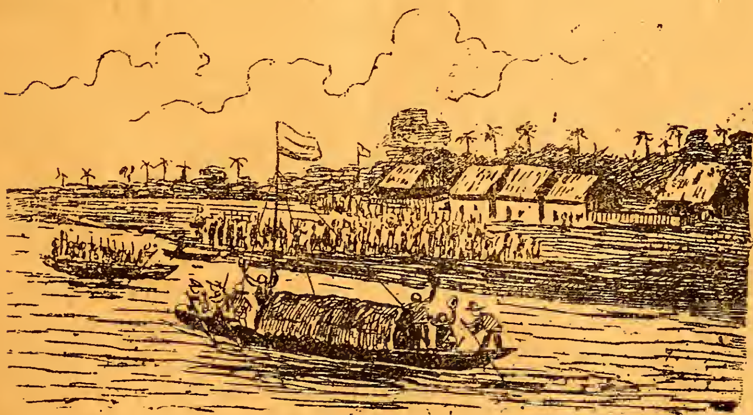
Cual si de paseo anduviesen por las calles de populosa ciudad, míraseles atravesar lentamente el espacio llano i limpio que los separa del río.

Quienes tripulan las naves han visto á los que se acercan; pero ¿qué temor puede inspirarles aquel grupo de cincuenta ginetes?

Ya en la ribera, á la vibrante voz de Páez "boten sillas i al agua," ruedan aquellas al suelo á un mismo tiempo,

i los caballos desnudos son lanzados al río, que salta i los envuelve un instante en espumosos chorros. Desmóntanse los ginetes, i agarrados cada cual con la mano izquierda á la crin del noble animal que conduce, i llevando en la diestra la afilada i enastada lanza, nadan veloces hacia las españolas naves. Sus tripulantes comprenden, ya mui tarde, que vienen sobre ellos los atrevidos llaneros de Páez: asombrados disparan algunos cañonazos i descargan sus fusiles sobre aquellos nuevos monstruos de las aguas; i creciendo su pavor, mientras los llaneros se acercan, lánzanse al agua los más i procuran ganar ligeros la cercana orilla. Ya entre las embarcaciones caballos i ginetes, estos saltan á los lomos de aquellos, i de los lomos á la cubierta de las naves, abriendo con sus lanzas ancha herida á los que se atreven á desafiar aún el enojo de su valor

Rotas las amarras de las catorce naves que allí había, tráenlas Páez i sus compañeros á la opuesta orilla, desde la cual Bolívar ha contemplado el extraordinario episodio, i donde, admirado i entusiasta, abraza estrechamente al jefe invicto cuando todavía ruedan al suelo de todos sus vestidos las aguas del Apure.



Mientras se efectúa por el ejército, durante tres días, el paso del anchuroso río, Bolívar envía por dos veces parlamentarios al defensor de San Fernando, le describe la desesperada situación que va á sobrevenirle si no procura la paz i le ofrece generosos términos para una capitulación. Anún-

ciale en cada vez que al día siguiente le atacará con todo el ejército, queriendo con estas palabras, más que acobardar al imperturbable Quero, esconderle el verdadero rumbo que tiene decidido seguir.

El nueve de febrero empréndese la marcha sobre las llanuras del Guárico. A la vanguardia va Páez con la caballería apureña: sigue luego la *Guardia de Honor*, bizarro cuerpo de infantes que comanda Anzoátegui: después los batallones *Barlovento* i *Angostura*, que manda Valdéz: siguen luego los batallones *Valerosos* i *Barcelona*, á las órdenes de Pedro León Torres: detrás de estos batallones vienen la artillería, el parque i los equipajes; i por último, cubriendo la retaguardia, las caballerías de Cedeño i de Monagas.

Once leguas se marchan aquel día en la ardiente llanura, mortificados por abrasadora sed, porque ahora el agua es escasísima en estos parajes que en otra época del año aparecen inundados. El día diez el ejército atraviesa el seco cauce del río Guárico i duerme á orillas del caño de Pavones; i el once, la marcha es también de once leguas, i la descubierta del ejército hace prisionera en el paso del Orituco á una avanzana del enemigo, que da á Bolívar informes precisos de la situación de Morillo en Calabozo.

Al siguiente día el Libertador forma en batalla su ejército frente á la hermosa ciudad de los llanos guariqueños, con inaudito asombro de Morillo, quien suponía á Bolívar en Angostura lamentando el desastre vergonzoso de La Hogaza.

Es ese el primer campo de batalla en que se encuentran las dos figuras prominentes de esta guerra: Bolívar i Morillo, el uno frente al otro, son la república frente á la monarquía prontas á chocarse. ¡ Cuán rudo ha de ser el embate! Masas enormes, con velocidades inmensas: Bolívar, huracán que va á lo porvenir; Morillo, huracán que viene de lo pasado.

Morillo tiene en la ciudad dos batallones del regimiento de *Navarra*, i todo el regimiento de *La Unión*: fórmalos en tres columnas dando cara al enemigo que acaba de sorprenderle, i frente á esta fuerza i sobre sus flancos, guerrillas ligeras de tiradores. El regimiento de *Castilla*, acampa á su

izquierda en la *Misión de Arriba;* á corta distancia de la ciudad; i el regimiento *Húsares de Fernando VII*, en la *Misión de Abajo*, á su derecha, á poco menos de una legua.

Pundonoroso empeño muestra Morillo en salvar aquellos cuerpos apenas se descubre la presencia del enemigo; pero los republicanos maniobran al mismo tiempo para atacarlos i destruirlos, antes de que logren el amparo de la ciudad.

Morillo en persona, aguijoneado por la vergüenza, sale valeroso á la llanura á dirigir las operaciones de salvamento.

El cuerpo de *Húsares*, que aparece á la izquierda de los patriotas, es atacado, puesto en completa derrota i perseguido hasta las afueras mismas de la ciudad por el intrépido Páez i sus bravísimos llaneros. Morillo mismo es arrollado por los que huyen, i debe su vida á la ligereza de su caballo i á la abnegación del coronel Navas i demás oficiales de su escolta, que ofrendan las suyas por salvarlo.

El batallón de *Castilla* puede entrar á la plaza con poca pérdida.

Morillo se encierra en la ciudad i atisba la ocasión de escapar con los suyos de aquel lazo en que tan inesperadamente ha caído.

La necesidad de pasto para la numerosa caballería republicana obliga á Bolívar á marchar al siguiente día al cercano pueblo del Rastro con todo el ejército, dejando al coronel Iribarren con un cuerpo ligero, inspeccionando los movimientos del enemigo para que dé aviso de ellos inmediatamente.

Listo Morillo para aprovechar la primera puerta que se abra á su escape, abandona cauteloso con su tropa la ciudad á la mitad de la noche, i toma el camino del Sombrero, aprovechando el descuido de aquel á quien se encomendó la vigilancia.

Después de salido el sol del siguiente día, viene á descubrirse el abandono de la plaza, i se avisa á Bolívar, que vuela á Calabozo á disponer la persecución. La caballería alcanza al enemigo en la Uriosa i lo entretiene con amagos

de cargas en espera de la infantería; pero esta, que se ha extraviado, tiene que desandar gran parte del camino hecho antes de continuar en una marcha provechosa. El enemigo no desperdicia este nuevo error, i puede completar en la madrugada del siguiente día hasta quince leguas de camino en su admirable retirada; i sigue, después de breve descanso, hasta el Sombrero, donde respira alegre, porque ya está salvado. De allí en adelante la caballería republicana, por lo quebrado del terreno i el boscaje, es cuerpo que no puede obrar ventajosamente sobre él; i toda la infantería de Bolívar, después de las inmensas marchas que acaba de realizar, no puede continuar en una activa persecución.

El Libertador, desesperado de que se hubiese tan miserablemente perdido la más propicia ocasión de aniquilar á Morillo, ordena atacarlo en sus bien escogidas posiciones del Sombrero, i es rudamente rechazado.

¡ O veleidosa suerte de los ejércitos! Viene muchas veces sonreída hacia nosotros á darnos el laurel de la victoria, i cuando alargamos la mano para cojer la gloriosa rama, cambia en torva mirada la sonrisa, vuélvenos la espalda i nos entrega á la derrota.

Morillo sigue tranquilamente su marcha hasta Valencia, i Bolívar vuelve desconcertado á Calabozo.

El día veinte i tres de febrero sale Páez de esta ciudad con su división de caballería en marcha para San Fernando, á reforzar i estrechar el asedio de la ciudad, hasta lograr su ocupación por las armas republicanas; i el tres de marzo se mueve Bolívar con los demás cuerpos de su ejército hacia el hato de San Pablo, á donde llega el día cinco. Reune en aquel sitio una junta de generales para decidir el derrotero de la campaña, que venía siendo motivo de agria discusión entre todos los jefes. Allí están Urdaneta, Cedeño, Anzoátegui, Monagas i Zaraza. Prevalece en aquel Consejo la opinión de penetrar á los valles de Aragua; i en la mañana del siete se emprende hacia ellos la marcha.

El once llega el ejército patriota á Villa de Cura. Morillo reconcentra en Valencia todas las fuerzas de las inmediaciones; i La Torre abandona La Victoria i el Consejo i va

á tomar posiciones en la cumbre de Las Lajas, camino de Caracas.

Zaraza i Monagas llegan sin obstáculos hasta La Cabrera, i reciben orden de fortificarse en aquel sitio para defender tan importante paso, mientras Bolívar sigue hasta el Consejo en busca de La Torre. Delirando va con la próxima derrota de este bravo jefe español i con su nueva entrada triunfal á Caracas, cuando, con posta que llega á escape después de matar dos caballos en el camino corrido, recibe aviso de haber Morillo sorprendido i dispersado las fuerzas de La Cabrera, i de ir huyendo Zaraza i Monagas hacia Villa de Cura.—¡ Peligrosísima situación para el Libertador, que puede ser cojido mui pronto entre dos fuegos! Emprende rápida retirada á unirse á los suyos en Villa de Cura; i allí llegado, sigue hasta atravesar el cauce profundo de un arroyo que llaman Semen i corta en toda su extensión el valle que se extiende desde aquella villa á San Juan de Los Morros. Detrás de los barrancos de ese arroyo establece Bolívar su línea de batalla, i espera al enemigo que no tarda en presentarse. La lucha comienza, i por mucho tiempo dura encarnizada i mantiene indecisa la victoria. Declάranse al fin en derrota los realistas, i van perseguidos por los patriotas, cuando aparece camino de la Villa de Cura nueva i fresca división española que llega á arrebatar á Bolívar aquel laurel que ya ostentaba orgulloso en su mano. La caballería republicana huye presa del pánico, i la infantería combate en retirada. Morillo que viene con sus nobles bríos alentando la persecución, recibe profunda herida de un lancero de Vázquez, que pelea á pie i muere allí á los golpes de los afilados sables de los oficiales que acompañan al jefe realista.

Aquel campo, ya famoso, está cubierto de cadáveres: españoles i venezolanos cuentan por centenares los heridos en sus filas: heridos van Urdaneta, Anzoátegui, Valdéz i Torres.

Bolívar continúa su retirada hasta El Rastro, donde para lenitivo de su derrota, recibe aviso del general Páez de haber ocupado desde el seis de marzo la plaza de San Fernando. El valeroso Quero, que tan brillantemente la había defendido, dos veces herido por las balas, resuelve romper

el sitio con sus escasas i abatidas fuerzas, i sale combatiendo con marcial arrogancia de la ciudad; pero alcanzado por las numerosas tropas que lo rodeaban, tuvo que darse prisionero. No bastó el esmerado empeño que Páez i todos los suyos tomaron por salvar la vida de aquel valiente, que murió al siguiente día, contento de haber cumplido el deber; acariciado primero con admiración, i llorado después por sus nobles vencedores.

A causa de la herida que en Semen recibió Morillo, hízose cargo del mando del ejército realista el general La Torre, que viene en marcha sobre las huellas de Bolívar. Llegado á inmediaciones de Calabozo i preparándose para asaltar la ciudad, tiene noticias de que Páez con sus fuerzas, i Cedeño con las suyas se han unido á las de Bolívar, i que todas juntas marchan á atacarlo, i prudente, retrocede á Ortíz. Allí va á buscarlo el Libertador i en sus fuertes posiciones lo asalta furiosamente. La Torre soporta la embestida i rechaza, causando numerosas bajas, al ejército independiente, que se retira de nuevo á San Pablo, llevando con profundas heridas al valerosísimo Genaro Vázquez, cuya muerte lamenta la República tres días después de aquel temerario combate. Aunque La Torre conservó sus posiciones durante la pelea, no se siente allí seguro i con todas sus fuerzas se retira á los Valles de Aragua.

Es necesario preparar nuevos planes á las operaciones militares, proveer de nuevos recursos i reorganizar el quebrantado ejército venezolano. Monagas marcha á Barcelona con oficiales i sargentos para levantar nuevos cuerpos; Soublette, á Angostura para conseguir armas i municiones i enviarlas al cuartel general; Páez, al Pao con su división, á destruir nucleo de realistas que allí se condensa; i para organizar más tropas i atacar partidas sueltas que se dicen realistas i más son salteadoras, van Justo Briceño á Barbacoas; Francisco Sánchez á Ortíz; i Ambrosio Plaza á San Francisco de Tiznados.

Acampa el Libertador en la tarde del diez i seis de abril en el hato llamado Rincón de los Toros; ordena que Cedeño marche á esa misma hora en apoyo de una operación

que practica Plaza ; i resuelto á pasar allí la noche, dispone el campamento i elije para su dormitorio un aislado bosquecillo que allí verdea en medio de la llanura. A las ramas de sus árboles cuélganse hamacas para él, para el capellán Prado i para los coroneles Salcedo i Galindo, donde se entregan al arrullador columpio cuando la obscuridad envuelve el campamento.

Más de media noche ha pasado cuando Bolívar despierta con sobresalto. Alguien ha dicho á su oído esta frase : despierta i huye. Nada siente á su alrededor ; profundamente dormidos están sus compañeros ; piensa que sueña i se dispone á continuar en reposo ; pero antes que pueda dormirse completamente oye otra vez i más distinta la misma voz : huye presto. Levántase al instante : escucha cerca el *quien vive* de una patrulla ; diríjese á su caballo que allí estaba ensillado ; siente que gente se aproxima, i cuando se dispone á montar, varios disparos arrojados sobre las colgantes hamacas le advierten que se trata de asesinarle. Su brioso corcel espantado por las detonaciones huye á la sabana, i el Libertador, á pie i sin rumbo cierto, camina solo por la llanura. La confusión más grande se produce en todo el campamento : nutrido tiroteo i algazara infernal se oye en todo él : aquí se combate ; allá se huye.

El jefe realista López que casualmente había acampado mui cerca de aquel hato, supo por la delación de un desertor el sitio en que Bolívar dormía, i el santo i seña que su tropa usaba aquella noche para reconocerse. Así pudo penetrar uno de sus oficiales con gente armada hasta el dormitorio del Libertador, i disparar de cerca sus armas con tan certera puntería, que el capellán Prado, i Galindo, i Salcedo quedaron muertos en el acto, i la hamaca en que Bolívar dormía atravesada por varias balas.

Carga López con su caballería la de Zaraza, que huye desbandada.

La infantería republicana casi toda perece en la confusa brega.

Persiguiendo á los fugitivos va López cuando una bala le quita la vida. Cae el exánime cuerpo de espaldas sobre

el anca del brioso i bien enjaezado caballo, que se espanta por la novedad de aquel golpe i se lanza sobre los que huyen. Entre estos lo apresa el coronel Infante, que poco más lejos lo entrega á Bolívar al hallarle caminando á pie, confundido con sus soldados.

¡ Qué burla esa del destino ! En el caballo de quien premeditó el asesinato del Libertador, entra este á Calabozo en la noche siguiente á la que fué tan nefanda i aciaga.

Cedeño que oye el fuego que se sostiene en el Rincón de los Toros contramarcha sobre el sitio, á donde llega al amanecer. A nadie encuentra ; pero ve las huellas que ha dejado el desastre en aquel campo, i sigue su marcha á Calabozo. En esta ciudad le deja Bolívar, que con pocos compañeros va para San Fernando.

El veinte i uno de mayo llega Páez á la capital del Apure con sus fuerzas de caballería bastante quebrantadas, i sin infantería, que casi toda se perdió en el sangriento combate sostenido en el llano de Cojedes el dos de aquel mes contra el ejército español.

Pocos días después llega Cedeño con escasos restos de las fuerzas que quedaron á sus órdenes. Morales lo había derrotado completamente el día veinte en la laguna de los Patos.

El alma de Bolívar sufre el aguijón de las contrariedades i las torturas de la impaciencia ; pero no se desalienta, sino que adquiere nuevos bríos en el infortunio. Moviendo atrevidos planes en su mente, se pone en marcha para Angostura en lijera embarcación, acompañado de su Secretario i de los oficiales de su Estado Mayor.

Baja por el Apure, crecidas ya sus aguas, no sólo por las que recoje su cauce de las lluvias que caen en su grande hoya, sino por la represa que le hace el Orinoco, también en la plenitud de su anual avenida.

Al salir del Apure al Orinoco se experimenta una impresión extraordinaria. Viénese con la idea de navegar en una grande arteria fluvial cuando se baja desde San Fernando, i al caer al Orinoco, en que apenas puede divisarse la

opuesta orilla, la idea de relación achica en un instante lo que teníamos por inmenso. Sobre las aguas del espléndido río, vuelta atrás la mirada, la boca del Apure es angosto boquete formado en el dilatado bosque que se pierde de vista en las brumas del horizonte.



Surge delante la isla que se interpone entre Caicara i Cabruta, i allá va lijera la navecilla como pequeño punto obscuro sobre el brillo cristalino de aquella líquida llanura.

Navégase sin novedad durante tres días con sus noches, aprovechando á veces el viento con improvisadas velas que se amarran á los remos, sostenidos verticalmente para que hagan el oficio de mástiles.

Viene ahora una noche tan obscura que parece tempestuasa, i se tiene por delante el peligroso paso por la isla del Infierno, i luego la bramadora vuelta del Torno. Es necesario arrimar la barquilla á la ribera i amarrarla á uno de los árboles que en ella crecen. Al ponerse el sol se sirve la comida, de cocidos i sabrosos peces del río. Saboréase el

negro café que anima el decaído espíritu, i del encendido barinés tabaco, se aspira el aromático humo.

Toda la tripulación se siente luego presa de extraño i profundo sueño: como muertos están todos, menos Bolívar, tendidos sobre la estrecha cubierta ó en lo hueco de la nave.

Aparecen Eroclea i Sofía.

--¡Benditas seais, divinas ninfas, exclama Bolívar al verlas. Eroclea, esposa de mi alma, te debo mi vida: fué tu voz amorosa i dulcísima que me salvó en la triste noche del Rincón de los Toros. I vos, Sofía, dígnate aconsejarme en el intrincado camino de mi destino.

—He venido á eso, Bolívar. Eroclea ha ido á traerme de lejanas latitudes para que venga á inspirarte en sabias i discretas resoluciones. La lucha continuará todavía por muchos años para asegurar la independencia de América: no hai que esperar que ese plazo se acorte, ni que se eviten mil combates sangrientos; pero debe pensarse que tu obra sea santa; que tu gloria sea pura. Es preciso, Bolívar, que un Congreso se instale, que represente la Nación i reconstituya la República. Tus poderes otorgados por un grupo de militares son buenos para el general de los ejércitos; pero no para el magistrado del país. El gran Washington fué el general de sus tropas durante la guerra; pero no el jefe supremo de la Nación: esta tenía su representación legítima en el Congreso constituido por los delegados de los pueblos. El famoso é inmortal Congreso venezolano de 1811, desapareció en los horrores de la guerra á muerte, que encadenó de nuevo á Venezuela al imperio de España. Es necesario apresurarse á revivir ese Augusto Cuerpo para que reviva la Nación i la República. Mandar como general no es gobernar como republicano: la dictadura es antítesis de la democracia; i es por la independencia, por la república i por la democracia que tú combates i combaten contigo los pueblos de la América. Estas nuevas nacionalidades deben aparecer legalmente constituidas ante las demás naciones del mundo; i no se tienen por tales á países sin leyes, sin magistrados, sin jueces, que sólo obedezcan los caprichosos decretos de un afortunado dictador, aunque libre batallas i las gane,

porque la vida de una nación no alienta sólo en los cuarteles. Deja la dictadura, Bolívar, déjala para siempre. Si algún día en el curso de tu vida los sucesos te llevasen de nuevo á ella, será para perderte. Huye de ella como de genio maléfico que quitará á Eroclea el color de sus mejillas, el fuego de sus ojos i todas sus divinas gracias. Deja reconstituida la República i vuelve á Apure, donde recibirás divina inspiración.

—Sin vacilación alguna seguiré, Sofía, tus venerables consejos.

—Siguiéndolos, dice Eroclea, la obra de la independencia americana será obra imperecedera é inmortal, i tu nombre brillará en el mundo con sin igual gloria.

Bolívar siente en este instante que se apodera de él bruscamente el mismo sueño profundo que había rendido á todos sus compañeros: las ninfas desaparecen, i la barquilla apenas oscila sobre las aguas que parecen también dormidas sobre la playa.

Antes de levantarse el sol, la lijera nave con sus descansados remeros corre bajando el río; i cuando el astro radioso ha completado su carrera de ese día, i se sumerge entre los esplendores del vespertino crepúsculo, la navecilla que lleva al Libertador se amarra á la playa de Angostura. Es la tarde del cinco de junio de 1818.

En todo el territorio sometido á la República, se organizan i disciplinan nuevos cuerpos de tropa bajo la inmediata inspección de Bermúdez, Cedeño, Anzoátegui, Monagas, Torres i otros jefes, á cuyo celo i actividad se debe que pronto queden reparadas las pérdidas del ejército en la última campaña.

El almirante Brion llega con nuevos i numerosos elementos de guerra, que colman la alegría de Bolívar.

El veinte i seis de agosto el Libertador despacha á Santander para los llanos de Casanare, acompañado del venezolano Jacinto Lara, de los granadinos Joaquín París, Antonio Obando, Vicente González i otros buenos oficiales repu-

blicanos. Condúcese bastante cantidad de elementos para abrir allá fructífera campaña.

Bien meditado ya el grandioso pensamiento sugerido por la divina Sofía en la última navegación del Orinoco, decreta el Libertador la elección de un Congreso Nacional que deberá reunirse el día primero del próximo año de mil ochocientos diez i nueve.

Mientras tanto la actividad extraordinaria de Bolívar se consagra á las duras faenas de la guerra. Despacha á Anzoátegui para Apure á reforzar á Páez: él mismo va hasta Maturín á comunicar sus patrióticos alientos á Bermúdez i á Mariño, arrepentido ya de sus exageradas arrogancias. En la noche del once de noviembre entra de vuelta á Angostura, donde expide nuevos é importantes decretos. El veinte i uno de diciembre se embarca para Apure conduciendo frescos cuerpos militares, i el diez i siete de enero se reune á Páez i á Cedeño en San Juan de Payara.

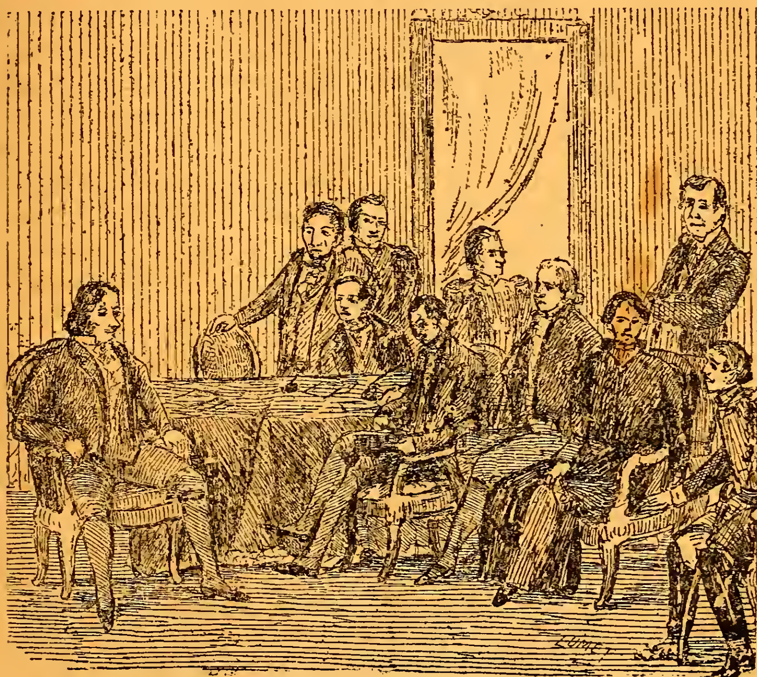
Tres mil quinientos infantes i mil ginetes forman el nuevo ejército patriota en el Sur de la República, listo á emprender desde las riberas del Apure vigorosa campaña contra los tenaces enemigos de la independencia. Pero llega entonces el correo de Angostura con interesante correspondencia para Bolívar, que interrumpe la ejecución de sus planes. Se le participa que los trasportes *Perseverancia* i *Tártaro*, con tropas alistadas en Inglaterra, habían llegado á Angostura al servicio de la República; i que próximamente otros de la misma clase eran allí esperados.

Bolívar deja á Páez el mando del ejército i regresa á Angostura, á donde arriba el ocho de febrero al seno de un pueblo lleno de patriótico entusiasmo.

Allí están los Diputados al segundo Congreso de Venezuela, que solemnemente se instala el día quince de aquel dichoso mes. Resigna el Libertador en ese Augusto Cuerpo, el poder discrecional que le han confiado los pueblos; i en magnífico discurso expone con admirable sinceridad las ideas políticas que él juzga más adecuadas á la actual condición de sus compatriotas.

En aquel areópago están Zea, el sabio naturalista gra-

nadino, orador elocuente i diserto escritor; Uribe i Vergara, granadinos i sabios también; Urbaneja, Martínez i Roscio, acreditados jurisconsultos venezolanos; Peñalver, esforzado patriota i virtuosísimo ciudadano; el valeroso é inteligente sacerdote Méndez; los generales Mariño, Urdaneta, Torres i Tomás Montilla, i otros distinguidos militares, excelentes servidores de la Patria.



El Congreso, única fuente legítima de toda autoridad en la República, aprueba todos los actos de Bolívar, le nombra Presidente de la República; i designa á Zea Vice–presidente para sustituirlo en las labores administrativas, mientras permanezca el Libertador al frente de los ejércitos combatiendo al enemigo; i luego se entrega á la delicada i lenta labor de dar una nueva Constitución política á Venezuela.

El veinte i siete de febrero, ya en posesión de su alto puesto el ilustre Zea, embárcase de nuevo Bolívar para Apure. Navega por varios días hasta la Urbana; atraviesa el ancho río, desembarca i va al campo patriota de Aragua-

quén, i al frente de las tropas que allí encuentra sigue al Caujaral de Cunaviche, donde le recibe el ínclito Páez.

Durante las horas que se destinan al reposo, cuenta Páez á Bolívar, cómo al presentarse el ejército de Morillo frente á San Fernando, convocó á sus principales vecinos para comunicarles la resolución que tenía de abandonar la ciudad, puesto que era imprudencia suma luchar allí con fuerzas tan superiores, i cuando había seguridad de diezmarlas i aniquilarlas por incesantes marchas i contramarchas en la inclemencia de aquellas dilatadas llanuras. I le refiere entusiasmado cómo todos aplaudieron su resolución i tomaron otra de admirable patriotismo, porque le dijeron: "Bien está el abandono de la ciudad: todos os seguiremos gustosos; pero antes vamos con nuestras propias manos á dar fuego á nuestros hogares para que el enemigo acampe entre escombros i cenizas." Así se verificó, agrega Páez enternecido, i Morillo debió palidecer al contemplar desde la otra orilla aquel incendio.



En otras horas de descanso, continúa diciendo Páez al Libertador, ó en las fastidiosas marchas de estos llanos, os iré refiriendo la singular i á veces divertida clase de guerra que pretendí emplear contra Morillo; pero sospechada quizá de este avisado general, no siguió imprudentemente nuestras huellas i se acampó de firme en Achaguas. Allí está.

Bolívar decide ir á batirlo. Crúzase el Arauca, i cinco leguas antes de llegar á Achaguas, en el trapiche de Gamarra, que está rodeado de bosque, se descubre acampado parte del ejército realista. Ordena el Libertador que cuatro batallones avancen á atacarlo, i son pronta i rudamente rechazados. El enemigo cree sin duda que aquello sólo ha sido una provocación para llamarlos al llano limpio, donde los atacará la caballería, i temerosos de otros designios se retiran á Achaguas. Bolívar por su parte, desconfiando de sus fuerzas, ante aquel enemigo organizado i descansado, retrocede, repasa el Arauca i se acampa á su margen derecha.

Al día siguiente llega Morillo con todo su ejército á la margen izquierda, i acampa en la Mata del Herradero, una milla aguas abajo del campamento republicano.

Es inminente i próximo el feral conflicto.

A la tienda de campaña en que aloja Bolívar i su Estado Mayor, llega Páez á las tres de la tarde en su brioso alazán, se desmonta i saluda respetuosamente al Libertador, quien le tiende con afecto la mano al levantarse de la hamaca en que estaba sentado.

—Deseo comunicaros algo importante, Libertador.

—Os oiré con gusto. Vamos, dice Bolívar, caminando con Páez hacia un árbol aislado i frondoso que no lejos está.

—Creo, Libertador, dice Páez, que podemos hacer una diversión sobre el ejército de Morillo, quizás de resultados mui beneficiosos para la Patria. Me ocurre pasar ahora mismo el río con sólo ciento cincuenta de mis mejores ginetes i lanceros, i seguir á provocar á los españoles. Aseguro que al verme Morillo moverá sobre mí todo su ejército para venir á enfrentarse al nuestro. En amagos i retiradas sucesivas los iré trayendo cerca de la margen hasta llegar frente á este sitio. Si el Libertador dispone que á lo largo de esa orilla opuesta se embosquen nuestros granaderos, cazadores i artilleros, al disparar estos sobre los que de más cerca me persigan, que serán cuerpos de caballería, atacados de flanco se desorganizarán, los cargaré en el mo-

mento de su sorpresa; i es indudable que huirán en desorden produciéndose ellos mismos males sin número. Si esto se verifica, mañana, en vez de salir á librar una batalla, marcharemos á perseguir el enemigo que se retira.

—Convenido, Páez, dice Bolívar, no dando gran importancia al propósito; pero es preciso que no os expongais demasiado: vuestra vida es preciosa para la Patria.

Páez reune ciento cincuenta compañeros, i todos á caballo con sus relucientes lanzas, se arrojan al río i lo atraviesan en un instante. El ardiente sol de abril secará pronto lo que ha mojado el Arauca.

Bolívar ordena la marcha inmediata de las emboscadas que indicó el audaz jefe de las terribles huestes apureñas, i todos quedan esperando ansiosos el resultado de aquella inaudita temeridad.

Al divisar Morillo la pequeña columna de lanceros que viene á desafiarlo, resuelve apoderarse de ella para castigar con ruidoso martirio lo grande de aquel atrevimiento.

Primero dispara sobre el exiguo grupo las metrallas de sus preparados cañones; i luego pone en marcha su caballería, abierta en dos distantes alas, como para envolver la republicana en un momento premeditado; mientras por el centro adelanta al valeroso López con un escuadrón de carabineros á caballo para provocar á Páez i detenerlo.

En la gallarda retirada que entonces emprenden los adalides patriotas, Páez, que desea ver juntos los tres cuerpos que le vienen siguiendo i amenazan rodearlo, ordena á Rondón que con veinte compañeros retroceda de improviso i caiga sobre los carabineros de López, i que al punto vuelva á incorporársele. Apenas ordenado este movimiento, veinte centauros tuercen bridas i se arrojan como rayos sobre López, que, para su mayor desgracia, manda á los suyos echen pie á tierra i hagan fuego sobre los atrevidos. Muchos caen á los botes de aquellas lanzas que siembran la confusión entre los aterrados carabineros. Las dos alas de la caballería

realista se mueven rápidas para protejer á López, i se juntan á él, cuando ya Rondón i los suyos, incorporados á su fila prosiguen la fantástica retirada; i Páez sonríe orgulloso porque el suceso siguió el camino que le trazó el deseo.

Momentos después suena el fuego de la fusilería i muge el cañón de las emboscadas patriotas que atacan por un flanco á Morillo; i Páez da á los suyos el formidable grito de *¡ Vuelvan caras!*

Como corre veloz en furiosos torbellinos el agua detenida por un dique que se rompe, i todo lo vuelca i arrastra á su paso; así, aquella avalancha de centauros cae sobre la caballería española, que vacila al rudo embate, se mezcla, se turba, no sabe como defenderse, i huye perseguida del pánico, derrocando sus cañones, aterrando sus infantes i dejando quinientos muertos en aquel campo de las Queseras del Medio, de eterna gloria para la Patria venezolana.

Envuelta en las tinieblas de la noche queda á poco la llanura, aumentando la confusión en los tercios realistas; pero llevando al mismo tiempo á Bolívar las angustias de la incertidumbre por la suerte de sus heroicos adalides.

Al día siguiente, saliendo el sol, Páez i sus compañeros repasan el Arauca i forman en batalla frente al Libertador, que los recibe á caballo, rodeado de su Estado Mayor i delante del ejército todo con armas al hombro. Entre aquellos valientes faltaban solamente dos, que quedaron sin vida en la sin par batalla.

—"¡ Soldados! dice Bolívar, con alta i majestuosa entonación, acabais de presenciar la proeza más extraordinaria que puede celebrar la historia militar de las naciones. Ciento cincuenta héroes, guíados por el impertérrito Páez, de propósito deliberado, han atacado de frente á todo el ejército de Morillo. Artillería, infantería, caballería, nada ha bastado al enemigo para defenderse del formidable empuje de nuestras lanzas. ¡ Gloria eterna á vosotros, heroicos libertadores de Venezuela!"

"¡ Soldados! La hazaña que habeis contemplado es sólo el preludio de otras mayores que vais á realizar. Preparaos al combate, i estad seguros de que os tiene ya guardados sus laureles la Victoria."







ETAPA TERCERA

BOYACA

—

En la infinita hélice de los tiempos aparece al oriente de las pampas del Apure el día seis de mayo del año mil ochocientos diez i nueve, entre los esplendores de una aurora ceñida de nubes que

ostentan los colores de la escarlata i del topacio i fimbrias de oro.

Apenas alto sobre el horizonte el naciente sol de ese día, la humilde sala de una de las casas de la benemérita ciudad de Achaguas, se ve animada por la reunión de muchos personajes. Rodean en ella á Bolívar, Anzoátegui, Torres, Soublette, Rangel, Iribarren, Briceño-Méndez, Plaza, Manrique, Salón i Lara, recienllegado de Casanare.

Habla el Libertador:

—"Os he convocado á esta Junta de Oficiales para comunicaros importantes nuevas que he recibido, i el plan de campaña que los sucesos me sugieren. A mediados del mes de abril tuve aviso de que un ejército español de tres mil hombres marchaba desde Nueva Granada á Casanare; i necesariamente supuse que tal movimiento era una combinación con Morillo, que acampa en el Guárico. Creí, pues, que era urgentísimo que nosotros atacásemos á la mayor brevedad que fuera dable al uno ó al otro, antes de darles tiempo á que se acercaran i emprendieran activas i concertadas operaciones sobre nuestro ejército.—¿A cuál de los dos convendría atacar?—Hé aquí en lo que ha venido vacilando mi voluntad al compás de las oscilaciones de mi pensamiento. Pero hoi recibo comunicaciones de Santander, en que me avisa que Obando ha tomado el veinte i cuatro de abril á Salina Chita; que Arredondo había atacado la formidable posición de Paya, donde diez hombres pueden detener á mil, i que quienes la defendían habían huído i fueron perseguidos hasta Labranza Grande. Me advierte Santander que la disposición de todos los pueblos de la Nueva Granada es sumamente favorable á la causa de la independencia i de la República, excitados como han sido hasta los indiferentes por los inauditos atropellos que allí han ejercido los realistas."

"Durante los tres últimos años el feroz virrei Sámano ha empapado de sangre americana, con mil patíbulos, el suelo de la noble Bogotá. Nada ha habido venerable para esta hiena con figura humana. Ni la sabiduría ni la gracia han sido bastantes á moderar su furor: fusila al sabio Caldas, respetado por Mutis i por Humboldt, i fusila también á la bella i delicada virgen Policarpa Salavarrieta."

"Tales sucesos determinan el camino de nuestra campaña. Marcharemos á Casanare, nos uniremos á Santander, continuaremos por caminos difíciles por donde no podrán esperarnos, á caer sobre el corazón de la Nueva Granada, engrosaremos allí nuestras filas, buscaremos al enemigo, le daremos batalla i lo venceremos. Dejando libre la Nueva Granada de la opresión española, volveremos inmediatamente á Venezuela á destruir á Morillo. De este nada debemos temer en este movimiento; primero, porque pasados pocos días el bajo Apure estará inundado por la creciente de sus ríos i caños; i segundo, porque dado el caso de que llegara á expedicionar sobre nosotros, el general Páez, que queda aquí observándolo, se pondría sin descanso á pisar sus huellas i á hostilizar su retaguardia, hasta detenerlo en su marcha. Pero debe entenderse mui bien que el carácter esencial de esta operación ha de consistir en la más asombrosa actividad para que el enemigo no tenga tiempo de apercibirse de ella. Mucho he venido preparando para una marcha rápida i larga; pero mucho falta todavía, i antes de emprender resueltamente algo, he querido oir la opinión de mis buenos compañeros."

Unánime aprobación dan los circunstantes á aquel plan, que es calificado de sabio, aunque todos lo creen de sin igual atrevimiento. El Libertador manifiesta que ya tiene también la favorable opinión del general Páez.

Desde aquel día hasta el veinte i cuatro del mes, un trabajo incesante se emprende para reconcentrar en Mantecal todas las fuerzas, pertrechos i provisiones, bestias de carga, reses, etc. El veinte i cinco i el veinte i seis se organiza el ejército reconcentrado, i se duerme en disposición de marchar al día siguiente camino de Guasdualito.

Rayando arreboles el alba, parches i cornetas lanzan al viento de aquellas llanuras las alegres i animadoras notas de la diana. Pónese de pie el soldado, cruzado el busto por las anchas correas de la cartuchera i del tahalí, sacude la manta que le sirvió de colchón i de abrigo sobre la tierra de la pampa, dóblala i cuélgala del hombro izquierdo, dejándola caer en iguales partes sobre el pecho i la espalda, in-

clina sus puntas hacia la cadera derecha, i la sujeta al cinto con angosta i fuerte tira. Amarra á esta luego el pequeño morral de bien tramado lienzo que lleva su pobre menaje; pone al cinto en su vaina de cuero el afilado cuchillo, toma su fusil i espera la orden de formar, masticando un bocado de carne salada i otro de plátano, i bebiendo un trago de aguardiente.

Otra vez suenan tambores i clarines dando la primera señal para la marcha.

Límpiase del polvo el lomo de las numerosas bestias de carga que llevarán los equipajes i el parque; arrójanse sobre ellas las pajizas enjalmas, que afirman sogas al cuerpo del paciente animal, i cárgase á cada uno con el peso que se le ha asignado.

Gritos singulares del llanero hacen levantar los rebaños de toros que acompañarán al ejército para su alimentación.

Al tercer toque de marcha, la aurora empieza á teñir con los brillantes colores de sus pinceles, las nubes del oriente; i abre la marcha el bravo Rondón á la cabeza de un bizarro escuadrón de ginetes del Alto Llano. Arrogante grupo que se aleja sacudiendo el polvo de la llanura con los cascos de sus briosos corceles, i haciendo brillar con blancas chispas sobre sus cabezas el limpio hierro de sus agudas i afiladas lanzas.

Sigue tras ellos el batallón *Rifles*, que manda Arturo Sandes; luego el batallón *Barcelona*, que manda Ambrosio Plaza; i luego el de los esforzados ingleses, memorable *Albión*, con el sereno Rook á su cabeza.

Marcha después el escuadrón *Bravos de Páez*, que manda el valeroso Cruz Carrillo.

Sigue luego un gran rebaño de toros que camina entre dos pequeños cuerpos de caballería. Después, las bestias que conducen el parque i los equipajes, seguido de los carabineros que rige Mellao. Detrás de estos, otro rebaño de toros, i luego una caballada en pelo. Cubre la retaguardia un escuadrón de lanceros, también del Alto Llano, que manda el aguerrido Infante.

Bolívar i su Estado Mayor salen los últimos de la villa, cuando ya el sol está bastante alto sobre el horizonte, aunque velado por gruesas i cenicientas nubes.

Cabalga en la comitiva del Libertador el Médico Cirujano Mayor del Ejército, que tiene bajo sus órdenes á los médicos divisionarios i á los jóvenes practicantes que los ayudan en el ejercicio de su generosa profesión.

Custodiado por esos jóvenes practicantes i con la impedimenta del parque, se ve el escogido i abundante botiquín, destinado á la patriota hueste. En grandes baúles de oloroso cedro, que interiormente llevan diversos i apropiados compartimientos, van en unos, las sustancias más necesarias á la curación ó al alivio de las enfermedades; i en otros, los instrumentos que usa la cirugía en sus sangrientas i dolorosas operaciones.

Entre los medicamentos llevan la admirable corteza de la quina, tan eficaz para la curación de las fiebres intermitentes, pálidas hijas de los lugares pantanosos; el opio, zumo de las adormideras, que mitiga con el sueño los dolores, i su vinoso extracto el eficaz láudano; la amarga yerba de la serpentaria; el dorado ruibarbo; hojas i flores secas de la jugosa malva; las preciosas resinas de la jalapa i del guayaco; la sabrosa pulpa del tamarindo i raices de la purificadora zarzaparrilla.

Para purgantes conducen gran porción de maná, meloso licor que brota i se cuaja en los fresnos; i la amarga sal de Epson; i para vomitivos, el activo tártaro i la raíz de la ipecacuana. Para sinapismos es el rubio polvo de las semillas del mostazo; i para vegigatorios, la abrasadora cantárida, verde i brillante como esmeralda.

Alumbre, nueces de agallas i la olorosa resina del benjuí van como poderosos astringentes; i en metálicos envases, abundante cantidad de aceite de olivos i de almendras, de bálsamo de copaiba i de trementina.

Sal amoniaco, azufre, quermes mineral, antimonio, limaduras de hierro, ojos de cangrejos, crémor tártaro, i otras sustancias mui usadas en medicina, se llevan cuidadosas en sus respectivos compartimientos. I también la goma arábiga,

el oloroso alcanfor, diversos emplastos i el amarillo ungüento basilicón.

En otras cajas va el terrible arsenal del cirujano: escarificadores i ventosas para las sajas, que han de aplicarse á la parte del cuerpo que reciba duro golpe; lancetas de aguda punta i afilados bordes para herir el tumor lleno de nauseabundo pus, ó la vena que produce la salvadora sangría; cuchillos de diferentes formas i tamaños i sierras para las amputaciones; i para comprimir, al efectuarlas, la gruesa arteria que ha de cortarse i evitar grandes pérdidas de sangre, suficiente número de torniquetes con la feliz modificación del insigue cirujano Petit; agujas rectas i curvas é hilos de seda para ligar los sanguiníferos vasos i para coser la piel cortada por afilado acero; diversas tijeras, pinzas i sondas; muchas esponjas i gran cantidad de hilas i de vendas preparadas para el ejército por las delicadas manos de las damas patriotas.

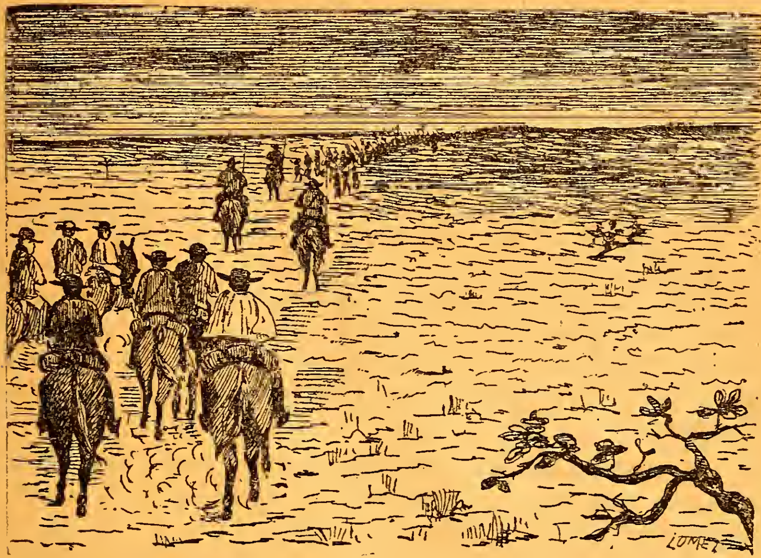
En otras cajas llevan morteros i envases, de metal unos, de porcelana otros, para las manipulaciones de la farmacia.

Quien entonces hubiera podido elevarse mui alto sobre la ya silenciosa aldea, habría contemplado aquel ejército moviéndose sobre la llanura, como á esos grandes hormigueros que salen de sus cuevas á buscar las provisiones del invierno. ¡ Bella, magnífica marcha !

Bolívar i quienes le acompañan van pasando rápidamente al lado de todos los cuerpos. Detiénese á veces el Libertador i hace alguna observación al oficial ó soldado que olvida algo de lo que militarmente le concierne, para acostumbrarlo á ser escrupuloso aún en las trivialidades, i mostrarle que su cuidado está siempre vigilante. Cuando llega al lado del jefe de cada cuerpo, sigue con él la marcha breve rato después de informarse del estado de la tropa i de lo que pudiera necesitar; i le da, al despedirse, alguna nueva orden para el servicio de la campaña.

El cielo continúa cubriéndose más i más cada vez con el espeso velo de obscuras nubes: el calor es excesivo, sofocante, algo más de la tercera parte del que es necesario para hacer hervir el agua á la orilla del mar; hombres i

animales sudan copiosamente; la fatiga acorta i hace lentos los pasos; no se siente el más ligero soplo de brisa que refresque la piel.



A la mitad del día se hace alto para comer i sestear á ambas márgenes del casi exhausto Guaritico.

Veinte toros se han distribuido entre los diversos cuerpos del ejército. Aquí uno, enlazado por sus cuernos al extremo de una larga soga hecha de cuero, es arrastrado por la fuerza de varios hombres que le tiran por el otro extremo hacia el tronco de un árbol, en que han dado una vuelta á la gruesa cuerda, hasta que el robusto animal, oprimiendo el tronco con la dura frente, recibe en la cerviz la profunda puñalada que lo arroja al suelo con los estertores de la muerte. Allá, donde no hai árbol alguno, el novillo es coleado en la carrera, derribado i maneatado con su propia cola en un instante por el ágil i atrevido llanero que allí postrado lo degüella.

Larga cortada se da luego á la víctima, desde la garganta por el medio del pecho i del vientre hasta la horcajadura, para sacar entera la gruesa piel, que secada después al sol recibirá útiles empleos en el ejército.

El eslabón arranca al pedernal la chispa que enciende la leve yesca, i esta hace saltar la llama en la azufrada pajuela, que aplicada á rimeros de secas ramas, forma pronto en el dilatado campamento, cien hogueras que lanzan al cielo ondulantes columnas de humo.

Dividida la carne de la muerta res en diversas partes, se atraviesa con largas i delgadas estacas que se clavan en el suelo al lado de las hogueras para asarla.

Al calor de esas hogueras se asa también el banano, que es el pan del soldado, i se hierve en agua la cuajada miel de la caña.

Descargadas las bestias que conducen el parque i los equipajes, i libres del calor de las enjalmas, van alegres en juguetones grupos á beber en el río la tibia linfa que amortigua la sed, para pacer luego la escasa i seca yerba de la llanura.

Todos los soldados comen sentados sobre el caliente suelo, i guarda cada uno su ración para la noche.

A las tres se emprende de nuevo la marcha. Viento cargado de humedad sopla ligeramente; i se escucha de cuando en cuando el mugido de lejanos truenos.

Después de una hora de marcha el relámpago brilla frecuentemente por el lado del sur, i el estampido del trueno, que le sigue á breve plazo, anuncia que la tempestad viene acercándose velozmente.

Ráfaga de fresco viento sopla con fuerza hacia el norte, aumentando cada vez más su velocidad; i algunas gotas de lluvia empiezan á caer.

Ya llega el formidable chubasco: brama el trueno apenas cesa el brillo del relámpago; el viento arrecia; la lluvia se hace copiosa. Por algunos instantes la tempestad cubre la vista de la llanura i del ejército: sólo se oyen los retumbos del trueno i la caída torrencial. Luego pasa: se ve hacia el norte el monstruo obscuro i relampagueante que sigue su vertiginosa carrera.

Aunque todo el ejército lleva mojados sus vestidos, la frescura que da á la tarde aquella lluvia anima la marcha,

que se prolonga hasta después de puesto el sol, hora en que se hace alto á las márgenes del río Setenta, para dormir sobre la sabana en el mismo orden en que se camina.

De madrugada el toque de diana pone en pie todo el ejército, que antes de salir el sol ya está de nuevo en marcha.

El día amanece tempestuoso: el cielo está cubierto: húmedo viento sopla del este; relampaguea i truena cerca.

Detiene Bolívar el andar de su corcel para contemplar los apuros de un oficial que no puede montar su caballo porque este piafando resiste á ello furiosamente. El Libertador manda que uno de sus asistentes sujete el freno de la rabiosa bestia; pero no puede lograrse con este auxilio que la monte el oficial. Ocúrrese al arbitrio de tapar los ojos al caballo, i así sube á la silla el oficial; pero apenas quitada la venda mira á quien lo cabalga, empieza á corcovar i á tirarse de espaldas con tales ímpetus que el ginete cae al suelo. Propónese entonces el asistente del Libertador montar el airado caballo i puede tranquilamente realizarlo; i Bolívar dispone que el oficial siga camino en la bestia que traía el asistente.

Bolívar se muestra admirado ante aquella feroz resistencia de tan noble animal, i uno de los jefes que le acompañan, dice que él ha sufrido una vez la terrible antipatía que esa clase de animales experimenta á veces; i caminando al lado del Libertador, refiere lo siguiente:

—"Estaba yo con cinco amigos en San Antonio del Táchira, de viaje para Cúcuta. Había venido cabalgando en una buena mula; pero uno de los compañeros, deseando que yo probase la finura de su caballo en el andar, propuso que cambiásemos por algún tiempo de animales. Todas las bestias estaban atadas á los pilares de ancho patio en la casa donde habíamos almorzado, i, llegada la hora de partir, cada uno fué á montar la suya casi á un tiempo mismo. Al poner mi pie izquierdo en el estribo del hermoso caballo, noté en él una extraña agitación, i al caer mi pierna derecha sobre la silla, paróse repentinamente sobre las dos patas traseras, i me arrojó por la grupa, afortunadamente, sobre

unos fardos de lienzos que en el corredor había. Todos, i especialmente el dueño del caballo, extrañaron aquel repentino corcovo en bestia tan famosa por su mansedumbre i su finura. Quitósele la silla para examinar si algún objeto extraño alojado debajo del sudadero hubiese podido maltratarla, i nada se encontró. Registrarónsele orejas, cuello, patas, pecho i vientre: nada había en ellos que pudiera haber dado motivo al inesperado suceso. Quise volver á montar, pero resistía á ello el caballo tan furiosamente como acaba de hacerlo el de ese oficial. Por darme satisfacciones el penado dueño, hizo sacar á la calle el caballo i que sucesivamente lo montasen uno después de otro hasta tres de mis compañeros; i todos lo verificaron sin inconveniente alguno. Tranquilamente caían á la silla i la bestia salía andando con ellos á su paso natural i elegante. Vistos mis vestidos i hasta la clase de espuelas que llevaba, aparecieron enteramente iguales á los de mis compañeros. ¿Qué extrañaba, pues, en mí aquel caballo? ¿Por qué me mostraba tan marcada aversión? Era la primera vez que nos encontrábamos en el mundo. Sería quizá alguna memoria ingrata de gente que se me parecía?

—Es posible, dice el Libertador: la memoria en estos nobles animales es cosa sorprendente.

—Picado mi amor propio, continúa diciendo el jefe que viene hablando, me empeñé en montar aquella bestia enfurecida; i con maña logré realizarlo, casi saltando sobre la silla. En ella apenas, un violento corcovo me llevó al anca; pero pude volver á la silla prontamente. Arrojóse entonces el caballo, ciego de rabia, sobre la pared de un rancho de pajareque que cerca estaba, i el cual sacudió con terrible golpe que le dió con la frente. Saltó luego sobre un montón de cañas viejas, restos de un techo que hacía algún tiempo había caído allí, i enredadas en ellas las patas, las sacudidas de la bestia fueron insoportables, i caí de espaldas al suelo. Víose encima de mí el caballo i pisoteó algunos momentos sobre el sitio que tendido ocupaba, aunque sin tocarme. Recuerdo todavía el tallado asiento de sus cascos al pasar cerca de mis mejillas. Separado el caballo, mis compañeros corrieron á auxiliarme, creyéndome sumamente maltratado; de mo-

do que al levantarme i decirles que nada había sufrido, no lo creían, porque aseguraban haber visto claramente que el caballo pisó sobre mi pecho. Quisieron que descubriese esta parte de mi cuerpo para no seguir dudando lo que les decía, i así lo hice. Restablecido el contento entre todos, monté de nuevo en mi mula; i su dueño en el ya apacible caballo, que llevaba la frente hinchada por el horrible porrazo, i seguimos alegres para Cúcuta sin que pudiéramos explicar aquella invencible antipatía de la bestia''

El oficial termina así el relato del curioso episodio.

Muge la tempestad en diversos sitios en torno de la llanura, i comienza la lluvia que arrecia i disminuye su intensidad á cortos intervalos.

Es medio día: está el aire obscuro como después de puesto el sol. El ejército hace alto para comer las provisiones que cada cual lleva, porque no es posible encender fuego. Después de descansar algunas horas se continúa la marcha hasta la aldea de San Vicente á orillas del río Apure.

Durante tres días más se marcha paralelamente al gran río, que ya empieza á aumentar el volumen de sus aguas. El quinto día de la marcha se acampa para dormir en la importante villa de Palmarito, i al siguiente en el sitio de Totumito. Aquí recibe el Libertador aviso de Páez de tenerle preparado el almuerzo del día siguiente en el sitio memorable de Mata de la Miel, donde le esperaba.

Sumamente grata á Bolívar tal idea, emprende la marcha al amanecer hacia aquel sitio, seguido de todo el ejército.

No ha cruzado el sol el meridiano cuando Bolívar i su Estado Mayor llegan al lugar en que Páez, acompañado de varios llaneros, prepara rústico, pero apetitoso banquete. Una larga i angosta mesa i largos escaños á uno i otro lado de ella, todo formado con igual artificio, á la sombra de apiñado grupo de coposos árboles, constituyen los improvisados muebles para el obsequio. La mesa i los escaños están formados por largas varas recien cortadas en el bosque del cercano río, i colocadas horizontalmente sobre horquetas enterradas, diferenciándose la mesa por ser un pie más alta que

los escaños. Cerca arde chisporroteando la hoguera en que se asa la carne de una gorda ternera. Relucientes i frescas hojas de banano extendidas en la mesa, sirven de manteles: sobre su verde obscuro luce el blanco pan del maíz, el dorado i oloroso melón, i la roja i fresca patilla: en unas jarras se guarda abundante la delicada miel de silvestres abejas, i en otras el picante ají cortado en vinagre: en sus propias conchas hai asados varios galápagos; i en diversas fuentes de lata se muestran condimentadas de varios modos aves i peces recien arrebatados al bosque i al río. Hai abundante provisión de vinos, i platos i vasos, todo traído desde Guasdualito.

Con Bolívar llegan Anzoátegui, Torres, Soublette, Briceño-Méndez, Manrique, Lara, Rangel, Iribarren i Salón. El Libertador hace llamar para que lo acompañen en aquel amistoso almuerzo á los jefes de cuerpo Rondón, Sandes, Plaza, Rook, Carrillo, Mellao é Infante.

Nada más rústico; pero nada más glorioso que aquel banquete. El sitio, memorable; los comensales, héroes; i la musa que preside é inspira, la amada i dulce Patria.

Líbase la primera copa de vino por el éxito de la campaña, i por la gloria inmortal de aquel bravo ejército que va marchando

Sentados todos alrededor de la mesa, Bolívar en un extremo i Páez en el otro, comienzan con alegría i apetito á saborear el agradable almuerzo.

Un llanero presenta á Bolívar el asador para que corte un pedazo de la humeante i grasosa carne que atraviesa: luego se le trae otro que lleva juntos trozos del hígado, de los riñones i el corazón de la víctima, i se le acerca pequeño plato lleno de la picante ensalada en que ha de mojar el sabroso bocado.

—Compañeros, dice Bolívar, bueno es que sazonemos este magnífico almuerzo, con que el héroe de las Queseras nos obsequia en este sitio inmortalizado por una de sus hazañas, con el relato de episodios brillantes i oportunos: que Páez mismo comience diciéndonos como fué el de los cueros arras-

trados á Morillo, que tanto daño hicieron en la tropa realista.

—Fué ocurrencia mui sencilla de hace apenas cuatro meses, dice Páez. Sábese que en enero Morillo con el ejército realista cruzó el Apure sin oposición alguna, i que yo me retiré con las fuerzas republicanas al otro lado del río Arauca. Cuando supe que Morillo lo tenía todo listo para marchar al día siguiente en mi persecución, hice llevar varios caballos salvajes á la cercanía de su campamento, i como á las diez de la noche mandé que les ataran á los rabos fuertemente, cueros secos i que los soltaran en dirección al enemigo, disparando al mismo tiempo algunos tiros de fusil. Los caballos partieron furiosamente produciendo un ruido estrepitoso i penetraron espantados al campamento de los españoles, quienes creyeron les iba encima una tremenda carga de caballería. Varios cuerpos rompieron el fuego en las tinieblas, i cundió el desorden por todas partes, de tal modo, que al día siguiente no pudieron los españoles ponerse en marcha i emplearon tres días en reorganizarse.

—Si se me permite, dice Rondón, referiré algo semejante á eso, de que fuí testígo.

—Os oíremos con mucho gusto, Rondón, dice Bolívar.

—Venía por estos llanos un pequeño cuerpo de infantería veterana española, probablemente en solicitud de ganado, al mismo tiempo que nosotros, los de un cuerpo de caballería republicana, cruzábamos llevando una madrina de potros cerriles. Al vernos los españoles, armaron bayonetas; i en la necesidad de arbitrar algo para salir de aquel apuro, ocurriósenos ligar de dos en dos por las colas, varios de aquellos potros con largas sogas de cuero, que nos habían servido para enlazarlos; i colgar sobre sus ancas ramas con puntas i espinas, amarradas á una especie de cincha de cuerda que les pusimos; i soltarlos en dirección al cuerpo de infantes españoles que venía marchando entre dos distantes bosquecillos. Detrás de los potros soltados, corrimos nosotros. Los españoles no descubrieron las sogas que llevaban arrastrando los caballos sino cuando ya los tenían encima, i fueron por ellas derribados en gran número. Aprovechándonos del dés-

orden, lanceamos muchos, varios se rindieron i pocos pudiedieron ganar los bosquecillos, donde amparados comenzaron á disparar sobre nosotros.

—No hai duda, dice Soublette, que en estos llanos la caballería de los llaneros es un elemento de guerra poderosímo; pero una infantería veterana con bayonetas i bien pertrechada, se defiende de ella fácil i arrogantemente.

—De eso es una prueba La Torre en Mucuritas, dice Páez.

—Ciertamente, exclama Bolívar, no sólo se necesita de bravura en la guerra: el valor unido á la destreza que da el prolongado ejercicio de las armas, ó sea, el valor del veterano, es la serenidad, cualidad superior que hace sublime al hombre al frente de los mayores peligros.

—Tengo para apoyar esas palabras del Libertador, dice Carrillo, un ejemplo admirable debido á un héroe sin nombre. En uno de tantos combates ocurridos á los alrededòres de Achaguas, el enemigo se defendió con una tenacidad inconcebible, hasta el punto de que reunidos en grupos aislados de á cuatro infantes, puestos espalda con espalda, disparaban sus armas sobre nosotros i detenían con sus bayonetas el empuje de nuestros caballos. En aquella llanura, limpia por todas partes, se divisaba á lo lejos un pequeño bosque, como una isla en medio del mar, lo que llaman los llaneros nna mata. Casi terminado el combate, noté que un soldado, fusil al hombro, corría solo en dirección á aquel bosquecillo para salvarse.—No es posible, dije, que ese logre escapar, i dando espuelas á mi potro, lanza en ristre, corrí á escape sobre el fugitivo. Cuando distaba de él como cincuenta cuerpos de caballo, volvióse de repente, hincó una rodilla en tierra i tranquilamente me apuntó. Sofrené la bestia con todas mis fuerzas, la hice girar media vuelta sobre sus patas traseras, i dando la espalda á mi enemigo, procuré que mi caballo ondulase en su marcha para evitar que se me tomase bien la puntería. Al cabo de un instante volví la vista al valiente soldado, i observé que había continuado su carrera hacia el bosque con su fusil al hombro. Arremetíle nuevamente, i nuevamente hincando rodilla en tierra i apun-

tándome me hizo temer su disparo, i me obligó otra vez á sofrenar i sacudir mi caballo. I él, sin disparar, al volver yo cara continuó rápidamente en el camino de su escape. Pensé entonces que aquel soldado tenía descargado su fusil, i que aquellas maniobras que ejecutaba eran sólo vana amenaza para atemorizarme. Decidí, pues, arrojarme sobre él hasta herirlo con mi arma porque su fusil no tenía bayoneta. Doi espuelas á mi caballo; de nuevo me espera un instante apuntándome; i cuando apenas distaba de él cinco cuerpos de caballo, dispara, i la bala penetrando por uno de los ojos del potro lo dejó muerto en el acto. En la violenta detenida, saltó de mi mano la lanza, caí sobre el cuello de mi caballo i luego con él vine á tierra, quedando una de mis piernas oprimida bajo el peso de su ya inmóvil cuerpo. Corre entonces el soldado sobre mi lanza, la toma, i antes que hubiera tenido tiempo de levantarme, amenaza mi pecho con su afilada punta.

—¿No temes que te mate? me pregunta.

—No, le respondo, un valiente como tú no mata á un hombre caído é inerme.

—Así es, me dice, te queda la vida: tu lanza la dejaré clavada en el suelo á la entrada del bosque.

—¿Tienes todavía cartuchos, valiente soldado? Puedo darte algunos, le grito.

—Me quedan dos i me bastan, contestóme. ¡Adiós! Vienen allá á escape tres de tus compañeros á auxiliarte.

—¿De dónde eres? ¿Cuál es tu nombre? le pregunto.
—No te importa saberlo, es su respuesta.

El bosque quedaba ya mui cerca: clavó mi lanza en el suelo i desapareció entre los árboles. Hice quitar luego silla i freno á mi infeliz corcel i llevarlos al campamento, donde todos admirábamos la extraordinaria serenidad de aquel soldado.

—Sin duda, dice Páez, para hacer eso no solamente es necesario tener un valor á toda prueba, sino la mayor confianza en la puntería de su fusil.

—Es un episodio admirable, agrega Anzoátegui.

Terminado el almuerzo, Bolívar i Páez se sientan juntos sobre un viejo tronco que allí está caído, i hablan durante mucho tiempo.

Ensillados de nuevo los caballos, todos montan i siguen camino de Guasdualito, á cuya villa llegan á la puesta del sol. A la misma hora llega allí todo el ejército.

Desde Mantecal hasta Guasdualito se habían andado cincuenta leguas en la primera semana de aquella ruda campaña.

Al día siguiente continúa la marcha del ejército para la villa del Arauca. El general Páez se despide del Libertador i marcha al Bajo Apure.

En la mañana del día tres de junio se comienza el tránsito del río frente á la villa. Los cuerpos de caballería pasan todos á nado. En canoas, algunas de ellas ingeniosamente fabricadas con los secos cueros de las reses, trasládase lentamente la infantería, el parque i los equipajes.

El ganado lo constituyen mil novillos i para su paso se dividen en dos partidas de á quinientos cada una.

Formado por dos cercados de gruesas i altas estacas, mui saparados al principio i que van acercándose á medida que se aproximan á la orilla del río, está hecho un callejón, que los llaneros llaman una manga. Fuera de esta los quinientos toros de una partida son arreados, siguiendo dos reses acostumbradas á pasar el río, i que nombran, madrineras. Delante de estas va el guiador á caballo, quien comienza á andar más velozmente cuando va cerca de la boca de la manga. Al estar toda la partida en movimiento se la arrea atrás i á los lados con grandes gritos, hasta hacerla trotar. El guiador llega al agua i se arroja á ella á caballo hasta que este empieza á nadar; entonces se desmonta i sigue nadando al lado de él, agarrado con la siniestra mano de la crin: detrás se arrojan al agua las reses madrineras que le siguen nadando; i después van tirándose al agua, unas tras otras, todos los demás animales de la partida. A uno i otro lado del rebaño que nada, hai botes tripulados para guiarlo i ayudarlo á seguir lo más rectamente posible á la otra orilla. Importa mucho que en esta operación no rechace la partida antes de

caer al agua, porque entonces se dispersa i es casi imposible obligarla á pasar la corriente fluvial.

Allá adelante se ve sobre el agua del río la redonda cabeza del guiador i la crinada de su potro: luego un bosque de mil cuernos esparcidos sobre las ondas, que flota lentamente de una á otra margen.

Dos días se emplean en el paso de todo el ejército. El día cuatro en la noche todo está con Bolívar en la villa del Arauca.

La lluvia ha continuado incesante: la llanura ha reverdecido, i de cuando en cuando brilla como esmeralda, si asoma brevemente el sol por alguna grieta que se abre en las apiñadas nubes.

De Arauca sale el ejército el cinco, i gasta una nueva semana de mayores martirios hasta la aldea de Tame, á donde llega el doce. Treinta leguas separan esos dos sitios: treinta leguas de horrible inundación Los ríos Lipa, Ele, Casanare i sus afluentes i caños crecidos hasta desbordar, cubren de agua casi toda la pampa. La lluvia no ha tenido misericordia: ha caído abundante sin cesar. Días enteros camina el ejército con el agua hasta las rodillas; i muchas noches ha dormido sobre el campo encharcado. Gran cantidad de las mulas del parque i muchos caballos se han ahogado; i de los rebaños de toros rechazados en los pasos á nado se ha perdido la mitad de su número. Lara i Molina se han adelantado por orden del Libertador á anunciar á Santander la aproximación del ejército para que aliste canoas en el paso del río Casanare.

Inmensa bandada de negros catártidos sigue, vagueando por los aires, el camino del ejército, que va dejando cadáveres en abundancia para regalo de aquellos buitres. Cuando torne el verano, muchos esqueletos destacarán su blancura sobre la verde alfombra en que reposen.

Tantos i tan horribles sufrimientos detendrían la marcha del ejército, si pararse no fuera morir, i retroceder peor que continuar el camino. La impaciencia le mataría si la consoladora esperanza no le señalase adelante tierra seca, fresca i

fecunda donde reparar quebrantos i descansar de la perenne fatiga.



En Tame encuentra Bolívar á Santander, i allí permanece con el ejército hasta el diez i seis que se continúa la terrible peregrinación bajo el azote de la inclemente lluvia.

Nueva semana de aquel martirologio. Crúzase el Casanare, después el Chire, el Aricaparo, i el Ariporo.

El día veinte i tres se llega á la aldea de Pore, dejando ya atrás con inmensa alegría les terrenos de las inundaciones.

El cuerpo de los generosos ingleses ha sufrido más que todos. Completamente extraños al clima abrasador, á la mala alimentación i á tan crudas intemperies, de los trescientos cincuenta hombres que lo formaban en Mantecal, llegan á

Pore, útiles para continuar la marcha, sólo ciento cincuenta. Muchos han quedado muertos en el camino por agotamiento de fuerzas; otros atacados de la feroz disentería; i los restantes, heridos los descalzos pies por las espinas del campo ó por la afilada aguja del pez-raya, ó mordidas las piernas por el voraz pez-caribe, tan abundante en esas aguas, han ido quedando inválidos para la marcha, alojados en los ranchos de las aldeas i hatos por donde ha pasado el ejército.

Va á trepar ahora altas i ásperas montañas por caminos poco frecuentados, pendientes, angostos, cercados de precipicios. Para el trasporte por ellos del abundante parque i de los equipajes, i para el alimento del ejército, Bolívar ha logrado reunir hasta cinco mil animales entre caballos, mulas i novillos.

El día veinte i cinco comienza la ascención; el veinte i ocho, después de cruzar el Pauto, llega el ejército á la aldea de Morcote, i el treinta á Paya, el temible desfiladero que había sido ocupado por tropas republicanas hacía ya muchos días. El camino de Pore á Paya ha quedado regado de caballos i mulas: unos muertos, otros cansados, otros inútiles porque se han roto alguna pierna.

Pero aún no está colmado el cáliz de las tribulaciones.

De Paya pueden seguirse dos caminos para entrar al corazón de la Nueva Granada: uno por Labranza-grande, abundante de recursos i de climas templados: otro por el páramo de Pisba, que levanta su cumbre hasta cinco mil varas sobre el nivel del mar. Bolívar elige este último porque era imposible que por él se esperase la marcha de ejército alguno.

El cuatro acampa Bolívar con la vanguardia al pie de la azarosa eminencia. ¡ Noche de horrible frío!

En la madrugada del glorioso cinco de julio el Libertador i parte del ejército acometen la subida.

El aire está tan enrarecido en aquellas alturas, que el hombre i los animales experimentan una penosa sensación de angustia para respirar. El frío es el del hielo recien cua-

jado ó mui cerca de serlo: la voz no tiene resonancia, es necesario gritar para que se oiga á pequeñas distancias: se siente debilidad general en el organismo, sobre todo cuando se está fatigado por musculares esfnerzos. En aquellas regiones vive siempre la tempestad: días enteros permanecen envueltas en espesas nubes: el viento que sopla trae ráfagas de afilados granizos que cortan la cara del viajero: la nieve cae en grandes copos: la vegetación va desapareciendo á medida que se sube, i queda al fin sólo en dispersos grupos el frailejón de aspecto triste i raquítico envuelto en sus velludas i cenicientas hojas: ninguna ave vuela en aquellos parajes, al ménos que algún cóndor pase majestuoso mui alto sobre la desolada cumbre.



Las constituciones débiles sucumben allí víctimas del mal de la montaña. Al principio, vértigos, dolor de cabeza i somnolencia anuncian que la víctima ha sido elegida: la respiración anhelante llega á ser luego angustiosa: trasuda sangre por los labios i por los párpados; se sufren nauseas que traen vómitos: pulso febril muestra la agitación del corazón: hieren después al paciente agudos dolores musculares, i por

último se experimenta horrible dificultad para moverse: se cae al suelo: la piel seca se vuelve fría i pálida: amorátase la faz i se exhala el último aliento de la vida.

Muchos soldados mueren así en aquel frígido desierto.

De los millares de caballos i mulas salidos de Pore, no quedan allí ni los necesarios para cargar el parque, que en su mayor parte es recogido i llevado luego en hombros por los indígenas que viven en las aldeas inmediatas, acostumbrados á trasportar por aquellos aspérrimos caminos hasta ciento cincuenta libras cada uno.

Aquel ejército más parece que va huyendo á escape por salvar sólo la vida, perseguido de formidable i cruel enemigo, i no que lo va buscando para luchar con él i vencerlo.

El siete, traspuesto el páramo, acampa Bolívar con gran parte del ejército en Socha, i despacha á Lara para que vaya á Socotá á solicitar auxilios con que ayudar á Soublette en el paso de aquella horrible comba andina, i al cuerpo de ingleses que había quedado en Paya.

Cuarenta i tres días han trascurrido en la espantosa marcha de Mantecal á Socha: llegan novecientos infantes i doscientos ginetes sin caballos, todos en el más miserable estado. Su salvación ha dependido de la seguridad aferrada al ánimo del enemigo de ser imposible la invasión por aquella horrible vía. Un pequeño destacamento al pié del páramo habría bastado para hacer prisionero aquel ejército de fatigados menesterosos.

Es indescriptible la alegría de estos hombres al pisar los bellos i fértiles valles de la provincia de Tunja, la opulenta i antigua residencia de la poderosa nación de los muiscas. Después del largo i horroroso infierno que acaba de atravesar, aquella rica tierra es para ellos un paraíso. El clima, agradable, lejos del calor abrasador de los llanos de Apure i de Casanare i lejos también del frío entumecedor de las grandes alturas: la lluvia ha cesado: campos cultivados, graneros llenos de maíz i papas, frutos diversos i dulcísimos, pastos frescos i abundantes: villas, aldeas i vecindarios por donde quiera con habitantes amigos que reciben á los soldados re-

publicanos como á sus libertadores, i les brindan con agasajos alimentos i vestidos, caballos i ganados.

Una sola semana de esa felicidad basta para borrar la amargura del recuerdo de las seis infernales que antes han pasado: la salud del cuerpo da bríos i alegría al espíritu: ahora vendrá el campo de batalla donde, al menos, se muere combatiendo con la ansiedad de la victoria.

Resplandece con luz de alba la alcoba en que duerme Bolívar reclinado en duro banco todavía con los arreos de la marcha. La fatiga lo ha rendido. Eroclea, radiante de hermosura, penetra por la mal cerrada puerta i se acerca á Bolívar: contémplalo un instante, i luego inclinando su noble cabeza, imprime en la frente del héroe un beso que lo despierta sobresaltado i lo inunda de felicidad.

—¡Oh! mil veces dichoso yo entre todos los hombres de la Tierra! De sólo verte, ídolo de mis íntimos amores, me exalta la dicha i me enloquece la alegría.

—Tú lo sabes, Bolívar, que no te he abandonado un instante en la atrevida i prodigiosa marcha que acabas de realizar con tu ejército de sufridos i valerosos soldados. ¡Cuántos trabajos! ¡Cuántas penalidades! Pero todo ha sabido vencerlo tu constancia.

—No, divina Eroclea, nada he podido hacer sin tí. Sin tu amor que llena mi alma i se refleja en el alma de todos los que me siguen; sin tu dulce compañía que ha venido templando como acero el vigor de mi voluntad; sin el encanto que derramas en mi espíritu, que lo embriaga i lo hace soñar con celestiales visiones, no hubiera sido posible acometer esta campaña, ni terminarla después de acometida. ¿Qué mortal que no sienta tus generosos impulsos, podrá resistir tantas fatigas i dolores? ¿Qué alma que no sienta el calor vivificante de tu aliento no desmaya ante la desesperación que causa la lucha contra tantos elementos conjurados para la adversidad? Pero yo soportaría resignado i alegre, infortunios diez veces mayores que los que acabo de sufrir, por la dicha incomparable de contemplar tu belleza, de gozar los inefables encantos de tu amor. Reclina tu preciosa cabeza sobre mi pecho, deidad sublime de mi alma: oye como pal-

pita ardoroso por tí mi corazón. Déjame ver así tus ojos que es como ver el cielo sin nubes; deja que mi mirada penetre en la tuya hasta el fondo de tu alma grande i generosa: deja que me deleite viendo entre tus labios palpitar tu sonrisa, como rayo de luz que vibra entre dos pétalos de rosa. Que te ame mientras viva; que te ame más cada vez, divina Eroclea. Conserva siempre en mi alma, sublime esposa, este fuego sagrado con que te adoro: no dejes que se apague sino cuando al mismo tiempo se apague la llama de mi vida. Deja que al tierno beso tuyo con que te has dignado despertarme responda con dos amantísimos besos míos sobre tus bellos ojos.

—¡Cuánto gozo, esposo mío, al ver como va creciendo para mí tu ardiente amor! Ya ves cuán bien lo correspondo: vivo siempre á tu lado con tus triunfos i con tus reveses, con tus alegrías i con tus pesares: te aliento en el infortunio, te modero en la victoria: te doi dichas con mis encantos, i te prometo como galardón la inmortalidad de nuestros amores. Pero no ha llegado todavía, Bolívar, la hora de entregarnos á los dulces abandonos del amor. Alista con rapidez tus tropas; repara sus bajas; acopia recursos; prepara las armas i alienta el bélico espíritu de tus soldados i de estos pueblos, que Barreiro viene marchando á buscarte, sorprendido del inaudito arrojo que ha dado ya inmarcesible fama á tu nombre i á tu ejército. La alegre diana despierta el campo. ¡Adios! me hago invisible, pero quedo á tu lado.

El día diez se avisa á Bolívar que las fuerzas españolas se han presentado unas en Corrales i otras en Gámeza.

El coronel Briceño marcha sobre Corrales, ataca la avanzada enemiga i la derrota. Los realistas por su parte atacan i derrotan la avanzada republicana que se ha situado en Gámeza; pero el general Santander se precipita con su división hasta aquel punto, después de incorporar la avanzada que repliega, i carga valerosamente á lo grueso del enemigo. Este retrocede hasta Peña de Tópaga, donde reunido á la columna derrotada en Corrales, toma posiciones para pasar la noche.

Los republicanos acampan para dormir en Aposentos de Tasco.

Al amanecer el día once se sabe que el general español Barreiro con sus tropas ha pasado el río Gámeza i viene marchando sobre el campamento de los independientes. Las divisiones de Anzoátegui i de Santander le salen al encuentro.

Barreiro repliega á Peña de Tópaga, seguido de los republicanos que allí le atacan durante ocho horas i logran empujarlo hasta los Molinos. En aquella larga brega tienen los patriotas pocas pérdidas, pero una mui lamentable, la del intrépido i disciplinado jefe Antonio Arredondo.

Las divisiones republicanas vuelven con alardes de vencedoras á su campo de los Aposentos de Tasco.

Bolívar que sabe bien que el reposo es carcoma destructora de los ejércitos; i que, al contrario, la perenne actividad les crea recursos, les da aliento i mantiene indeciso al enemigo, resuelve marchar con toda su tropa hacia el departamento de Santa Rosa, poseer este fértil territorio i dominar el magnífico valle del Sogamoso.

Este movimiento obliga al jefe español á abandonar su posición de Tópaga, i va á acamparse en los Molinos de Bonza á inmediaciones de la ciudad de Tunja.

El día veinte el ejército republicano aparece frente á aquellas inexpugnables posiciones, i durante cinco días evoluciona de diferentes modos, simulando avances i marchas, con el propósito de hacer salir de ellas al enemigo i traerlo á otro campo á dar batalla; pero no logra que las abandone ni un instante.

Es necesario tomar una resolución que ponga término á aquel estado de ansiosa espectativa, i el Libertador dispone la marcha por el camino del Salitre de Paipa, que pasa á espaldas del enemigo. Cruza el ejército republicano el río Sogamoso á las diez de la mañana, i continúa sin estorbo su marcha hasta el medio día, cuando al desfilar por el Pantano de Vargas ve aparecer la hueste realista coronando las alturas á su frente.

Apercíbense ambos ejércitos para la batalla. El republicano ocupa una posición desventajosa que se procura defender lo mejor posible, haciendo que Santander suba con su división á unas eminencias que formarán el ala izquierda del campo, ya que la derecha está naturalmente amparada por el pantano que da su nombre á aquel sitio.

Barreiro abre la acción atacando la izquierda de los patriotas, i al ver que cede al vigoroso empuje de sus tropas, ordena con igual arte i denuedo la carga sobre el centro, que arrolla i desordena los batallones *Rifles* i *Barcelona* que intentan resistirla.



¡ Momento de horrible angustia ! La victoria parece que acaricia el pendón de España, cuando Bolívar con ímpetu

formidable, vuela al lugar del conflicto, reúne á los desbandados cuerpos, los afirma en el campo de la pelea, i ordena á Rooke que con su legión inglesa desaloje al enemigo de la altura conquistada á su izquierda.

La valerosa legión guiada por su imperturbable jefe, trepa bizarramente á cumplir la orden i nada pueda resistirla: primero con lluvia incesante i certera de mortífero plomo que lanza de sus fusiles; luego con el empuje de sus bayonetas que vuelca sangrientos á cuantos intentan la última resistencia. Treinta ingleses marcan el camino de la gallarda legión, caídos al suelo sin vida ó postrados por dolorosa herida: el teniente Kaisley está exánime; su compañero Mac Manus, herido; i el mismo Rooke tiene horriblemente destrozado su brazo derecho.

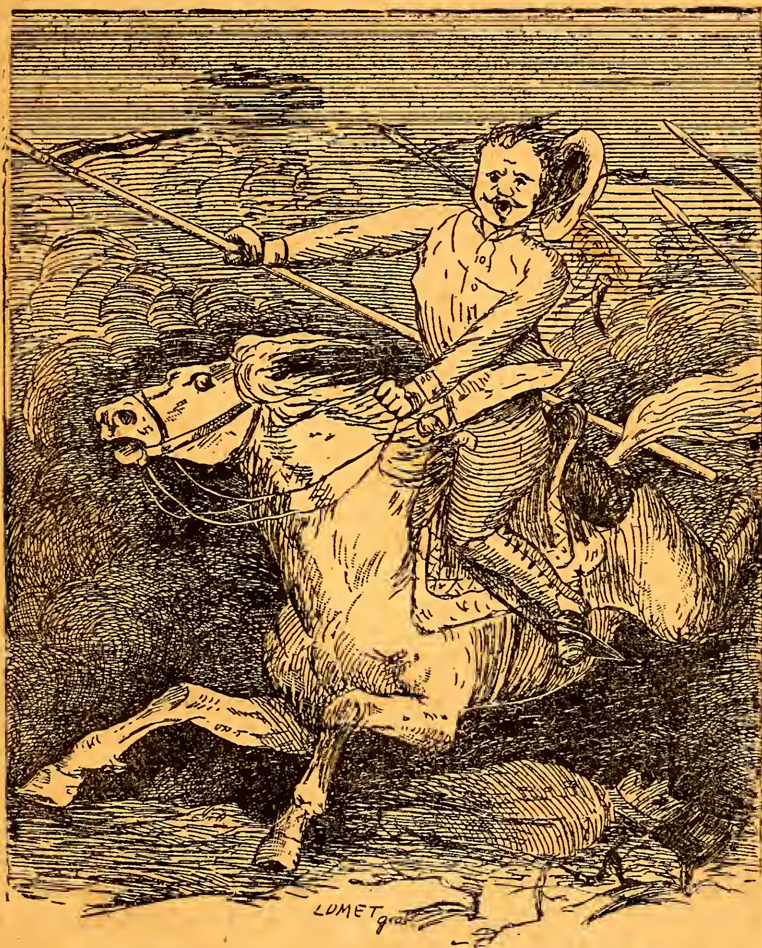
Barreiro ordena nuevo i más vigoroso ataque sobre el centro para decidir la batalla. Bolívar espera sereno i resuelto. Lúchase como en un duelo á muerte, i cuando todo parece de nuevo perdido para la República, el Libertador llama á Rondón, que espera órdenes con su cuerpo de caballería llanera, i le dice:

—"Ahora os toca, Rondón, salvar la Patria con una brillante carga de vuestra caballería."

Como madeja de rayos lanzada por la poderosa mano de airado Júpiter, así parte la legión de centauros contra los escuadrones enemigos, que caen como espigas en la siega, á los mortales golpes de aquellas implacables lanzas. Toda la infantería republicana enardecida por aquel heroísmo estupendo se precipita también desesperada con valor incomparable sobre las opuestas bayonetas. Al mismo tiempo otra parte de la caballería republicana al mando del teniente Carbajal, carga furiosamente la caballería española por el camino principal i la obliga á huir hasta ponerse en salvo sobre lugar inabordable.

¡Sangriento combate! Lucha encarnizada que no termina sino con la obscuridad de la noche! Justo Briceño, Arturo Sandes, el edecán del Libertador O'Leary i muchos otros oficiales están heridos. José Jiménez i más de cien soldados yacen sin vida. Cinco veces mayor ha sido la pér-

dida de los realistas, que dejan en el campo gran cantidad de armas i municiones.



Ambos ejércitos vivaquean á corta distancia de la ya famosa arena ; pero al día siguiente, como gladiadores desangrados, regresan á sus cuarteles de la víspera, á restañar heridas i recobrar nuevas fuerzas para la lucha.

Bolívar llama al servicio de las armas á todos los patriotas de aquellos pueblos, que corren alegres por centenares á ponerse á la sombra de la gloriosa i amada bandera

de la independencia: se hacen venir los armas i pertrechos que quedaron en el camino del páramo: se disciplinan con frecuentes ejercicios á los reclutas.

Barreiro, al mismo tiempo, reorganiza sus quebrantadas fuerzas; i no creyendo que Bolívar haya podido burlar lastimosamente la vigilancia de jefe tan avisado i experto como Morillo, espera de él prontos auxilios, i divulga la falsa noticia de que los republicanos llegaban allí huyendo del temido jefe español que venía marchando sobre sus huellas. Así lograba mantener compacto su ejército, entusiasta por su causa i confiado en la victoria.

El día tres de agosto mueve Bolívar su campo sobre la villa de Paipa, donde tenía sus tiendas Barreiro; i este se retira á las alturas que dominan el camino de Tunja. Bolívar con su ejército cruza el Sogamoso i acampa á media legua de los realistas. Al obscurecer el día siguiente el Libertador dispone un falso movimiento de retroceso á sus antiguas posiciones de Bonza: se pasa el río; pero después de entrada la noche, ordena cruzarlo nuevamente i seguir por el camino de Toca á marchas forzadas sobre Tunja, dejando á la espalda todo el ejército español. ¡ Ardid admirable, cuyos resultados decidirán del buen éxito de aquella maravillosa campaña! A las nueve de la mañana del día cinco llega Bolívar i su ejército á Cibatá, i á las once entra sin oposición alguna á la importante ciudad de Tunja, interponiéndose al desconcertado Barreiro i al virrei, que tiene tropas i cuantiosos recursos en Bogotá.

En la ciudad de Tunja encuentran los republicanos seiscientos fusiles, un almacén de vestuarios i paños que alivia la desnudez del sufrido soldado; botiquines i maestranzas.

El ejército español no observó aquel atrevido nocturno movimiento de los patriotas, i viene á saberlo en la mañana. Pónese inmediatamente en marcha sobre Tunja por el camino principal de Paipa; mas, en el llano de la Paja, hace alto á la vista de un destacamento de dragones republicanos, enviados después de la ocupación de Tunja para observar los movimientos de las tropas realistas. Estas quedan allí estacionadas hasta que cierra la noche, cuando Ba-

rreiro ordena la marcha por el desusado i rudo camino del páramo de Cómbita, que eleva su dorso á más de tres mil varas sobre el nivel de los mares, para bajar en la mañana á la aldea de Motavita, distante legua i media de la ciudad de Tunja.

Seguramente Barreiro sólo piensa ahora seguir su marcha á Bogotá; i Bolívar, que lo sospecha, observa cuidadoso sus más pequeños movimientos i mantiene su ejército formado en Tunja, listo á emprender la marcha á la primera voz que así lo ordene.

Dos caminos tiene de allí Barreiro para seguir á la capital del virreinato español: uno por la vuelta larguísima de Samacá; otra por el paso del puente de Boyacá.

¿Cuál eligirá Barreiro? Bolívar no quiere presumirlo, ni piensa mover sus tropas sin saberlo con certeza. Los vigías salen i entran incesantemente al cuartel general: los oficiales del Estado Mayor observan de diferentes puntos: Bolívar mismo va á inspeccionar al enemigo para hacer de sus ojos válvulas á la ansiedad que lo mortifica, i para que viéndolos todos tan cuidadoso, den importancia grande á aquel servicio i aumente cada cual la propia vigilancia.

Apenas se cerciora Bolívar, al amanecer el día siete, de la marcha que ha emprendido el contrario ejército, vuela con el suyo á interponérsele en el campo de Boyacá.

A las dos de la tarde llega al puente la primera división del ejército realista, i descubre desde aquel punto que marcha sobre ella nuestra vanguardia de caballería. Envíase un cuerpo de cazadores á tirotearla, mientras la división sigue su marcha, quizás creyendo que aquello es sólo un cuerpo avanzado de observación.

El fuego enemigo da la voz de alarma al ejército republicano, que acelera la marcha, i con gran sorpresa del campo realista, presenta á su mirada todas las columnas de su infantería sobre las alturas que lo dominan.

La vanguardia realista pasa el puente i toma posiciones: el resto de su ejército está en lo bajo.

Tres mil soldados gritan : ¡ Viva España ! Dos mil gritan : ¡ Viva la Patria !

El batallón de cazadores de la vanguardia republicana despliega en guerrillas una de sus compañías, i con las demás en columnas, ataca á los cazadores reales, que se retiran por el puente á incorporarse á su división.

La infantería republicana desciende con la majestad del alud sobre el campo de Barreiro ; i nuestra caballería marcha arrogante por el despejado camino. El batallón *Rifles* i una compañía de ingleses forman la derecha en la línea de batalla de los independientes : los batallones *Bravos de Páez*, *Barcelona* i la caballería del Alto Llano, forman el centro ; los batallones *Nueva Granada*, *Guías* i *Cazadores*, forman el ala izquierda : los milicianos de Tunja i del Socorro están á la reserva.

La acción comienza al mismo tiempo en todos los puntos de la línea. Anzoátegui, que manda el centro, ataca con intrepidez asombrosa, la principal posición del enemigo, despreciando los fuegos de flanco que se le hacen ; i con movimientos audaces, ejecutados con estricta disciplina, envuelve todos los cuerpos que le enfrenta el enemigo. Una carga terrible de los llaneros apureños hace perder al general español la llave de su posición en la batalla : la derrota se declara en sus filas, i no es posible huir porque el campo está por todas partes cercado de republicanos.

La izquierda patriota que manda Santander, pasa el puente, riñe gallardamente con la vanguardia enemiga i completa la victoria.

Todo el ejército español con armas, parque i artillería queda rendido : los prisioneros, entre los cuales está Barreiro, igualan en número á los vencedores. La victoria alcanzada termina gloriosamente la campaña emprendida en Mantecal. Jamás el ejército independiente había combatido con tan disciplinadas i tan bien mandadas tropas.

Boyacá es ya un nombre inmortal.

***

Bolívar sube ahora solo la cuesta por donde se precipitó el ejército republicano sobre el ya aniquilado enemigo :

sube solitario porque oye la voz de su amada Eroclea que le va llamando i le dice que la siga. Ya en la cumbre, abrigada por el follaje de un bosquecillo de mirtos i rosales, que rodean larga piedra de granito tallada en forma de banco, muéstrase sentada la graciosa ninfa, iluminada de extraño fulgor su maravillosa belleza.

—Ven, siéntate á mi lado, dice á Bolívar; he querido yo misma darte el laurel que tu genio i tu patriotismo acaba de conquistar en este campo de honor i de gloria. Toma, consérvalo siempre como premio de amor por tí.

Así ofrenda á Bolívar un ramo de oro reluciente que simula la envidiada rama del triunfo.

—Gracias, divina esposa de mi alma, exclama el Libertador besando la diestra que ofrece la preciosa joya.—¿Cómo podré mostrarte el inmenso amor que siento por tí? No tiene la palabra humana ninguna bastante expresiva que pudiera decirlo. Ninguna acción mía, por grande i sublime que sea, es bastante valiosa para que pueda yo humilde arrojarla á tus pies. Ya que no puedo ser espléndido en esta demostración que necesita hacer mi espíritu para que no se consuma al fuego de la celeste llama, deja que sea sencillo como la inocencia. Permite á mis manos que sacudan estos mirtos i rosales. que te dan sombra, para que caiga á tus plantas lluvia de flores dignas de tí.

Vibran al impulso del amante brazo las copas de los frescos arbustos i cien rosas color de fuego, i cien mirtos blancos como la nieve, alfombran el suelo que pisa la divina Eroclea.



Un enjambre de mariposas de Muzo, que son las más brillantes del mundo, pasa en aquel momento batiendo alas de oro, plata, rubíes i esmeraldas sobre la amante pareja.

Una de ellas se posa un instante sobre el seno de Eroclea.

—¡Oh! ¡qué bella es! dice al contemplarla.

—Es la imagen de tu alma, exclama Bolívar.

—¿Me amarás siempre como me amas hoi, esposo mío? le pregunta Eroclea, reclinando su rubia cabeza sobre el pecho palpitante de Bolívar, i fijando la dulce mirada de sus azules i grandes ojos en la mirada del Libertador.

—No concibo ya mi existencia, encantadora Eroclea, sin amarte i sin ser por tí amado. El término de este amor en la Tierra será el último aliento de mi vida. Tenerte entre mis brazos, poseer tu cariño, es más que ser dueño del orbe entero que habitamos. Temo tanto perderte que quisiera morir en este momento imprimiendo en tus labios el más ardiente beso de amor que se haya dado en el mundo.

Al decir esto, Eroclea con mirada fulgurante contempla á Bolívar; voluptuosa sonrisa entreabre sus labios: su respiración anhelante hace ondular rápidamente la comba delicada de su seno: levanta sus dos brazos, blancos como nardos, con suma gracia torneados, i rodea con sus manos la cabeza de Bolívar, inclinada sobre ella.

Bolívar rodea con su brazo izquierdo la delicada cintura de la ninfa i con su diestra levanta la hermosa cabeza. Se confunden sus alientos, júntanse los labios de los dos amantes; extremécese Eroclea al largo i ardiente beso, como tiemblan las hojas del rosal tocadas por las gotas de la lluvia.

Bolívar separa su faz de aquella faz divina, que parece dormida, i largo rato la contempla extasiado.

—Mira, dice Eroclea, abriendo sus bellos i azules ojos, i tomando con dos delicados dedos de su linda mano una perla que aparece entre sus labios; mira, Bolívar, el fruto visible de nuestro amor. De esta perla que se ha formado al contacto amorosísimo de nuestro primer beso, i que yo llevaré en mi seno al calor de mi corazón durante cinco meses, nacerá á la vida un nuevo sér, que será tu encanto i el mío, i ojalá sea el encanto del orbe.

—¡Dios mío! exclama Bolívar, levantando ambas manos al cielo, tu bondad me abruma i me confunde. No comprendo por qué merezca yo tanta dicha; ni alcanza mi pensamiento á descubrir cómo podré hacerme de ella digno.

—Bolívar, dice Eroclea, pasados tres días entrarás triun-

fante á la espléndida ciudad de Bogotá con tus heroicos compañeros que forman el ejército de la República. No te domine ni un momento el orgullo por el aplauso entusiasta que las multitudes darán á tus triunfos guerreros: agradece esas demostraciones, casi siempre sinceras; pero desconfía de ellas porque duran poco, hijas como son de la impresión de un instante que conmueve sin discernimiento. Aspira á merecer el aplauso sereno de la posteridad, constante é imparcial, no por tus victorias en las batallas, sino por tu virtud i por los bienes que hagas á la Patria. Darle su independencia solamente es obra meritísima de titán. Ella sola bastará para tu más pura fama entre todas las naciones del mundo. Desconfía de los aduladores, amado mío, esa plaga mortífera que zumba siempre en torno de los poderosos brindando dulce filtro de lento, sutil i destructor veneno. Ama á los hombres virtuosos, aunque sean para tí esquivos; aunque sean tus enemigos, i esfuérzate en conquistar su siempre valioso cariño. Nunca dejes que en tu ánimo crezca vigorosa la funesta soberbia: oprímela al nacer, que siempre ella convierte el arcángel en demonio. En el trato con los hombres evita los arrebatos de la cólera, que te exhibirán vulgar á los ojos de los que son justos i dignos, i los alejará de tu lado privándote de sus útiles consejos. No les muestres jamás tampoco tu desdén, porque cuando los busques no vendrán de buena voluntad á tu servicio. Procura cuidadoso que jamás tu autoridad sea empleada para servir á venganzas i pasiones de tus colaboradores, porque es esta la fuente que con más abundancia arroja siniestros i terribles odios sobre quienes gobiernan á los pueblos.

A los animadores acordes de la alegre música, que lleva al alma los encantos de la armonía, i en ambiente perfumado con esencias de mil flores, vas á entregarte muchas veces al loco placer de la danza que tanto te enagena, i donde bellas mujeres te acariciarán con tiernas miradas i arrobadoras sonrisas. Goza en el baile, plácido lenitivo á tus constantes fatigas; pero nunca olvides en él lo que te debes á tí mismo, porque á mí lo debes. Rechaza, aborrece el ardiente licor, grato al hombre por la embriaguez que produce, que alegra para hacer llorar; da ánimo para envilecer; pres-

ta siniestra luz al espíritu para llevarlo al error; i pinta auroras bellísimas en la imaginación para arrojar el cuerpo á un lodazal. Cada día es más delicada, Bolívar, tu posición entre tus compatriotas i ante las naciones cultas del mundo: sobre tí se fijan todas las miradas: tus palabras se oyen en todas partes: tu independencia i tu libertad disminuyen á medida que las vas conquistando para la Patria. Piensa en todo esto, Bolívar, aunque yo no dejaré de estar siempre á tu lado, ni de advertirte los peligros á que tu albedrío, sagrado para mí, pueda llevarte con mi inevitable dolor. Adios: sigue ahora tu gloriosa marcha á Bogotá.





ETAPA CUARTA

CARABOBO

Corriendo van los últimos días del mes de octubre del año mil ochocientos veinte.

Bolívar ha llegado á Pamplona, la ciudad rodeada de montañas, empinada siete

mil setecientos setenta i siete pies sobre el nivel del oceano, envuelta casi siempre en densas i frías nieblas que le dan aspecto de resignada tristeza. Cuando viento juguetón barre esos blancos vapores, i los rayos del sol iluminan el valle, i se destacan los rojizos techos sobre la verdura de frondosa vegetación, la vista de Pamplona, desde la altura, es pintoresca. Riega sus vegas el Pamplonita, que sombrea sus orillas con larga hilera de sauces, i corre, rápido i rumoroso primero, callado i lento después, á derramar sus aguas al río Zulia, para que este las lleve, mezcladas á las suyas, como lejano tributo que se envía al gran lago maracaibero.

Está hoi bulliciosa la ciudad por la muchedumbre de alegres soldados que acampan á la sombra de sus muros.

El Libertador va á caballo, como de paseo, por una de las principales calles, acompañado de un solo edecán; pero al terminarse el poblado sigue por el campo circunvecino en dirección á una de las más próximas colinas. El sol declina ya i pronto la noche empezará á aglomerar sus sombras para arrojarlas sobre la ciudad.

Bolívar llega al pie de la colina, donde, escondida entre gracioso follaje, aparece modesta pero bella casita de campo, mansión de pobre labrador. Detrás de la casita, un angosto camino trepa culebreando por la cuesta hasta la inmediata cumbre.

—"Quedaos aquí, dice el Libertador á su acompañante, i esperadme hasta que vuelva: no permitais que persona alguna suba por este camino antes de mi regreso."

Bolívar en su caballo, envuelto el busto en gruesa i recogida capa, sigue hasta la fila donde penetra en un tupido bosquecillo. Desmóntase allí i amarra al tronco de un árbol las bridas de su potro.

—Me dijo que aquí la esperase á la puesta del sol. No tardará, exclama el Libertador.

Ocúltase el esplendente astro tras las cumbres del ocaso, i sobre las onduladas crestas de la montaña, luce su manto de vivísimos colores, Véspero, que corre veloz siguiendo en su camino al luminar del día.

Vienen después las sombras de la noche.

Delgado creciente de la luna brilla como angosta i encorvada lámina de bruñida plata, rasando la occidental cordillera; i sobre el camino del sol aparece la pirámide de luz blanquecina que cuelga como pabellón de ténues gasas sobre inmenso lecho.

Bolívar contempla admirado las maravillas del Universo.

En medio del innumerable ejército de estrellas que va asomando de improviso en la estupenda bóveda del cielo, se distinguen al norte la brillante Vega que empieza á descender al occidente, i las cinco que tachonan el manto de la etiópica reina Casiopea, que reposa al lado de su esposo Cefeo. Mas al sur, cuatro bellos luminares señalan el rápido Pegaso en que Perseo bajó con la horrible cabeza de Medusa á libertar á Andrómeda del feroz monstruo marino que asolaba las costas del golfo arábigo. En el hemisferio del sur deslumbran rutilantes la estrella que lleva mordida i orgulloso el Pez austral, i la que señala el término del río Eridano; i en lo alto de la bóveda, la Vía láctea, como polvo de plata, en que anidan el Cisne i el Aguila.

A espaldas de Bolívar aparecen sonrientes, cual las tres Gracias divinas, Eroclea, Sofía i Eleutera, i le contemplan largo rato en su éxtasis.

—Esposo mío, dícele Eroclea, ¿qué buscas en el cielo? i colocando su diestra sobre el hombro izquierdo del Libertador fija en la faz de este su amorosa mirada.

—Te buscaba en él, esposa mía, contesta sonriendo: mas ya veo que tu bondad es grande como tu belleza, pues te dignas bajar á esta tierra á buscarme, acompañada de dos seres que te igualan en encantos.

—No niego que estuvieras pensando en Eroclea, dice Sofía; pero alguna otra idea agitaba también tu cerebro.

—Cada vez que contemplo con religioso espíritu, dice Bolívar, ese cielo tachonado de estrellas, i admiro la armonía estupenda que preside á sus sencillos movimientos, pienso en la diversidad inmensa de vegetales i de animales, tan diferentes unos de otros, i al parecer, sin conexión alguna entre

ellos; i especialmente veo al hombre i á las sociedades que él forma envueltas en desastroso desorden en el camino de su existencia.—¿Por qué no presiden en la vida leyes tan sencillas i fijas como las que llevan los soles i los planetas en el espacio?—Puede acaso la razón en el hombre i su libertad ser fuentes de desorden i de confusión?—Dígnate, Sofía, revelarme el misterio que envuelven sus contradicciones.

—"Necesitaría muchos años, Bolívar, dice la ninfa, para llevarte de la mano por los salones inmensos i ricos del palacio de la Naturaleza, é irte señalando maravillas i explicándote las leyes que las rigen. Las ciencias, que cada día progresan, gracias á la consagración de mis estudiosos hijos, llegarán, pasado un centenar de años, á constituir el monumento de sabiduría más grandioso levantado por la humana inteligencia; pero será para ver surgir sobre el horizonte nuevas ignorancias envueltas en el mortificante ropaje del misterio. Oye ahora solamente la enunciación de principios cardínales del Universo i de la Vida, porque no me es dado hacerte otras revelaciones. Dios, la omnipotente causa de todas las cosas, nos lo tiene prohibido: quiere El dejar este eterno trabajo á la orgullosa mente de los hombres.—Al principio del tiempo Dios creó la materia, dispersada en dos clases de átomos, los unos etereos, los otros ponderables: los primeros inertes, sin peso, de extraordinaria sutileza, forman, ligándose entre sí de diversos modos, moléculas de estupenda elasticidad, que unidas todas constituyen una sustancia continua, sin interrupción alguna, aunque con poros de vacío absoluto, llamada éter, que llena todo el Universo; los segundos átomos, inertes también pero pesados, menos sutiles que los primeros, se juntan para formar moléculas, pero que pueden tocarse ó no, i siempre están como sumergidas en el éter. El Omnipotente imprimió sobre esa masa de materia un solo impulso que se difundió por toda ella i la puso en movimiento. Ese impulso es la fuerza, cuya esencia es un misterio para los sabios, como lo es Dios. La inmensa masa embrionaria del Universo todo, empezó á trasladarse en una sola i recta dirección: empezó á caer en el infinito. Los átomos, vibrando con más ó menos intensidad á causa de ese inicial impulso, produjeron la recíproca atracción, que juntó primero átomos entre sí i constituyó moléculas; que luego

juntó moléculas i formó masas gaseosas; que luego condensó parte de esas masas gaseosas i las hizo líquidas; que luego condensó más aún parte de esos líquidos i los formó sólidos. Así lentamente se hicieron los mundos.—Fuerza i materia: hé ahí los dos grandes elementos constitutivos del Universo. Cuanto los hombres ven, cuanto afecta sus sentidos, cuanto existe moviéndose: soles, planetas, atmósfera, colores, luz, calor, electricidad, magnetismo, montaña, oceano, grano, de arena, sonido, fuego, humo, animales i plantas, son productos maravillosos de las combinaciones de esos dos elementos primordiales i únicos: materia i fuerza.—Más allá de los confines del Universo existe el vacío absoluto en el espacio infinito: sin un átomo de materia, sin una vibración de fuerza: la nada, sin luz, sin calor, silenciosa, sin linderos, eterna.—Atravesando la nada se mueve todo nuestro Universo: los soles, que son todas esas estrellas, en una sola i recta dirección; los planetas i cometas en hélices inmensas alrededor de esos cadentes soles. Esta especie de lluvia de astros, cualquiera que sea la velocidad con que vaya cayendo, es exactamente como si no se moviese de un solo punto, porque millones de años avanzando con vertiginosa rapidez, ni la llevan á otro medio, ni la acercan el grueso de un cabello al término del viaje, porque ese término no existe. La fuerza que anima el Universo no traspasa sus linderos: al llegar á las orillas de la nada, se detiene i retrocede á circular alegre entre sus amados átomos."

"En eso estriba la armonía que observas en los cielos: por eso es grave error creer, como algunos lo han sentido, que las estrellas se muevan en diversas i aún en opuestas direcciones i que puedan tropezar unas con otras. Por eso es error también pensar que cuerpos de un sistema solar puedan pasar á otro sistema; por eso las hélices orbitarias de los planetas i cometas proyectadas sobre un plano normal al eje solar, dan siempre una curva cerrada, una circunferencia ó una elipse, jamás parábolas ó hipérbolas.—Verdad es que la variedad de formas en la Naturaleza es innumerable; i esas mismas formas actuales son modificaciones de otras anteriores, i continúan cambiando incesantemente, aunque con invisible sutileza. La ciencia geológica, todavía en la infancia, que mi amado Cuvier dejará con vigor de pubertad,



procura explicar los depósitos de conchas lacustres i marinas que se encuentran profundamente enterradas en el centro de los continentes i en elevaciones considerables sobre el nivel de los actuales mares. I estudia admirada la forma gigantesca del mammut, elefante lanudo de largos colmillos, i de los saurios del tamaño de nuestros más viejos cocodrilos, reveladas por las petrificadas osamentas que guarda en su seno la tierra desde hace muchos siglos. Entre los animales que se crían al nacer, como el hombre, chupando la leche del pecho de sus madres, las especies conocidas i clasificadas hoi por los naturalistas pasan de dos mil: hai más de trescientas castas de murciélagos, ratones alados enemigos de la luz i amigos de la sangre; más de doscientas castas de monos, caricaturas que la naturaleza ofrece á la soberbia del hombre; más de cuatrocientas clases de bestias feroces que mantienen el espanto en los bosques; centenares de especies de roedores i de rumiantes; i en el mar, más de sesenta especies de voluminosos cetaceos.—En el mundo alegre i brillante de las aves ¡cuánta diversidad de tamaños, de plumajes i de colores! Desde el delicado colibrí, esmeralda con alas de oro i azur, del tamaño de una abeja, hasta el cóndor que



se remonta mui alto sobre la cumbre del Chimborazo, hasta la fragata, cuyas alas extendidas tienen más longitud que dos hombres altos, i que vuela á veces una semana entera sin reposar un instante. El sabio conoce hoi más de trescientos géneros de aves, cada uno abundante en especies, i cada especie dotada de un canto singular con que se llama i se encuentra en la dilatada i sombría espesura de los bosques: lenguaje armonioso, desconocido de los hombres, ora parlero de alegría, ora de tristes cadencias.—En el mundo maravilloso de los insectos, animales sin huesos con deslum-



brantes corazas, se ven en muchedumbres inmensas los coleópteros i las mariposas, joyas del aire; i los ejércitos de abejas i de hormigas, cuyas industriosas sociedades llenan de confusión, i á veces de vergüenza, á los hombres; i las arañas, entre las cuales el escorpión se distingue por su horrible forma i por su abrasadora ponzoña.—En las marinas aguas, el coral, gusano pequeñísimo que vive en colonias i que, edificando su casa, fabrica islas en el oceano, enséñanos la inmensa obra que realizan las fuerzas sumadas para un solo propósito. En torno á esas islas nadan veloces mil especies de peces, i sobre ellas se arrastran lentos los diformes crustaceos, i los egoistas caracoles qne llevan siempre á cuestas la estrecha celda en que cada uno vive. Entre los feos reptiles se ven las horribles formas de las acorazadas tortugas, de los fieros cocodrilos, de las venenosas serpientes, de los toscos lagartos i de los asquerosos sapos i ranas.—En los campos donde el rayo de sol i la gota de agua dan vida á la semilla, embelesa la diversidad de formas vegetales. En la cueva sombría i húmeda, el líquen parece una mancha sobre la roca, cuyos órganos reproductores nos hace ver la maravillosa máquina del microscopio, revelada al hombre por la esférica gota de rocío. En estas regiones de la tórrida zona, sobre las cuales pasa el divino astro todos los días del año, el helecho, que en el reverso de sus graciosas hojas guarda en diminutas cápsulas la fecundada semilla, nos advierte en su talla de arbusto las elegantes proporciones arboreas de las anteriores épocas geológicas denunciadas por las negras minas de antiguos bosques carbonizados. Las orquideas, que viven abrazadas á una rama, se engalanan cada año con flores tan espléndidas que son como las sonrisas de estas tupidas selvas, donde millares de árboles, altos como torres, viven siglos si no los derriba el hacha afilada de los









hombres. Las gárrulas palmares, cargadas de grandes i suculentas nueces, se inclinan sobre las costas de estos salados mares, como para mirarse en sus azulés aguas, ó levantan erguidas i majestuosas sobre nuestros llanos su espléndido penacho donde juegan i cantan los vientos. El botánico tiene hoi clasificadas cien familias vegetales, i aún no conoce sino la tercera parte de las que sombrean la tierra; i en cada familia hai muchos géneros i en cada género muchas especies, cada una con una flor i un fruto distintos de los demás. Pero en esa diversidad asombrosa de formas no hai desorden: todas ellas son el resultado de una lei





que aun no ha descubierto el hombre, i que á mí no me es dado revelarte. Lo mismo ocurre en las sociedades humanas: las leyes morales i políticas que rigen su formación i desenvolvimiento son tan fatales como las que presiden el movimiento de los astros; pero tan complejas que la mente del estudioso se pierde en el laberinto de su trama. Contempla solamente la semilla, esa diminuta i admirable máquina que lleva latente la fuerza que se desarrolla al calor de la húmeda tierra, i que como vuestras pilas eléctricas, la divide en dos opuestas corrientes, una hacia abajo que forma i va enterrando las raíces, i otra hacia arriba que cría el tallo i las hojas con matemática simetría, i bota la artística i geométrica flor, donde se fecunda, multiplicada, idéntica semilla que propaga la especie.—¿Es acaso la órbita de un planeta más regular i admirable que el ciclo de la semilla?—I lo mismo sucede con el huevo que perpetúa las especies animales. Lo cierto es que tantas ordenadas maravillas no pueden ser la obra de una ciega casualidad, sino de una sabiduría infinita.''

No pensativo sino anodadado queda el espíritu de Bolívar ante la gravedad del discurso de Sofía; mas viendo Eroclea que el Libertador permanece silencioso i abstraído:

—¡ Bah ! le dice, tomando la diestra del esposo entre sus delicadas manos, deja de estar meditabundo: he querido que Sofía i Eleutera te diesen sus aplausos por tu victoria en Boyacá.

—A eso hemos venido animadas de suprema alegría, dice la sabia ninfa: lo difícil i atrevido de tu última campaña i tu triunfo en Boyacá, ha libertado á Nueva Granada, i preparado la libertad de Venezuela i de toda la América.

—Estoi contenta, dice Eleutera, del espectáculo grandioso que está ofreciendo América á la historia.—Llena de justa ira la nación española castiga en Aranjuez el año mil ochocientos ocho á los perversos soberanos que la humillaban con inaudito vilipendio. El rei Carlos IV, consagrando todos sus cuidados á su caballeriza, abandonaba, indolente, á la reina i la suerte de la nación, en los brazos del favorito Godoi. Para lavar tanta mancilla, España, iracunda, arrojó á los tres del trono i de la patria. Aquella protesta de la nación avergonzada, repercutió en América como alerta á todos sus pueblos que sufrían el ominoso tutelaje. Caracas i Quito, las primogénitas de la independencia, se aprestan á sacudir el oprobioso yugo, i ven inmolar en sus plazas á los protomártires del patriotismo: Caracas en mil setecientos noventa i nueve; Quito en mil ochocientos nueve.—El nuevo rei español Fernando VII, peor que sus criminales progenitores, humilla más aún la altiva patria rindiéndose ignominiosamente á Napoleón. El año mil ochocientos diez el espíritu revolucionario se cernía en América: yo lo llevaba en mis manos en ánfora de oro i lo vertía como lluvia fecundante sobre esta tierra amada. Infiltrado en el corazón de los briosos criollos lo llenaba de sagrado fuego i de altivez admirable; é iluminado su entendimiento, descubría la ignominia de la colonia como obscuro i frío subterráneo, i la dignidad de la independencia como alta cumbre dorada por el sol i besada por perfumadas brisas. Lanzan la primera chispa Méjico desde la aldea de Dolores; Centro América, desde Leon; Venezuela desde Caracas; Nueva Granada, desde esa ciudad de Pamplona que enciende ahora sus luces á nuestros pies; las colonias del Plata desde Buenos Aires; Chile desde Santiago; el Alto Perú desde Potosí.

En el año mil ochocientos once resuena ya en todo el continente sin divagación alguna, el grito colosal de independencia. Se había propagado el incendio al soplo del huracán. La guerra blande por todas partes el afilado i sanguinoso acero, i sacude sobre campos i hogares la flamígera tea. El odio impera engreído i altanero sobre su trono de huesos; i el amor encadenado, gime doliente en nauseabunda masmorra. Mil cadalzos se levantan en el Nuevo Mundo: mil hecatombes sacrifican en ellos, que son aras de la saña española. No importa: la causa es santa, i gana prosélitos con sus mártires: el coraje se aquilata para la lucha, i el negro i frío temor huye del abrasado corazón americano. Ya ves, Bolívar, como en Venezuela i Nueva Granada te ciñe sus laureles la victoria: ya ves como tus compañeros luchan i vencen gallardamente á los temerarios enemigos —San Martín, el héroe del Sur, virtuoso i valiente, acompañado del patriota chileno O'Higgins, trasmontó por difícil desfiladero las altísimas cumbres de los Andes con un ejército que Buenos Aires enviaba para auxiliar á Chile; i en el famoso campo de Chacabuco, vence el catorce de febrero de mil ochociento diez i siete al aguerrido enemigo, i luego el cinco de abril del siguiente año, en la sangrienta batalla de Maipó, arrebata definitivamente la tierra de Arauco al poder español. Una flota enviada por España con dos mil hombres de desembarco es batida por las fuerzas navales de Chile i Buenos Aires; i en estos momentos, bajo la hábil dirección i el enérgico mando del bizarro oficial inglés Cochrane, la marina chilena se organiza i se alista para llevar á las costas del Perú el año entrante, á San Martín i su ejército que libertará la tierra de los Incas.—Valor, pues, i constan ia, Bolívar: tu nombre ya brilla como estrella de primera magnitud en el cielo de la independencia americana.

—A ella sola me consagro, dice Bolívar; de ella son todos mis desvelos: por ella son mis ansias: lograda que sea moriré feliz en los brazos de mi Eroclea.

—Bolívar, dice Sofía, yo vuelvo á la gran patria de Washington i á la gran patria de Alfredo. Dos amados hijos míos, que transformarán al mundo con sus inventos, reclaman el calor de mi cariño: Fulton sobre las aguas del

Hudson; i Stephenson en los campos que median entre Liverpool i Manchester. Eleutera vuela á Chile i al Perú: á tí te queda Eroclea. Adiós! Un nuevo i glorioso triunfo te ceñirá laurel inmarcesible el año venidero.

Las tres ninfas desaparecen i Bolívar, montado en su corcel desciende la colina cuando surgen por oriente con diamantinos destellos las Pléyades, vigiladas por el sanguinoso ojo del celeste Toro. Incorpora á su edecan, que le espera en la casita del labrador, i sigue á la ciudad donde, en diversos puntos, músicas alegres animan el vértigo de la danza.

Bolívar sale de Pamplona hacia Guayana en la segunda semana de noviembre, dejando al joven i gallardo general Anzoátegui con el mando de aquella importante plaza. Pocas marchas ha hecho cuando el día diez i nueve le alcanza un mensajero, que le lleva la tristísima nueva de haber muerto el día quince aquel distinguido i amado jefe. ¡Pérdida inmensa para el ejército i para la Patria! El valor, la disciplina i la honradez distinguían á aquel adalid infatigable. Desde el año de 1811 se alistó al ejército republicano, i durante nueve años no cesó de combatir. Mosquitero, Bocachica, Araure, Carabobo, San Mateo, Quebradahonda, Alacrán, Juncal, San Félix, Sombrero, Semen, Ortiz, Cojedes, Gámeza, Vargas i Boyacá, son campos de batalla famosos en que eternamente sonará el nombre de Anzoátegui con el aplauso á su bravura i á su patriotismo.

En los restantes días del mes, Bolívar atraviesa la espesa i dilatada selva de San Camilo i llega á la ciudad de Barinas. En la prosecución de su viaje de Barinas á Nutrias encuentra al general Páez, que con parte de sus tropas marcha hacia la primera de esas ciudades. Varias horas pasan juntos los dos guerreros i al día siguiente se separan de nuevo.

El día diez de diciembre llega Bolívar á Angostura, donde es recibido con extraordinario entusiasmo. El Congreso, que estaba entonces reunido, envía una diputación para felicitarle i para acompañarle á la sala del cuerpo legislativo. Toda la población acude presurosa á presenciar los solemnes

actos de aquel día. Bolívar, con su espontánea elocuencia, da en el seno del augusto Congreso cuenta minuciosa de su memorable campaña i de sus gloriosas victorias, encomiando calurosamente los servicios del ejército i los patrióticos empeños del pueblo granadino por su independencia. Manifiesta la imperiosa necesidad que hai de constituir con Venezuela, Nueva Granada i Quito una sola nación, grande i poderosa, que pueda enfrentarse á España en la terrible guerra que tan inicuamente prolonga: nación nueva, pero rica por sus naturales recursos; temida por el valor é incontrastable patriotismo de sus hijos, i por su extenso i estratégico territorio. Constituido semejante Estado republicano piensa Bolívar que triunfará en la guerra, asegurándose no sólo la propia independencia, sino la de toda América.

El Congreso reconoce los buenos servicios de Bolívar, ensalza su inmenso patriotismo, i aplaude i hace suya la grandiosa i oportuna idea de constituir la nueva i gran nación sur-americana; i para dar, sin dilación, camino a este propósito, convoca un Congreso general que deberá reunirse el día primero del entrante año, mil ochocientos veinte i uno, en la céntrica ciudad del Rosario de Cúcuta.

En la noche de ese día memorable, Bolívar, desvelado por las agitaciones de su pensamiento, reposa solitario reclinado en un sofá, cuando Eroclea, acompañada de una encantadora dama, mui semejante á ella, que trae cubierta la cabeza con reluciente i ligero casco de oro de clásica forma griega, se acerca al Libertador i le dice:

—"Hé aquí nuestra hija; vengo á traértela para que imprimas sobre su casta frente el primer beso paternal, i para que le des un nombre. No te sorprenda verla tan pronto una mujer alta i pensadora: de la especie á que pertenezco ella ha tomado esa extraordinaria propiedad, así como posee otras de la especie humana á que tú perteneces."

Bolívar, de pie, oprimiendo entre sus dos manos la siniestra de Eroclea, contempla enagenado las sublimes gracias del fruto de sus divinos amores.

—¡Oh! eres encantadora, hija mía; ¡cuánto he de amarte! Soi en el orbe el más venturoso de los hombres. Te

llamarás, Colombia, le dice, besando con beso dilatado su frente: quiero honrar en tí el nombre del atrevido navegante que descubrió este nuevo mundo, destinado á ser la patria de la libertad. Así haré llamar por tí la gran república que vamos á fundar en esta mitad de nuestro precioso continente.

—Mira, Bolívar, dice Eroclea, el medallón característico que, siguiendo una costumbre de la especie catágela, he dado á nuestra hija: en campo verde, una mariposa con alas de oro i plata en que montan rubíes i esmeraldas. Es el recuerdo de la que se posó sobre mi seno en Boyacá.

—¡ Padre mío! dice Colombia, estrechando la diestra del Libertador, la existencia que te debo la consagraré á amarte.

—Bolívar, interrumpe Eroclea, en obedecimiento á leyes que rigen los seres de mi naturaleza, debo ir con mi hija hasta la cumbre del Chimborazo á presentarla al viejo Mitomante, que allá tiene su templo i que debe predecirme el final destino de ella.

—I no os es dado, pregunta Bolívar, retardar por algún tiempo ese viaje á la altísima montaña?

—Puedo hacerlo durante el tiempo que te plazca, si tú has de acompañarme al realizarlo.

—Entonces espera. Yo volveré á Nueva Granada para regresar de allí á Venezuela á dar la última batalla al empecinado enemigo, que aún llena de horrores este suelo, i asegurar á mi Patria una vida independiente i sin zozobras. Luego iré á libertar á Quito, i junto contigo i nuestra hija subiré el Chimborazo.

—Así será. Reposa ahora, Bolívar, hoi ha sido un día para tí de supremas satisfacciones: tu corazón i tu cerebro han sentido vigorosas sacudidas; necesitas descansar; te infundo sueño apacible i reparador: yo i Colombia velaremos invisibles á tu lado.

Bolívar desde el día siguiente despliega una actividad asombrosa: la fiebre de un entusiasmo sacrosanto lo domina: largas i difíciles marchas no lo postran: todo lo va disponiendo para su final campaña en Venezuela.

Ordena á Montilla tome el mando del cuerpo de ingleses enviado por el general D'Evereux, i á Brion que los trasporte á Río Hacha; sale de Angostura el veinte i cuatro de diciembre; en su tránsito por Apure pasa revista á los diferentes cuerpos allí acantonados; i en enero del nuevo año, mil ochocientos veinte, despacha á Sucre á comprar armas en las Antillas con dinero enviado por Santander. Sigue por Guasdualito al Rosario; el tres de marzo entra á Bogotá, i el veinte sale de nuevo para Cúcuta, donde fija su cuartel general, i donde, por primera vez, después de muchos años de incesantes marchas, tendrá algunas semanas de reposo; pero sin descuidar un instante el servicio público de la naciente República.

Levántase con el sol á las seis de la mañana; asea cuidadosamente su cuerpo en el baño; vístese con esmero; revisa sus caballos, para los cuales quiere escrupulosos cuidados; acaricia largo rato á aquellos nobles compañeros de sus fatigas, que parecen con nerviosos movimientos agradecer el afecto de su dueño; toma á las nueve sencillo desayuno; i consagra tres ó más horas diarias al despacho de los asuntos oficiales. En sus horas de ocio, reclinado en la oscilante hamaca, lee libros de notables historiadores. Los coroneles Briceño--Méndez, Ministro de la Guerra, Bartolomé Salom i José Gabriel Pérez, son allí sus compañeros íntimos.

Frugal es su mesa: sopa, carne de toro asada ó cocida, aves, legumbres, dulce i café; pero la anima siempre su palabra elocuente. Discurre en ella con vivacidad extraordinaria sobre los asuntos políticos palpitantes, trayendo á dar firmeza i colorido á sus ideas, reminiscencias históricas ó anécdotas con admirable oportunidad i precisión. Unas veces es duramente sarcástico i relampaguea en su estilo el dicterio; otras, tierno i poético, i el más delicado eufemismo da suave tono á su palabra.

Esta tarde uno de los comensales refiere el caso de locura acaecido en una señora de aquella ciudad, á causa de la muerte del único hijo que alegraba su hogar: i Bolívar habla entonces así:

—"Muchas veces una buena reflexión nos salva del ho-

rrible infortunio de la locura. Voi á referir una sencilla, pero bella historia de mi nativo valle caraqueño, en un caso semejante al que acaba de referirse:

"Valasdor, mancebo de catorce años, rubio i arrogante, corría alegre con varios compañeros por las hermosas vegas que riega el Anauco apenas cae al valle precipitado del empinado boscaje del Avila. De la distracción en que le llevaban sus alegres juegos, sacóle de improviso la vista de Ariam, niña de doce años, rubia como él, con mejillas del color rosado de los grandes caracoles, que venía de recojer flores en el campo. Ariám fijó también sus bellos ojos en los del joven, que tan admirados la miraban; i ambos sintieron un dulce estremecimiento en el alma. Pasaron luego muchos días sin que tornasen á verse estos jóvenes, i ya en la memoria de cada uno iba borrándose la grata imagen del recuerdo, cuando en una visita de Valasdor al templo catedral, en día de solemne fiesta, en que el humo del orobias inunda la alta nave, vió arrodillada i abstraída en oración á la niña que antes le había enamorado No sabía donde la vió por vez primera, i mirándola encantado procuraba en vano recordarlo. Ella, al levantar sus hermosos ojos del devoto libro que leía, vió al joven, i sintiendo por él la misma simpatía que anteriormente la impresionó, ruborizóse como si alguien hubiese descubierto el oculto impulso de su alma.—Valasdor observó que sus mejillas se encendieron; dióle ánimos la esperanza, i formó entonces la resolución de seguir los pasos de aquella niña hasta descubrir su morada; i así lo hizo con buen éxito en aquel mismo día."

"Habláronse luego i se amaron entrañablemente durante un lustro, al cabo del cual Himeneo unió aquellos corazones con indisolubles lazos."

"Fruto de aquel amor fué un hijo bellísimo de cabello color de oro primorosamente ensortijado; i dos años de suprema felicidad transcurrieron en aquel hogar, encantado por los íntimos afectos de los padres i del niño que era todo gracias."

"Un día la fatalidad tocó con su dedo mortífero al dulce infante i se llevó su alma Ante aquel pequeño cadáver lloró

amargamente el padre, i la madre cayó como herida del rayo.—Vuelta en sí, ella no podía resignarse á la ausencia eterna de su amado hijo, i desesperada corría al sitio en que había sido enterrado, de donde con dificultad se la separaba."

"Agitada más que otras veces, sin haber dormido en toda la noche, sintiendo que abrasaba su cabeza intensa fiebre, ocurriósele al amanecer un día que al ir al cementerio para visitar la tumba de su hijo, le iba á encontrar resucitado esperándola, sentado sobre la lápida sepulcral, para arrojarse sonreído entre sus brazos i para besarla con el más amoroso de los besos."

"Tan patente aparecía aquel milagroso suceso en su imaginación; tan persuadida estaba de que iba á verificarse, que la olvidada sonrisa volvió á dar alegría á sus pálidos labios. Vistióse ufana i corrió animada por la dicha."

"¡Infeliz! Al llegar al cementerio, triste soledad i pavoroso silencio la rodeó por todos partes. No era verdad lo que había pensado: la tumba estaba allí cerrada como siempre, i como siempre muda."

"Habría regresado completamente loca á su hogar, si no hubiese surgido en su cerebro esta salvadora reflexión: —¿I para qué anhelo que vuelva á la vida?—¿Para que muera otra vez? ¡Oh! no: eso es horrible: no quiero verle nuevamente morir: no: que no viva más."

"I besando el frío mármol que cerraba la tumba, tornó á su triste hogar consolada con su resignación."

Mientras Bolívar refiere el tierno episodio le escuchan con profunda atención sus compañeros: al terminarlo, todos suspiran i quedan silenciosos.

Después de la comida el Libertador, casi todos los días, sale á caballo, acompañado de su secretario ó de un edecán, i pasea hasta entrada la noche.

A principios del mes de agosto marcha á Barranquilla, donde conferencia con el almirante Brion i con el general Mariano Montilla; i el veinte i seis llega á Turbaco, cuartel general de la división que sitiaba á Cartagena.

Entretanto Morillo ha enviado comisionados á San Cristóbal proponiendo un armisticio.

Bolívar llega á esta andina ciudad el veinte i uno de setiembre, escribe á Morillo anunciándole deseos de admitir una suspensión de hostilidades, i fija á San Fernando de Apure para las conferencias.

Emprende marcha con el ejército camino de Mérida: entra á esta ciudad el primero de octubre: descansa allí pocos días, i sigue para Trujillo, trasmontando el desolado páramo de Mucuchíes, que tiene su cumbre catorce mil pies alto sobre el nivel de los mares.

El veinte i seis de octubre escribe de nuevo á Morillo, avisándole el motivo de haber cambiado de itinerario i exigiéndole una contestación para la inmediata celebración de una conferencia.

El veinte i nueve contesta Morillo cortés i satisfactoriamente.

Congréganse en la ciudad de Trujillo el general Sucre i los coroneles Briceño-Méndez i José Gabriel Pérez, nombrados por Bolívar; i el general Ramón Correa i los señores Juan Rodríguez Toro i Francisco González Linares, nombrados por Morillo, i firman dos tratados: uno sobre armisticio, por seis meses; i otro sobre regularización de la guerra, que ponía término á los horrores de la que á muerte se había venido haciendo.

El día veinte i seis ratifica Bolívar ambos tratados estampando su firma al pié de ellos; el veinte i siete les da su aprobación el general Morillo con igual formalidad.

Ese mismo día el jefe español dice cuánto le agradaría conocer personalmente al Libertador; i este, apenas sabe el deseo de su antiguo contendor, resuelve complacerle, i se pone en marcha acompañado de diez de sus tenientes para la villa de Santa Ana, donde estaba Morillo. Este general, con uniforme de gala, luciendo numerosas condecoraciones i acompañado de La Torre i otros jefes españoles, sale á recibir á Bolívar. Desmóntanse al encontrarse los dos esforzados paladines, i oprimen sus pechos con estrecho abrazo.

Día es este de marcial regocijo: siéntanse los rivales á una misma mesa; i duermen en la noche sin cuidados bajo un mismo techo. Al día siguiente se separan para no encontrarse otra vez.

Marcha Bolívar á Barinas, i en esta ciudad recibe el siete de diciembre la noticia de la revolución independiente de Guayaquil, efectuada el nueve de octubre. Sabe allí también que Morillo ha sido llamado á España, i que el general La Torre le ha reemplazado en el mando del ejército realista en Venezuela.

Bolívar vuelve á Bogotá el cinco de enero de mil ochocientos veinte i uno, i allí nombra á Sucre para sustituir á Valdés en el mando del ejército del Sur.

Suceso, largo tiempo esperado, viene ahora á romper de un golpe el lazo con que los tratados sujetaban temporalmente la furia de la guerra.

El veinte i ocho de enero proclama su independencia la ciudad de Maracaibo, i envía comisionados al sur del lago para avisar la novedad al general Las Heras, acampado con fuerzas patriotas en la villa de Gibraltar. Con ellas se traslada al punto el avisado jefe, i levanta sus tiendas en la arrogante capital zuliana.

La Torre reclama contra la ocupación de Maracaibo por las fuerzas republicanas, como violación del armisticio; mas Bolívar declara que no considera el suceso de tal modo por las circunstancias en que se ha verificado.

La Torre, desdeñado, fija el veinte i ocho de abril para comenzar de nuevo las hostilidades.

Este día un destacamento de la caballería colombiana pasa el río Santo Domingo, i ataca i derrota las avanzadas realistas en Boconó. El Libertador al frente de la división de Plaza invade el campo enemigo.

Desde allí da órdenes á Urdaneta en Maracaibo para que con La Guardia desembarque en Altagracia, siga á Coro i marche á incorporársele á San Carlos, donde efectuará la concentración de todo el ejército de la República.

Al general Páez ordena igualmente marche al mismo

punto con su división i con gran número de bestias i ganados; i á Bermúdez manda se aproxime á Caracas i mantenga la ciudad en asedio para que no puedan venir de ella auxilios á La Torre.

Urdaneta llega á la ciudad de Coro el once de mayo; pero postrado allí por inesperada enfermedad, los movimientos de las tropas de su mando sufren considerable retardo i no llegarán en tiempo oportuno á San Carlos.

El diez de mayo se pone en marcha el general Páez desde Achaguas á la cabeza de mil quinientos ginetes i mil infantes, que conducen dos mil caballos de reserva i cuatro mil toros. Emplea algunos días en llegar á las márgenes del Apure i en pasar el caudaloso río, i continúa la marcha por la vía de Tucupido.

Frecuentes i desesperantes embarazos ocasiona en las marchas de esta brillante división la necesidad de conducir tan crecido número de animales. Casi todas las noches los caballos se escapan en tropel i emprenden desaforada fuga por la dilatada pampa. Sígueseles al amanecer el día siguiente por el rastro de sus numerosas huellas, que dejan estampadas en la tierra humedecida por las lluvias; se les recoje con gran trabajo i se continúa con ellos la demorada marcha, para repetir el mismo fastidioso trabajo á la noche siguiente.

Llegada la división á la villa de Tucupido, tiene Páez noticia de que La Torre ha abandonado la de Araure, i que Bolívar la ha ocupado sin resistencia alguna.

Activa Páez la marcha cuanto le es posible, i como sabe más adelante que el general español no se ha detenido en San Carlos i que ya el Libertador ocupa la importante ciudad, deja su infantería á las órdenes del coronel Miguel Antonio Vásquez, i él, al frente dc su temida caballería, se adelanta hasta San Carlos, donde Bolívar lo saluda con estrecho i afectuoso abrazo.

Pocos días después llega la bizarra infantería apureña, i Bolívar resuelve salir á dar batalla al enemigo.

Organiza el ejército para la marcha en tres divisiones:

la primera, al mando de Páez, compuesta de dos cuerpos de infantería que son: los batallones *Apure* i *Británico*, i de mil quinientos ginetes: la segunda al mando de Cedeño, formada con tres batallones i un escuadrón; i la tercera al mando de Plaza, con cuatro batallones i un regimiento de lanceros. El benemérito general Mariño es investido con el cargo de Ayudante general del ejército.

El catorce de mayo ocupa Bermúdez á Caracas. La Torre al saberlo envía á Morales á batirlo Las bien pensadas órdenes de Bolívar empezaban á hacer favorables las circunstancias para la Patria venezolana, en la última batalla que iba á librarse.

Carrillo, siguiendo instrucciones de Bolívar, se mueve con bastante tropa hacia San Felipe para distraer por aquel lado la atención del enemigo.

El día diez i nueve de junio, el bravo Laurencio Silva i un escuadrón que comanda sorprenden i hacen prisionero un cuerpo avanzado español en Tinaquillo. En esta villa, el Libertador pasa revista el día veinte i tres al ejército republicano, i cuenta seis mil quinientos combatientes.

El jefe español Morales, después de haber reocupado á Caracas, i dejádola con suficiente defensa contra los ataques de Bermúdez, ha regresado á incorporarse al ejército con que La Torre espera á Bolívar en la sabana de Carabobo; pero el día veinte i tres, el general realista háse visto obligado á enviar algunos de sus batallones para atacar á Carrillo que amenaza seriamente á San Felipe.

El día veinte i cuatro, rayando el alba, emprende la marcha el ejército patriota en busca de su contrario; i va animado de febril entusiasmo, olvidadas las miserias i fatigas pasadas, indiferente á las fatigas del momento, creyendo infalible la victoria i definitivo el triunfo.

Cuando llega á la altura de Buenavista, distante una legua del campo de Carabobo, se disipa la niebla matinal que cubre el llano donde están los españoles ya formados en batalla. Sobre el fondo verde del campo se distinguen seis fuertes columnas de infantería i tres de caballería, situadas de modo que, mutuamente, se sostienen para impedir

la entrada á la llanura. El camino estrecho que llevan los republicanos no permite otro frente que el necesario para desfilar; i los españoles no solamente defienden la entrada con los veteranos regimientos *Valencei* i *Barbastro*, situados á uno i otro lado del camino, sino que con su artillería domina completamente el desfiladero.

Iluminada ya por el sol de la mañana, dibújase la dilatada llanura claramente á la vista. El espectáculo es magnífico: el camino que entra á la sabana por el sur, sobre el cual marchan los patriotas, i el que viene del Pao i entra por el este, se marcan como angostas líneas amarillentas sobre la fresca yerba que cubre el suelo.

Los oficiales del Estado Mayor realista recorren su campo al galope en diversas direcciones trasmitiendo á los diferentes cuerpos las órdenes del general La Torre, que con su anteojo observa atentamente los movimientos del campo republicano.

Estudiada por Bolívar la posición del ejército enemigo en análisis que llega hasta el insignificante pormenor, la juzga inabordable por los dos caminos conocidos i frecuentados; pero observando por la posición de los cuerpos reales, que estos sólo por aquellas vías temen el ataque, ordena convertir rápidamente la marcha de la primera división por la izquierda, para seguir con vaqueano que á este propósito se trae desde Tinaquillo, por una vereda poco frecuentada, estrecha i escabrosa que conduce á una entrada occidental sobre la derecha del ejército realista, su flanco débil, por lo mismo que el jefe español lo consideró inatacable.

El general Páez, encargado de ejecutar con toda su división el inesperado i difícil movimiento, lo realiza con la mayor celeridad posible, sufriendo al emprenderlo los fuegos de la artilleria española.

Avisado el general La Torre de aquella extraña novedad en el ataque, hace mover en el acto cuatro de sus mejores batallones á disputar la salida al llano por aquella parte.

El batallón republicano *Apure* que marcha á vanguardia

de la primera división, al llegar al desfiladero que da acceso á la gran sabana, es vigorosamente atacado, i aunque con increible denuedo responde al nutrido fuego que sobre él lanza espesa lluvia de plomo, ya cede quebrantado, cuando llega á darle oportuno auxilio el batallón *Británico*, que entra en formación hincando una rodilla en tierra para mostrar al contendor que sólo piensa morir en la defensa de aquel puesto.

Reorganizado el bravo *Apure*, vuelve á la brega enardecido; pero observando Páez que en sus dos batallones escasean los pertrechos i que no es posible reponerlos, ordena á ambos una desesperada carga á la bayoneta, que se efectúa con incontrastable bizarría, apoyada por dos compañías de tiradores que han logrado pasar también el embarazoso desfiladero.

Los realistas, aunque sostienen sus fuegos, van cediendo el campo.

El primer escuadrón del *Regimiento de Honor* ha entrado ya á la llanura, i Páez, impaciente, no aguarda otros, i acompañado de todo su Estado Mayor, arremete con él formidable sobre el enemigo, que cede su primera posición, aunque rehecho en parte, resuelve combatir en otra altura á espaldas de la primera.

El victorioso escuadrón, puesto al mando de su denodado teniente Juan Angel Bravo, persigue i despedaza varios batallones que huyen.

Entretanto, cien lanceros más han entrado al llano, i Páez á la cabeza de ellos, siempre acompañado de su aguerrido Estado Mayor, carga sobre una columna de caballería que viene en son de ataque. A la primera furiosa embestida de los ágiles llaneros declárause en derrota los ginetes realistas.

Desde aquel instante el general español sólo piensa en la retirada, que mui pronto se convierte en desastrada derrota. La mayor parte de su ejército huye á la desbandada; i batallones enteros se rinden.

Los regimientos *Valencei* i *Barbastro*, que guardaban la

principal entrada, al ver que el resto del ejército pierde terreno en la desesperada lucha, abandonan sus posiciones i dejan amplia puerta á los patriotas para entrar á la arena del combate.

Páez parte á rendirlos con su caballería, acompañado de Plaza, que deja su división para tener la gloria de tomar personalmente alguna parte en aquella batalla.—¡ Infeliz adalid de la Patria ! una bala, envidiosa de su alegría, le hiere i le arranca la vida.

Reforzado Páez con trescientos ginetes más que entran por el camino real, carga á *Barbastro*, que le rinde sus armas.

Valencei, formado en cuadro, al mando de su sereno jefe Tomás García, se retira en orden siguiendo la quebrada de



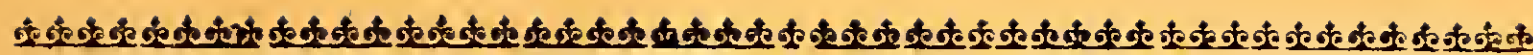
Carabobo para apoyar en ella su marcha. Páez resuelve cargarlo con sus ágiles lanceros, con ánimo, al menos, de detenerlo i dar tiempo á que llegue para combatirlo la infantería republicana. Pero, ante la clásica disciplina de aquel regimiento español se estrellan todos los esfuerzos de su orgulloso enemigo.

El bravo Cedeño, despechado como Plaza, por no haber podido entrar en acción con sus tropas, las abandona, i con un piquete de caballería atraviesa la quebrada i corre á dar alcance á *Valencei*, que sigue su ordenada retirada á Valencia.—Al dar la temeraria carga sobre el veterano batallón, una bala quita también la vida á Cedeño, para derramar más ajenjo en la copa de la victoria republicana.

Menos de una hora ha durado esta batalla, en que sólo ha combatido la tercera parte del ejército de la Patria.

La independencia de Venezuela queda irrevocablemente asegurada para siempre en el campo inmortal de Carabobo.





ETAPA QUINTA

PICHINCHA

En la tarde del día veinte i nueve del mes de junio del año mil ochocientos veinte i uno, entra Bolivar segunda vez victorioso á la amada ciudad de su nacimiento. Hánla evacuado el día anterior las tropas españolas; i el pueblo de Caracas, enajenado de placer, febril de entusiasmo, vuela á re-

pletar las calles de la ciudad, dos horas antes desiertas. Mujeres i hombres; ancianos i niños, confunden sus aclamaciones de gloria al Libertador i Padre de la Patria. Tocan á vuelo las campanas de los templos; i las ventanas de todas las casas, que han permanecido cerradas por años, se abren crujientes i desempolvadas, i dan paso á la ya olvidada iluminación de aquellas salas. Justísima alegría: la alegría del maniatado esclavo á quien se destrozan sus cadenas i ve que huye espantado el amo feroz que lo oprimía con martirios.

Pero la infatigable mente de Bolivar se ocupa de más altos pensamientos.

Organiza en pocos días el gobierno de Venezuela i deja á Soublette con instrucciones para presidirlo durante su ausencia.

Mas, antes de lanzarse como robusto cóndor al espacio inmenso que tiene el propósito de cruzar, quiere reposar pocos días en su hacienda de San Mateo, valiosísima finca agrícola que ha heredado de sus padres, i á ella va con el corazón lleno de viejos amores i de brillantes recuerdos. Allí pasaron los apacibles i felices días de su niñez i de su juventud: i allí contempla ahora con tristeza los rápidos é inevitables estragos del tiempo en la mísera humanidad. La que dejó mujer robusta de tersa faz i garboso andar, la encuentra avejentada, flaca, de arrugada i amarillenta piel; la zagala inocente, esbelta i graciosa, que corría descalza i alegre por la vega siguiendo la dorada mariposa; ó la virgen que, desatada la negra cabellera sobre las blancas i sonrosadas espaldas, desvanecía las líneas de su cuerpo en el cristal ondulante de las aguas, son ahora madres con el sello en el semblante de los acerbos cuidados. Los hombres de la antigua colonia agrícola no existen: algunos que eran niños, ú otros extraños, han reemplazado á los que la guerra dispersó ó mató. Solo queda un anciano inválido que llora al ver hombre i general al infante que llevó unas veces de la mano á la orilla del río á mirar en el tranquilo i trasparente pozo como juegan los plateados pececillos; i otras veces en su caballo, sobre el pico de la silla, á recorrer el campo ó el pueblo.

El grato chichisbeo que anima el palomar; el humo que el alto torreón vomita; el gañán que sigue la enyugada pareja que

tira del arado; el cañaveral que borda la orilla del río i sacude gárrulo la muchedumbre de sus hojas: todo trae á su espíritu dulces memorias con frescuras de otros tiempos.

Aquella hacienda fue luego teatro de una guerra de exterminio: allí se batió él por muchos días con el terrible Boves: allí fue la sublime explosión que encendió Ricaurte.

Ahora, como palma de victoria, recibe en aquel campo amado la buena nueva de haberse instalado el Congreso en la ciudad del Rosario de Cúcuta, con los diputados de diez i nueve provincias, para constituir la gran República de Colombia, el más vehemente anhelo de su alma. Allí sabe también que ese Congreso, al tener noticia de la completa derrota de los españoles en la llanura de Carabobo, decretó los honores del triunfo á él i á su gallardo ejército, ordenando erigir en el famoso campo un monumento que perpetúe la hazaña i el nombre de los heroes.

El día primero de agosto se despide el Libertador de los caraqueños, i marcha camino de Bogotá por Valencia, San Carlos, Barquisimeto, Carora, Trujillo i Betijoque. De aquí baja á las orillas del gran lago, i embarcándose en una pequeña goleta va á la ciudad de Maracaibo donde el veinte i ocho es recibido con extraordinario entusiasmo. Avísasele allí que el Congreso, por el voto unánime de sus miembros le ha elegido presidente de la nueva república americana; i llamado después con urgencia á ocupar el elevado puesto, marcha para Cúcuta á donde llega el veinte i dos de setiembre.

Está ya sancionada la Constitución política de la nueva i gran nación, elaborada á la luz de los más puros principios democráticos.

El Congreso declara que la capital de la República será la ciudad de Bogotá.

Preocupado Bolivar con la idea de continuar dirigiendo la guerra al frente de los ejércitos, envía al presidente del Congreso, la admirable carta siguiente:

"Llamado por Vuestra Excelencia para venir á prestar juramento como Presidente de la República, he obedecido con gratitud á la voluntad del Congreso. Pero Vuestra Excelencia ten-

drá la bondad de someter al examen de su sabiduría las siguientes consideraciones antes de obligarme á aceptar un destino que tantas veces he renunciado"

"Cuando las calamidades públicas pusieron en mis manos las armas para libertar á mi patria, no consulté mis fuerzas, ni mis talentos: cedí á la desesperación del espectáculo de horror que ofrecía ella encadenada; i si me puse á la cabeza de las empresas militares que han continuado la lucha por más de once años, no fue con ánimo de encargarme del gobierno, sino con la firme resolución de no ejercerlo jamás. Yo juré en el fondo de mi corazón no ser sino un soldado, servir solamente en la guerra, i ser en la paz un ciudadano. Pronto á sacrificar por el servicio público, mis bienes, mi sangre i hasta la gloria misma, no puedo, sinembargo, hacer el sacrificio de mi conciencia, porque estoi profundamente penetrado de mi incompetencia para gobernar á Colombia, porque no conozco ningún género de administración. Yo no soi el magistrado que la república necesita para su dicha: soldado por necesidad i por inclinación, mi destino está señalado en los cuarteles i en los campos de batalla. El bufete es para mi un lugar de suplicio. Mis inclinaciones naturales me alejan de él tanto más cuanto que he alimentado i fortificado estas inclinaciones por todos los medios que he tenido á mi alcance, con el fin de impedirme á mí mismo la aceptación de un mando que es contrario al bien de la causa pública i aun á mi propia honra."

"Si el Congreso persiste, después de esta franca declaración en encargarme del Poder Ejecutivo, cederé solo por obediencia; pero protesto que no admitiré el título de Presidente sino por el tiempo que dure la guerra, i bajo la condición de que se me autorice para continuar la campaña á la cabeza del ejército, dejando todo el gobierno del Estado á Su Excelencia el general Santander, que tan justamente ha merecido la elección del Congreso para Vicepresidente; cuyos talentos, virtudes, celo i actividad, ofrecen á la república el éxito más completo en su administración."

El Congreso no acepta esta renuncia, i fija el día tres de octubre para recibir el juramento de Bolívar, i darle posesión del alto cargo de Jefe del Ejecutivo de la gran república

En el acto solemne de prestar la promesa de cumplir la constitución i las leyes de Colombia, Bolívar, manifiesta las mismas ideas que había expresado en su carta al Presidente del Congreso; i este Cuerpo, por decreto especial, le autoriza para mandar en persona el ejército i para ejercer facultades omnímodas en los departamentos á donde se iba á llevar la saña de la guerra.

Impulsado por singular sentimiento de abnegación, el Libertador quiere aprovechar la reunión de la augusta Asamblea legislativa para liquidar i cancelar dos cuentas pendientes que personalmente tiene con la nación; i al efecto dirige al Presidente del Congreso las dos admirables cartas siguientes:

En una escribe:

"Excelentísimo Señor: Instigado por los clamores con que mi propia familia i algunos de mis amigos i compañeros de armas se lamentaban por la miserable situación á que los había reducido su condición de patriotas, me tomé la libertad de librar una orden á mi favor por catorce mil pesos contra las cajas públicas de Bogotá en el año mil ochocientos diez i nueve."

"La lei de repartición de bienes nacionales, me asigna un haber de veinte i cinco mil pesos como general en jefe del ejército, i me da derecho para esperar asignaciones i gracias extraordinarias: i la que declara los sueldos de todos los empleos me asigna como Presidente de la República, el de cincuenta mil pesos anuales desde el año mil ochocientos diez i nueve. Renuncio desde ahora todos estos derechos i acciones, que no he percibido, i me doi por satisfecho de ellos con los catorce mil pesos tomados en Bogotá."

"El objeto á que los destiné i las sagradas obligaciones que con ellos satisfice, me han recompensado ampliamente de los derechos que renuncio á favor del tesoro público."

En la otra carta escribe:

"Excelentísimo Señor: Permítame Vuestra Excelencia que ocupe por primera vez la bondad del Congreso de Colombia con una pretensión que me es personal. Cuando en el año mil ochocientos doce caí en La Guaira en manos de los esbirros de la tiranía, fuí presentado al feroz Monteverde por un hom-

bre tan generoso como era yo entonces desgraciado, por Francisco Iturbe, quien ofreció su valiosa garantía, i hasta su vida por mi libertad, i obtuvo el pasaporte con que pude salir de Venezuela. Francisco Iturbe ha emigrado de Venezuela i sus bienes han sido confiscados. Yo ofrezco los míos para libertar los del generoso español; i si el Congreso hace en ellos alguna gracia, soi yo quien recibe los beneficios de esa gracia. No puedo olvidar jamás al hombre magnánimo que ofreció su vida por la mía; i creo que Colombia sería ingrata al castigarlo.''

Esos rasgos sublimes, joyas son preciosísimas en la corona de inmortales que ciñe la frente del Libertador.

Bolívar, impulsado por el genio de la guerra se pone en marcha para Bogotá, donde se entrega afanoso á los preparativos de la campaña.

El día mismo que las armas republicanas vencían en Carabobo, Montilla atacó furiosamente á Cartagena por tierra, eficazmente ayudado por el valiente marino patriota Padilla, que al mismo tiempo lo hizo por mar, capturando once buques realistas i dejando la plaza incomunicada con los castillos de Bocachica. El denodado español Torres, que defendía á Cartagena, acosado por el hambre i por el terrible i certero cañoneo del castillo de la Popa, tuvo al fin que aceptar la honorable capitulación que le ofreció el caballeroso general Montilla, i Cartagena, la plaza más fuerte de la América del Sur, se entregó á los patriotas. Montilla envía ahora al Libertador las llaves de oro de la ciudad rendida; pero Bolívar, aunque agradado por aquella muestra de respeto, se las devuelve al punto galantemente porque era el heroe de Cartagena quien merecía poseerlas.

Sin peligros ya por el Norte, vuelve al Sur Bolívar su mirada; i el día trece de diciembre del año mil ochocientos veinte i uno se pone en marcha para el valle del Cauca i Popayán, después de ordenar sobre esta última ciudad la marcha por diversos caminos de las columnas de *La Guardia Colombiana.*

Pasa por Purificación, Neiva, La Plata, Yumbique i Caloto, i llega á Cali el día primero del año mil ochocientos veinte i dos. Era su propósito, después de dejar en la ciudad de Po-

payán fuerza suficiente para defender la provincia de que era capital, embarcarse en el puerto de Buenaventura con dos mil hombres de las mejores tropas de La Gnardia, en trasportes que había ordenado á Sucre le enviase á dicho puerto, i desembarcar en Guayaquil acometiendo la empresa de libertar de España al Ecuador. Pero listo ya todo para llevar á cabo el bien meditado plan, sabe Bolívar que el general español Murgeon con tropas llevadas de Panamá, acababa de desembarcar en Esmeraldas i seguido á Quito para encargarse del mando de la ciudad, dejando dos fragatas de guerra que recorriesen aquellos mares.

Carecía la república de buques semejantes en el Pacífico que oponer á estos, para convoyar i defender los trasportes, i en consecuencia se cerraba á Bolívar aquella fácil vía para llevar al Ecuador su ejército: i le quedaba solo la azarosa por Patía i Pasto. El veinte i seis de enero viene á Popayán para activar las operaciones del ejército; pero este llega diezmado por las enfermedades i postrado por las fatigas de una larga i penosa marcha, de modo que Popayán tuvo más soldados en el hospital que en el cuartel.

El distrito de Patía, que debía atravesar el ejército infundía pavores por su clima mortífero i su suelo agrio i estéril; i especialmente porque estaba poblado de hombres perversos i feroces, que defendían con fanatismo la causa de la monarquía española, i que en numerosas gavillas pululaban por breñas i desfiladeros, atisbando la ocasión favorable para caer de improviso sobre pequeños cuerpos de tropa, ó sobre los correos, i cortar las comunicaciones del campo independiente con Popayán.

I hai más aún en materia de dificultades i peligros, porque al salir de Patía se cae al distrito de Pasto, tierra escabrosa que riega el Juanambú i el Guáitara, defendida por el valor indomable de sus incultos hijos, también idólatras de España.

Tales son los grandes obstáculos que se presentan para emprender la campaña sobre Quito; pero como alivio al infierno de estas preocupaciones, llega á Bolívar la fausta nueva de la

revolución que incorporaba el istmo de Panamá á la República de Colombia.

Era el istmo en poder de los españoles, barrera formidable que se interponía entre los dos oceanos que bañan las costas de Sur América; ahora, en manos de los republicanos, es puente amplio i seguro para la rápida comunicación entre los nacientes Estados del Nuevo Mundo.

Ordena al acto el Libertador la marcha del general O'Leary, i dispone que tome en el istmo el mando de mil soldados patriotas, se embarque con ellos i vaya á aumentar las fuerzas colombianas en el Sur.

Con solo tres mil soldados emprende Bolívar la campaña á principios de marzo de mil ochocientos veinte i dos, saliendo de Popayán hacia el Juanambú. Al llegar á este río, mui débil resistencia opone el ejército español que prefiere tomar posiciones en la inmediata serranía de Cariaco.

En el campo de Bomboná organiza el coronel Basilio García los dos mil hombres que forman la hueste realista, con el volcán de Pasto á su derecha; con el torrentoso Guáitara á su izquierda; i por el frente, espeso bosque, tras profundo barranco que sólo da paso por angosto puente, i sobre el cual se cruzarán los fuegos de sus tropas. Así espera el asalto de Bolívar.

A pesar de lo formidable de aquella posición, el Libertador, que tiene plena confianza en el valor é intrepidez de sus soldados, ordena dar la batalla el día siete de abril, en el orden siguiente: al general Valdez se encarga de la dirección del ataque sobre el flanco derecho enemigo con el batallón *Rifles*, guiado por el coronel Barreto, que previamente ha reconocido el terreno; i al general Pedro León Torres, la del combate por la derecha i el centro realistas con los batallones *Bogotá* i *Vargas*, i el primero i segundo escuadrón de *Guías*.

El batallón *Boyacá*, i los *Cazadores montados* i *Húsares de La Guardia*, quedan de reserva bajo el fuego de la artillería enemiga.

Rotos los fuegos, el bravo general Torres no puede pe-

netrar de modo alguno por la izquierda enemiga, i se ve obligado, para llevar adelante el ataque, á caer sobre el terrible centro que defiende el enemigo con toda su artillería i con fusileros en la opuesta orilla de la escarpada cañada, al abrigo de los troncos de grandes árboles, derribados al intento.

El soberbio empuje de los bravos republicanos es detenido por una lluvia de hierro i plomo que lanzan los cañones i fusiles realistas. En media hora, en que hace fuego á pie firme, la impávida columna patriota, ve caer mortalmente herido á su bizarro general Torres; i luego al coronel Carvajal, que sucede á Torres en el mando; i al sereno París, comandante del *Boyacá*, i á García, el valerosísimo comandante del *Vargas*, i á más de ciento de sus hombres.

Mientras así se vierte acá la sangre colombiana, el general Valdez, pie á tierra, aconsejado por su audacia i guiado por su talento militar, trepa las faldas del volcán por donde parece imposible que pueda efectuarse. Los soldados para poder subir por aquel suelo deleznable clavan en tierra sus bayonetas i se apoyan en ellas á cada paso. Defienden esta falda tres compañías veteranas españolas; pero los valientes de *Rifles* las atacan á la bayoneta, las diezman i las dispersan. Al fin *Rifles* corona la cima de la posición enemiga, i la llave del campo de batalla cae en manos de Bolívar, quien ordena al instante al coronel Pulido, benemérito jefe del batallón *Vencedor*, que asalte á la bayoneta las trincheras que el enemigo defiende con su artillería; i así se efectúa, dejando en otra media hora de fuego cien valientes más tendidos en aquel horroroso campo.

El ejército español se declara en derrota; pero ya la noche arroja sus sombras para salvarlo de una completa destrucción.

Falto de víveres i rodeado de mil dificultades, el Libertador pasa algunos días en Consacá, cuidando sus heridos i dando descanso á sus tropas. Envía una comisión en busca de refuerzos i alimentos á Popayán, repasa el Juananbú i acampa en las poblaciones contiguas á Patia.

El día veinte i seis de marzo llegan los refuerzos esperados i se emprende de nuevo la ofensiva.

Es el anhelo de Bolívar ocupar á Pasto, país abundante en recursos de todo género i base de primer orden para las operaciones militares.

Antes de combatir, quiere poner á prueba los recursos de su diplomacia i entabla negociaciones con García tan sagaz i astutamente que al fin le trae contento al camino de la paz. Concede á este jefe i á los pastusos una generosa capitulación; i por fin, el día treinta de mayo ocupa la ciudad, antes no pisada por tropas independientes.

I para colmar la justa alegría que por este feliz suceso anima el corazón de Bolívar, allí recibe el parte oficial de la gloriosa batalla de Pichincha, ganada por Sucre, que completa la libertad de todo el territorio colombiano.

Sucre da cuenta de ella al Libertador en los términos siguientes:

"Después de la pequeña victoria de nuestros granaderos i dragones sobre toda la caballería enemiga en Riobamba, ninguna cosa había ocurrido digna de particular mención. Todos los cuerpos de la división de mi mando se movieron el día veinte i ocho de abril i llegaron á Tacunga el día dos de mayo. Allí recibí el auxilio de trescientos soldados, resto de los ochocientos que por orden del Libertador me fueron enviados desde Panamá. Los españoles estaban situados en el pueblo de Machachi, i cubrían los inaccesibles pasos de Jalupana i La Viudita. Fue necesario excusarlos haciendo una marcha sobre su flanco izquierdo, i moviéndonos el trece, llegamos el diez i siete á los valles de Chillo, que dista cuatro leguas de Quito, después de haber pasado las heladas lomas del Cotopaxi. El enemigo descubrió nuestra operación i vino á ocupar la capital el mismo día diez i seis en la noche."

"La colina de Puengasi, que divide el valle de Chillo de esta ciudad de Quito, es de mui difícil acceso; pero, burlando la vigilancia del enemigo, la trasmontamos el día veinte. El veinte i uno bajamos al sitio de Turubamba en la cercanía de la capital i presentamos batalla al enemigo; pero este no abandonó sus impenetrables posiciones, i fue preciso situar la división en el pueblo de Chillogallo, una

milla distante del enemigo. Los días veinte i dos i veinte i tres provocamos de nuevo á los españoles sin resultado alguno; i desesperado de conseguir que se trabase allí la batalla, resolví marchar por la noche á colocarnos al norte de la ciudad, adelantando al efecto al coronel Córdova con dos compañías del batallón *Magdalena*. Lo escabroso del camino retardó mucho nuestra marcha; pero á las ocho de la mañana del veinte i cuatro llegamos á las alturas del Pichincha que dominan á Quito, dejando mui atrás nuestro parque cubierto con el batallón *Albión*. La compañía de cazadores del batallón *Paya* fue destinada á reconocer las avenidas, mientras que las tropas reposaban; i luego fue seguida por el batallón *Trujillo*, dirigido por el coronel Santa Cruz, comandante general de la división que desde el Perú envió en nuestro auxilio el general San Martín."

"A las nueve i media dió la compañía de cazadores con toda la división española, que marchaba por nuestra derecha hacia la posición que teníamos, i roto el fuego lo sostuvo mientras conservó municiones, dando tiempo á que oportunamente llegase el batallón *Trujillo* i comprometiese el combate. Seguidamente llegaron á reforzar este batallón dos compañías de *Yaguasi*. El resto de nuestra infantería á las órdenes del general Mires, seguía el movimiento, excepto las dos compañías del *Magdalena* con que el coronel Córdova marchó á salir á espaldas del enemigo, porque encontró obstáculos insalvables i tuvo que retroceder. Cuando fueron consumidos los cartuchos de los cuerpos que habían comenzado el combate, i que necesariamente tenían que retirarse, el batallón *Paya* marchó á reemplazarlos, logrando los españoles en esta circunstancia ganar un poco de terreno; pero dada orden á *Paya* de cargar á la bayoneta, i ejecutada esta operación con admirable brío, el enemigo perdió la ventaja que había logrado, i se restableció de nuevo el fuego sostenido por los españoles, á quienes amparaba la maleza del terreno que no permitía que entrase más de un batallón en el combate. El enemigo destacó tres compañías de *Aragón* á flanquearnos por la izquierda, i á favor de la espesura del bosque conseguían ya estar sobre la cima, cuando llegaron las tres compañías de *Albión*, que se habían atrasado con el

parque, i cargando con la bizarría que siempre ha distinguido á este cuerpo, pusieron en completa derrota á los de *Aragón*. Entretanto el coronel Córdova tuvo la orden de relevar al batallón *Paya* con las dos compañías del *Magdalena;* i este jefe, cuya intrepidez es mui conocida, cargó con admirable denuedo; i, desordenado i derrotado el enemigo, la victoria, cuando el sol brillaba en el meridiano, dió su laurel á los soldados de la libertad. Reforzado Córdova con los cazadores de *Paya*, con una compañía de *Yaguachi* i con las tres de *Albión*, persiguió á los españoles, entrándose hasta la capital i obligando á los restos del enemigo á encerrarse en el fuerte de Panecillo."

"Aprovechando este momento pensé ahorrar la sangre que me costaría la toma del fuerte i la defensa que permitía aún la ciudad, é intimé verbalmente al general Aymerich por medio del edecán O'Leary para que se rindiese; i en tanto me puse en marcha con todos los demás cuerpos de la división, i los situé en los arrabales, destinando al coronel Ibarra, que había acompañado en el combate á la infantería, para que fuese con nuestra caballería á perseguir la del enemigo que observaba se dirigía camino de Pasto. El general Aimerich ofreció entregarse por una capitulación que fue convenida i ratificada al día siguiente en los términos que Su Excelencia verá en la adjunta copia que tengo la honra de someter á su aprobación."

"Las resultados de la jornada de Pichincha han sido: la ocupación de la ciudad de Quito i de sus fuertes el día veinte i cinco en la tarde; la posesión i tranquilidad de todo el departamento; i tener del enemigo mil cien prisioneros de tropa, ciento sesenta oficiales, catorce piezas de artillería, mil setecientos fusiles, i los demás elementos de guerra que poseía el ejército español en esta plaza."

"Cuatrocientos cadáveres del enemigo i doscientos de nuestras tropas cubrieron el campo de batalla; i cuidamos de ciento noventa heridos realistas i ciento cuarenta republicanos."

"Todos los cuerpos del ejército patriota cumplieron sus deberes en el combate: jefes, oficiales i soldados se disputa-

ban la gloria del triunfo; pero debo hacer especial mención de la gallarda conducta del teniente Calderón, que habiendo recibido consecutivamente cuatro heridas, no quiso retirarse de la pelea."

"Espero que Su Excelencia habrá rendido ya á Pasto."

"La división del Sur ha dedicado sus trofeos i sus laureles al Libertador de Colombia."

Terminada la lectura de la interesante relación de la trascendental batalla de Pichincha, Bolívar dispone la marcha á Quito; i esta ciudad le recibe enardecida de insólito entusiasmo el día diez i seis de junio.

Cinco días después, mui de mañana, Bolívar habla á solas con Sucre, i le dice:

—Tengo que ir á practicar una inspección importantísima sobre el camino de Riobamba; pero deseo que nadie se aperciba de ella. Aunque después de la completa i gloriosa victoria que acabais de obtener, no hai temor alguno de ataque por españoles en ningún punto de este departamento, por cumplir con las leyes de la prudencia militar, quiero que ahora mismo hagais marchar un batallón por esa vía con orden de acuartelarse en Ambato i esperar allí nueva disposición. Luego, á la media noche yo partiré acompañado de dos edecanes i de un piquete de caballería que para esa hora espero estará listo.

Sucre dice al Libertador que va á disponerlo todo según sus deseos; i al efecto le deja solo para ordenar el viaje del batallón sin demora alguna.

En la tarde del día siguiente la bella aldea de Ambato, reclinada á la falda del gigantesco Chimborazo está alegre i bulliciosa con la llegada del Libertador i de un cuerpo de los vencedores en Pichincha, quienes saborean contentos el sabroso i recien horneado pan de la rica harina de sus abundantes trigales, i duermen tranquilos en el fresco ambiente de aquel valle.

Al otro día Bolívar, acompañado de dos edecanes i de dos pajes se dirige á caballo á la inmediata falda de la inmensa montaña. Después de algunas horas de marcha han

ascendido á la llanura de Tapia, casi desnuda de vegetación, porque las heladas nocturnas no dejan que el arbusto prospere; apenas escasa yerba que cubre su suelo sirve para que pasten en ella algunos rebaños de llamas. Siguen luego al pueblito de indios llamado Calpi, que aparece á la falda del Chimborazo como grupo de hongos pegado á una roca: i allí decide el Libertador tomar algún alimento i reposar durante toda la noche.



A la mañana siguiente ordena á sus dos edecanes i á uno de los pajes le esperen en aquel sitio hasta su vuelta, i acompañado del otro paje continúa á caballo ascendiendo en la montaña.

—¡¡ Una tienda de campaña !! grita admirado el paje al divisar una que aparece armada adelante en el camino.

—Esa, exclama el Libertador, la mandé preparar anticipadamente para que me sirviese de refugio en este viaje: en ella vas á entrar ahora con nuestros dos caballos para esperar mi regreso. Enciende dentro con esas ramas secas una pequeña hoguera para mitigar el frío: i da á nuestros caballos el trigo que les traes en las alforjas.

—¿Y va el Libertador á seguir á pie i solo? pregunta asombrado el paje.

—Sí: tengo que cumplir una promesa hecha por la Patria.

Bolívar comienza á pie la penosa ascención. A poco á su derecha brillan los encantos de Eroclea; i á su izquierda la arrogante belleza de su hija Colombia; i los tres llegan alegres á la meseta de Sisgún, á más de doce mil pies de altura sobre el oceano. Han desaparecido allí todas las plantas alpinas i sólo nace en aquella tierra fría, raquítica yerba i rastreras criptógamas.

¡Cuánta soledad en esas alturas! Cuánto silencio en ellas! A los quince mil pies ha cesado toda vegetación: la nieve lo cubre todo con su blanca i fría mortaja: solo en partes donde la roca cortada á pico no permite que aquella se deposite, aparece el obscuro color de la piedra contrastando con la nivea albura.

El aire tiene el frío del hielo, i Bolívar empieza á sentir el terrible mal de la montaña: vértigos tremendos; nauseas angustiosas; fatiga inmensa; sangran sus encías i sus labios, i están enrojecidos sus ojos: su pulso bate ciento seis veces en cada minuto.

—Oh! padre mío, dice Colombia: veo que sufres mucho. Madre mía, qué auxilio puedes dar á mi padre?

—Aquí tienes, Bolívar, dice Erodea, el divino licor que ha de revivir tus fuerzas i tu ánimo: en estas alturas todos los hombres se desvanecen.

Bebe Bolívar del dulce licor que su celestial esposa le ofrece, i después de reposar un poco, continúa con nuevos bríos la difícil ascensión.

La cresta sobre que marchan, apenas de un pie de an-

chura, i que los llevará á la cumbre de la montaña tiene á un lado, abrupta falda de nieve endurecida que brilla á la luz del sol como el azogado vidrio de un espejo; i al otro, abismo de mil pies de profundidad. La nieve depositada sobre el hielo de la angosta senda, resbala al ser pisada por Bolívar, i cada paso es un peligro.

Ya quedan atrás, exclama Eroclea, las huellas de Humboldt i de Bompland, predilectos de Sofía, quienes, precisamente hoi, hace veinte años, treparon audaces los primeros, las heladas faldas de este coloso de Los Andes.

A poco una inmensa roca se desprende i rueda rompiéndose pero sin producir ruido alguno. Lo enrarecido del aire hace casi imperceptible el sonido.

La ascención se hace cada vez con mayor lentitud.

A la mitad del día toma Bolívar ligero refrigerio i nueva copa del divino licor para poder continuar. El frío intenso hace insoportable el más ligero soplo de los vientos, que tocan como garra sobre la amoratada mejilla: el reflejo de la luz sobre aquel mar de nieve hiere duramente la vista; i la respiración es casi imposible.

Cinco horas emplea Bolívar en subir los últimos mil pies hasta alcanzar la soberbia cumbre. Allí se alza magestuoso el templo de Mitomante, rodeado de gruesas columnas de negro pórfiro. A la puerta está de pie el imponente catágelo, anciano de mejillas sonrosadas, cubierta la cabeza de blanca cabellera; i su faz augusta, de larga barba, como sus cabellos, blanca.

—Os esperaba, dice á los tres viajeros que se acercan á la puerta del templo, según me lo había anunciado la bella Eroclea. ¿Es este hombre, Bolívar, vuestro espiritual esposo, el Libertador, i esta niña vuestra hija, Colombia?—Entrad: entrad.

Una semi-oscuridad misteriosa hai en la nave del templo; i á su fondo se ve brillar inmenso globo de oro, i á cierta distancia, otro pequeño i obscuro, que marcha girando sobre sí mismo en torno al aureo centro.

—El sol i nuestro mundo, dice Bolívar, después de contemplarlos un instante.

—Es el reloj del templo, agrega Mitomante.—I bien, qué queréis de mí, les dice luego, viendo á los tres.

—Oidme á mí sola un instante, dícele Eroclea, caminando con el anciano al interior del templo i hablándole allá tan quedo que solo él puede oirla.

—Bien, exclama luego Mitomante, decid á vuestra hija que entre por aquella puerta i espere sentada bajo la bóveda de la alta cúpula, i quedaos aquí vosotros dos.

Mientras Colombia marcha al sitio designado, Mitomante dirígese al altar de mármol blanco, que al pie del curioso reloj se alza, i abre un inmenso libro que sobre él está. Hojéalo lentamente; confronta páginas: medita algún tiempo como quien calcula; ciérralo i vuelve á donde Bolívar i Eroclea esperan ansiosos el vaticinio de la suerte final de su amada i bellísima Colombia.

—Oid, díceles el venerable anciano; vuestra hija morirá el mismo día i en el mismo instante que muera su padre: su cuerpo en ese momento perderá todas las condiciones catágelas i le quedarán sólo las humanas.

Bolívar palidece; quiere hablar i no puede: de sus inflamados ojos saltan dos lágrimas que, heladas, ruedan al pavimento del augusto santuario.

Eroclea inclina la cabeza; cruza sobre su pecho los bellos brazos i suspira.

—Ahora, exclama Mitomante, podéis marcharos por donde está la hija de vuestros amores, i salir por la puerta del fondo. Que la virtud os guie.

Al salir fuera del templo el paisaje más espléndido aparece á la vista. Limpia la atmósfera de toda niebla, es inmenso el campo que se descubre desde aquella altura. Al oriente, la hilera de volcanes Sangai, Tunguragua, Yangarate, Cotopaxi i Antisana; al norte los cráteres del Iliniza, del Corazón i del Pichincha; al fondo de todas esas cumbres la tierra verde; i hacia el suroeste, el golfo de Guayaquil i el horizonte del océano.

Colombia, que permanece como sus padres, sumida en la contemplación de aquel admirable panorama, al fin rompe el silencio exclamando:—Tengo la belleza de mi madre i el alma vigorosa de mi padre: quiero vivir para ser grande: me siento con fuerzas para serlo: tengo envidia al Chimborazo! Los encantos con que Dios me ha dotado, atraerán sobre mí las

miradas i las simpatías de las naciones: el cultivo que daré á mi inteligencia será tan vasto i profundo que la sabiduría me otorgará también sus favores: bella i sabia; arrogante i digna; virtuosa i noble; altiva i valerosa; rica i magnánima, seré la admiración del mundo. ¡ No es verdad, padre mío?

—Así te he soñado yo, adorada hija, dice Bolívar, oprimiendo con la bella cabeza su afligido corazón, é inprimiendo un beso en la tersa i amplia frente, sobre la cual caen al mismo tiempo sus lágrimas.

Eroclea por vez primera también llora.

—No comprendo vuestras lágrimas porque hablo así, dice Colombia.

—Lloramos, hija idolatrada, de amor i de orgullo, exclama Eroclea.

Breve tiempo después los tres viandantes descienden silenciosos la montaña. El sol se oculta detrás del lejano horizonte, i las estrellas comienzan á brillar numerosas en un cielo sin nubes.

Media noche es cuando llega Bolívar solo á la tienda donde le espera su paje.

—Mi general, exclama éste, al verle entrar envuelto en su gruesa capa, los ojos inflamados i los labios sangrientos; mi general, cómo es que no os habeis muerto! Qué puede irse á buscar á ese campo de nieve? Venid á calentaros un poco al lado de estas brasas; comed un pedazo de esta carne i de este pan, i bebed un poco de este vino.

—Bolívar se sienta pensativo sobre una peña que hai al lado de la ardiente hoguera, toma un bocado de la carne i del pan que le ofrece el paje, i bebe después un cántaro de vino.

—Ensilla i vamos pronto á salir de este infierno sin llamas, exclama luego, poniéndose de pie.

El paje ejecuta al punto la orden del Libertador, i ambos á poco descienden la cuesta de la helada eminencia

Asoma la sonrisa del alba por el oriente cuando Bolívar i su paje entran á Calpi, i son recibidos como gente salvada de inminente peligro de muerte.

Tomada una taza de caliente i aromático café, que los edecanes del Libertador tenían preparado, síguese viaje para Ambato i de allí para Quito.

En los primeros días de julio, abandona Bolívar la capital ecuatoriana i se dirije á Guayaquil. Los pueblos del camino le tributan ovaciones espléndidas; i el día once llega á la importante ciudad que baña sus márgenes en el famoso puerto del Pacífico.

Guayaquil, que había asumido hasta entonces su independencia regional, pero de modo vacilante é insostenible, únese á la gran República, amada de Bolívar; i Colombia, la magnífica nación, queda completa entre los amplios marcos que le había fijado el Libertador desde Angostura.

El veinte i cinco de aquel mes se avisa á Bolívar que el general San Martín ha llegado á la ría.

Inesperada es aquella visita del ilustre vencedor en Chacabuco i en Maipó, egregio Protector del Perú, i Bolívar se apresura á enviarle sus saludos i á manifestarle el sentimiento que experimenta por no haber tenido oportuno aviso de tan honroso i fausto suceso que le hubiese dado tiempo á preparar un recibimiento digno de tan eminente personaje.

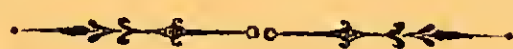
Al aproximarse al puerto en la mañana del día veinte i seis la nave que conduce á San Martín, Bolívar va á bordo, i sobre aquella gloriosa cubierta se abrazan estrechamente los dos grandes libertadores de la América del Sur; i Guayaquil, presidida por Bolívar, colma de honores i de agasajos al esclarecido argentino, mientras permanece en el recinto de sus muros.







ETAPA SEXTA



AYACUCHO

Después de pasados dos días en la alegre Guayaquil, el general San Martín regresa al Perú. Desde Lima pide á Bolívar auxilios de tropas para continuar la guerra contra el ejército español que en la tierra de los antiguos incas se reorganiza activamente.

El Libertador dispone que sin demora alguna vuelva al Perú la división del general Santa Cruz que había sido enviada por el Protector como axiliar al ejército colombiano en el Ecuador, habiéndose repuesto en ella todas las bajas que había sufrido durante la gloriosa campaña. Pocas semanas después dos mil soldados colombianos marchan á Lima á ponerse á las órdenes del general San Martín

El Protector del Perú convoca un Congreso nacional; i el veinte de Setiembre, dos meses después de su conferencia con Bolívar, resigna en la Augusta Asamblea el mando Supremo de que estaba investido i se embarca en el Callao para Valparaiso, retirado á la vida privada por propia é irrevocable determinación. De Valparaiso va á Santiago, i de allí á su amada ciudad de Mendoza, que se ostenta reclinada á la cuesta colosal de los Andes donde termina la inmensa llanura del Plata.

Separado San Martín del Gobierno del Perú, el Congreso deposita el mando de la nación en un triunvirato presidido por el general La Mar.

La futura suerte del Perú es ahora la preocupación permanente del Libertador porque ella puede envolver la suerte de Colombia i de la América entera.

I, ciertamente, si vuelven los españoles á adueñarse del Perú, la reconquista de Chile será para ellos fácil empresa; i luego Colombia podrá ser rudamente atacada por el sur al mismo tiempo que nuevas espediciones desembarcarán sobre su dilatada costa en el mar Caribe. Buenos Aires, temerosa del Brasil, se limitará á defender su propia independencia entonces tan amenazada i comprometida.

Bolívar ofrece nuevos auxilios á la Junta gubernativa del Perú, i ve con dolor que son por ella desdeñados. Se tenían celos de la gloria del Libertador. La falaz intriga germinaba i crecía allí al lado de los reclamos augustos de la patria. La incorporación de Guayaquil á Colombia era el pretexto para despertar desconfianzas en las Repúblicas del Sur; i de ella hablaba la malignidad como de una usurpación consumada por Bolívar para que le sirviese de base á ulteriores propósitos de despotismo.

Las tropas colombianas que fueron enviadas á San Martín, inspiraron recelos al nuevo gobierno peruano i regresan á Colombia.

Pero la situación del Perú se agrava más i más cada vez. Sobre ella tiene Bolívar fija su mirada escudriñadora. La anarquía reina en las esferas de su gobierno; su erario está escaso; su ejército desmoralizado, i minado por el descontento de sus jefes; la independencia está amenazada de próxima ruina por dos fuerzas destructores: la discordia civil i el enemigo español, á quien el orgullo hace audaz, i terrible la debilidad contraria. La emisión de papel moneda, espantoso i debilidad contraria. La emisión de papel moneda, espantoso i devorador pulpo económico de las naciones, decretada por el Congreso peruano, hiere de muerte el crédito mercantil i aumenta el malestar general.

Inesperada atención viene á distraer en aquellos angustiosos momentos los altos pensamientos de Bolívar. La provincia de Pasto se insurrecciona en favor de España, acaudillada por un nuevo Boves. El Libertador confía á Sucre la destrucción de aquella horda infame. Sucre con sus tropas la alcanza en Yacuanquer en el mes diciembre; i Sandes á la cabeza del famoso batallón *Rifles;* i Córdova al frente del que se nombra *Bogotá*, la cargan i la arrollan hasta sus atrincheramientos, donde combate temerariamente, como encerrada puma, i deja sacrificados á cuantos la formaban fanáticos. Su jefe puede escapar i huye casi solo por el río Marañón hasta el Brasil.

Salvada aquella dificultad i dictadas cuantas disposiciones sugieren la inteligencia i la experiencia para que no sea un amago constante á la pública tranquilidad, aquella provincia tan amiga de su esclavitud, vuelve al Perú Bolívar sus miradas, que allí la situación se ha agravado hasta el colmo de la angustia, por el resultado de la batalla librada en Moquegua el día diez i nueve de enero del nuevo año mil ochocientos veinte i tres, en la cual el general español Valdez destruyó completamente el ejército patriota de cuatro mil soldados, que mandaba el general peruano Alvarado.

Ese desastre hace ver á los enemigos del yugo colonial, la inminencia del peligro en que se halla el Perú, i los jefes i oficiales de las tropas acantonadas cerca de Lima, dan voz de alarma al Congreso, i le piden nombre al eximio ciudadano Riva Agüero presidente de la República. El Congreso vacila primero, pero luego accede i hace el nombramiento pedido.

El primer acto del nuevo presidente es enviar á Guayaquil un comisionado que á nombre del Perú dé cumplida satisfacción á Bolívar por el desaire que había sufrido del anterior gobierno en sus generosos ofrecimientos, i solicite de él los auxilios que antes había ofrecido

Bolívar, en cuyo ánimo todo rencor se extinguía ante los reclamos del patriotismo, envía al instante cuatro mil soldadados; i pide al Congreso de Colombia permiso para ir al Perú á mandar el ejército.

Rumores de discordia entre Venezuela i Nueva Granada llegan hasta Bolívar á mortificar su corazón i á exaltar su pensamiento: esquiveces de Caracas tienen á Bogotá ofendida. Pero el Libertador con la elocuencia que da á su estilo el conocimiento exacto de la situación política en Sur-América, escribe innúmeras cartas á sus amigos de ambas ciudades, i logra, al menos en aquellos momentos, disipar la hosca nube que se iba levantando en el horizonte.

Nueva embajada del Perú viene á reclamar su presencia en aquella tierra donde el enfurecido español lucha formidable i cruel; pero tercera sublevación en Pasto le detiene otra vez en su ya deliberado propósito de marchar á combatir en la tierra de los incas por la libertad americana.

Reducidos á paz los altaneros pastusos con rudísimo castigo, Bolívar va á Guayaquil para estar cerca del teatro de la guerra; mas ¡o crueles i frecuentes contrariedades! sabe allí que Morales, el feroz compañero del terrible Boves, que había reemplazado á La Torre en el mando del ejército realista en Venezuela, por una habilísima estratagema, se había adueñado de la ciudad de Maracaibo, é invadido las provincias de Trujillo i de Mérida. Teme el Libertador que aquel atrevido movimiento tenga fatales resultados á la indepen-

dencia de Colombia, i emprende activa marcha para Bogotá. Por fortuna para la causa de la independencia, á la cuarta jornada recibe cartas de la capital colombiana en que se le anuncia que Morales ha tenido que retroceder á encerrarse en Maracaibo, i que allí tendrá que sucumbir dadas las disposiciones ordenadas para atacarlo.

En Quito recibe Bolívar una tercera embajada del Perú, enviada ahora por su Congreso, i confiada á Olmedo, poeta eminente, i á Sánchez Carrión, patriota esclarecido por sus virtudes i por su talento.

"El Congreso del Perú, dice Olmedo á Bolívar, nos envía á renovar á vuestra excelencia sus sentimientos de gratitud, i para reiterar sus ardientes deseos de que vayais á su suelo á poner pronto i glorioso término á los males de la guerra. Los enemigos de la independencia han ocupado la capital de la república: la devastación sigue por todas partes la marcha del engreído i sanguinario Canterac: todas las huellas de sus pasos quedan cubiertas de sangre i de cenizas. Id como vengador de la América: el Perú es nuevo i vasto campo á vuestro patriotismo, á vuestro valor, á vuestras hazañas, á vuestra gloria."

Bolívar i los comisionados marchan á Guayaquil, dònde el Libertador recibe del Congreso Colombiano el permiso que ha solicitado para ponerse en el Perú al frente del ejército republicano. No pierde tiempo alguno: todo lo alista infatigable: se embarca en el bergantín *Chimborazo* i zarpa para el Callao el día siete de agosto del mil ochocientos veinte i tres, aniversario de la famosa batalla de Boyacá.

Cuando llega el Libertador al Callao, observa que la anarquía más espantosa venía disolviendo las filas republicanas en presencia de un enemigo fuerte por su número i vigoroso por su soberbia.

De aquel puerto había zarpado días antes una espedición al mando del general Santa Cruz para el Sur del Perú, al mismo tiempo que Canterac con ocho mil hombres marchaba sobre Lima. En la hora del conflicto, el Congreso i Riva Agüero nombran á Sucre general en jefe de las tropas; i el experto capitán decide abandonar á Lima i venir á fi-

jar sus tiendas al Callao. Canterac entró á Lima, sacó de la temerosa ciudad cuantiosos recursos, i marchó luego á combatir á Santa Cruz. Dióse entonces Sucre á la vela con tres mil hombres para ir en auxilio de aquel jefe. El Congreso i Riva Agüero luchan entretanto desacordados: el Congreso depone de su empleo á Riva Agüero i se traslada á la ciudad de Trujlllo. Riva Agüero, por su parte, decreta la disolución del Congreso i resuelve sostener su carácter de Jefe de la República. Torre Tagle convoca i reune en Lima el Congreso que declara traidor á Riva Agüero.

¡ Qué caos ! El Libertador se ofrece de mediador en aquel bochornoso conflicto, i el Congreso lo autoriza ampliamente para poner fin á tan triste situación de discordia al frente del común enemigo; pero no obtiene resultado alguno con sus amistosas gestiones, i al fin marcha con cuatro mil hombres á someter á Riva Agüero. Preso este i sus principales secuaces i expatriados, surgen á poco dificultades semejantes con el nuevo jefe del Ejecurivo. El Callao se subleva i es entregado á los españoles, i Torre Tagle mismo va luego á incorporarse á los traidores.

Abandonada Lima, ocúpanla nuevamente los realistas, cuyo ejército ha crecido ya hasta diez i ocho mil soldados: casi todos las provincias del Perú están ocupadas por las armas españolas; i lo que es más doloroso, la causa de la independencia está desacreditada por los extravíos de sus propios defensores.

El Libertador va á establecer su cuartel general en Huamachucho: ordena la fortificación de algunos pasos de los Andes i hace grande acopio de ganados i de granos para la alimentición del ejército que organiza con pasmosa celeridad.

Como refrigerio á su atormentado espíritu llegan las noticias pue recibe de Bogotá sobre la sólida paz que impera en toda la gran República de Colombia.—Padilla, el gallardo marino independiente, había triunfado de modo decisivo i glorioso el veinte i cuatro de julio del año anterior en un sangriento combate naval, librado en las aguas del gran lago de Maracaibo, donde quedaron aniquilados los últimos enemigos de Venezuela.

Fortuna grande es para Bolívar que aquella peligrosísima situación en que se halla al frente de la causa peruana, venga á ser mejorada por las disenciones que surgen entre varios jefes realistas, tan profundas i ardientes que van hasta combatir en batalla campal unos con otros. A tanto desprecio había llegado en el ánimo de los jefes españoles, el poder i la fuerza de la República peruana, que no temieron sacar á la luz del escándalo la rencilla que los dividía. I á la verdad, el estado de organización en que se hallaba el ejército patriota, no permitió á Bolívar aprovecharse, como era natural, de aquellas disenciones en el campo enemigo.

El quince de junio del año mil ochocientos veinte i cuatro, tramonta Bolívar la cordillera por diferentes pasos; avanza hasta Huanuco por la vía de Olleros; i va á Pasco. Allí ordena definitivamente la hueste patriota: nombra general en jefe á Sucre, i jefe de Estado Mayor General á Santa Cruz.—Córdova, La Mar i Lara mandan respectivamente la primera, la segunda i la tercera división del ejército.—Carvajal es el jefe de la caballería colombiana, i Miller lo es de la peruana. Correa manda las guerrillas. El Libertador pasa revista á siete mil setecientos combatientes. Las guerrillas alcanzan á mil quinientos.—Bolívar ha comunicado su admirable entusiasmo al ejército que le sigue i le aclama deseoso de librar la primera batalla.

La fuerza libertadora emprende sus operaciones el día dos de agosto, al mismo tiempo que el campo español deja sus acantonamientos de Jauja i Tarma para buscar las falanges patriotas. Mientras el ejército realista marcha al norte por el camino de Reyes, el independiente marcha al Sur por la derecha del río Jauja. En la segunda jornada de las tropas libertadoras sabe Bolívar el camino que lleva su enemigo, i ordena continuar la marcha con el mismo rumbo para caerle por la espalda, ó interponérsele en caso que quisiera contramarchar. El día seis llega Bolívar al sitio de Canocancha, donde se le informa que todas las fuerzas españolas, compuestas de ocho batallones, nueve escuadrones i nueve piezas de artillería de campaña, al mando del general Canterac se halla en Carhuamayo. Bolívar dispone entonces ha-

cer una marcha directa i forzada á Reyes, donde los enemigos deben tocar al retroceder, i se promete celebrar allí el aniversario de Boyacá con una nueva victoria que dé libertad i paz al Perú. Supuesto que los españoles han salido á buscarlo, es evidente que no excusarán dar una batalla.

Aunque la marcha del ejército patriota se precipita extraordinariamente, queda burlada la esperanza del Libertador i de su entusiasta ejército, porque al llegar las primeras avanzadas con Bolívar á la altura que domina la pampa de Junín, que se extiende al sur de la laguna de Reyes, ya el ejército de Canterac ha atravesado la llanura, i apenas se ve la retaguardia de los infantes cubierta por numerosos i ordenados escuadrones, que siguen rápidamente la marcha para Tarma. La impaciencia hace explosión en el ánimo del Libertador: su infantería está aún á dos leguas de distancia i son ya las cinco de la tarde: sólo piensa en detener la marcha del enemigo arrojando sobre su retaguardia siete escuadrones de caballería al mando del valiente argentino Necochea, los cuales parten al trote hasta llegar á la limpia pampa. Obligado Canterac á rechazar aquel ataque para no desordenar su retirada, i confiado al mismo tiempo en la superioridad de su caballería, forma con ella tres cuerpos i con una brillante maniobra carga al galope la replublicana por el frente i por el flanco izquierdo. Dos escuadrones solamente puede Necochea formar en batalla para recibir la carga realista: al resto de la caballería independiente, que marcha todavía en columna entre un cerro i un pantano, no le es dado desplegarse. La caballería patriota espera sinembargo á pie firme aquella huracanada embestida, i el choque que se sucede es espantoso: ambas huestes empiezan á acuchillarse sin misericordia Necochea, bañado en su propia sangre se arroja impetuoso sobre los enemigos: Lucas Carbajal, el bravo jefe de la caballería colombiana, derriba furioso con su terrible lanza á cuantos se ponen á su alcance: Miller, el jefe de la caballería peruana, con habilidad i denuedo, flanquea el enemigo i divide el impulso de su acometida. Varios escuadrones patriotas son arrollados i desordenados; pero el valeroso venezolano Laurencio Silva, empinándose sobre la confusión de los suyos, los junta i ordena de nuevo, vuelven cara á los escuadrones españoles que los rodean, i luchan con ellos ira-

cundos hasta que logran rechazarlos. El capitán Camacaro, con la compañía qué manda de los *Húsares de Colombia*, cae por la espalda á los escuadrones enemigos i siembra en ellos la confusión i el pánico. La caballería realista empieza á desordenarse ante aquella briosa resistencia: la seguridad del triunfo que al principio les dió indómito coraje, trócase en la descofianza de lograrlo que les infunde miedo. Apenas los patriotas notan esa vacilación en su enemigo, cárganlo con mayor impetuosidad; i pronto los escuadrones españoles, dispersos sobre la inmensa pampa, son lanceados por los patriotas i perseguidos hasta las mismas masas de su infantería, que espera inactiva el término de aquel duelo gigantesco de centauros armados.

Cuatrocientos caballos ensillados, sin ginetes, de los escuadrones españoles galopan asustados por aquel campo, i muertos ó heridos yacen sobre el césped de la llanura los que fueron sus dueños en el combate. Cuarenta i cinco muertos i noventa i nueve heridos están también tendidos allí de los ginetes republicanos. El admirable jefe de ellos, Necochea, sangra postrado por siete heridas que en su cuerpo abrieron las lanzas i los sables enemigos.

El cansancio del ejército patriota, la noche que llega i los difíciles caminos, hacen imposible la persecución de la hueste realista, que se retira con asombro de aquel sangriento campo de Junín, donde nuevo laurel conquista la causa de la independencia americana.

Canterac i su ejército continúan en precipitada retirada hacia las provincias del Sur.—Bolívar i el ejército libertador ocupan el fértil valle del Jauja. El día trece está en Huancayo: el veinte i ocho en Huamanga.

Los españoles han pasado el Apurimac i destruido todos los puentes, excepto el de Ocopa. Es verdad que sufre pérdidas en su precipitada marcha; pero las repone al instante con los reclutas i bagajes que de antemano tiene preparados en el camino de su retirada; i como cada vez se acerca más á su centro de operaciones, se hace más formidable á proporción que sobre él marcha.

Sucre con el ejército avanza hasta Chilhuanca, mientras

Bolívar con su Estado Mayor recorre la provincia de Apurimac, arrostrando las dificultades que le ofrece el tiempo lluvioso de aquella época.

Durante esas exploraciones recibe Bolívar noticias de haber realizado el gobierno del Perú, un empréstito en Londres i que á su disposición estaban tres millones de pesos para los gastos de la campaña. Avisábasele al mismo tiempo la marcha de un nuevo cuerpo de ejército pedido en auxilio al gobierno de Colombia.

Por estas circunstancias resuelve el Libertador marchar á la costa, dejando el mando del ejército á Sucre, admirable capitán, de conocimientos técnicos en el arte militar; de carácter bondadoso pero digno; de valor sereno, sin las arrogancias del ensimismamiento; activo sin precipitación; inteligente sin vanidad, i de honradez incontrastable.

Queda en hábiles manos la espada directora de aquella trascendental campaña.

El siete de octubre parte Bolívar de Sañaico i llega el diez á Andahuailas: sigue por Huamanga i Huancavelica i entra á Huancayo el veinte i cuatro.

En esta aldea recibe correspondencia de Bogotá que hiere su espíritu con envenenados dardos. La vil intriga teje allá falaz sus malhadadas redes para aprisionar odios i amasarlos contra él. Desentraña con espanto i tristeza el espíritu malévolo que encierra una lei i un decreto dictados por el Congreso Colombiano, i piensa por un momento abandonar el mando de aquel ejército que le es tan querido.

Pocos días después, la voz de ese mismo ejército que le aclama cariñoso, descarga su corazón del acíbar que le servía de cruel tósigo.

Un doloroso desastre en las filas republicanas le lanza de nuevo en su vertiginosa actividad. El coronel Luis Urdaneta, á quien se había enviado á formar una división en el departamento de Trujillo con la cual se estrecharía el sitio del Callao, logró reunir hasta mll quinientos hombres i con ellos marchó á Lima, i el día tres de noviembre, á tiempo que desfilaba por el camino de aquel puerto, un es-

cuadrón de caballería enemiga, que esperaba emboscado, cayó de improviso sobre la división republicana, la desordenó profundamente, i como no pudo su jefe, por más esfuerzos que hizo, restablecer en ella la necesaria formación, porque era gente inexperta en los azares de la guerra, los españoles hicieron gran matanza en aquellas turbas dispersas, i la derrota fue completa i vergonzosa.

El día cinco, cuando el Libertador llega á Changai, tiene noticia del inesperado i mortificante descalabro; i á poco, Urdaneta con los restos de su fuerza, llega á aquel pueblo desesperado i rabioso. Allí Bolívar i el pundonoroso derrotado se dan á la tarea de crear lo perdido i de reorganizar la división, lo que tienen satisfactoriamente logrado para los primeros días de diciembre.

Esta división i mil soldados más colombianos recien llegados á Lima de Guayaquil, son destinados por el Libertador á estrechar el sitio puesto al inabordable Callao, donde tremola orgulloso el pabellón de España.

De noche pasa Bolívar por Lima acompañado de una pequeña escolta i sigue á recorrer los alrededores del Callao, cuyo cerco tiene confiado al activo i vigilante Salom. Regresa pocas horas después á la bella capital del Perú, donde ya se sabía de su paso, i muchedumbre entusiasta llena las calles, poco antes solitarias i sombrías; i vivas estrepitosos, gritos de alegría, repique general de campanas, anuncian que el héroe americano está allí al amparo de sus muros.

Bolívar en Lima se entrega á la ímproba pero necesaria labor de organizar el gobierno del Perú. Desvélase por restablecer la regularidad de la administración pública en todos sus ramos; i á ello consagra asiduo los afanes de su talento prodigioso i de su enérgica actividad.

A la mitad de la noche del día nueve de diciembre, solo en uno de los salones de su palacio, desvelado por mil graves pensamientos, se pasea de uno á otro extremo como buscando fatiga corporal que lo rinda al sueño reparador.

De improviso Eroclea i Colombia sonreidas se hacen visibles á su lado.

—¡ Victoria ! le dice una imprimiéndole un beso en la frente.

—¡ Victoria espléndida ! dice la otra con nuevo i amorosísimo beso.

—La causa de América ha triunfado definitiva i gloriosamente en el campo de Ayacucho, dice Eroclea.

—¿Qué me anunciais, amadas de mi alma? decidme cuanto sepais, exclama Bolívar enagenado.

—Hace más de tres semanas que yo i tu hija, dice Eroclea, seguimos el gallardo ejército que dejaste al mando del egregio Sucre. Sus tres divisiones acampadas en Talavera, San Gerónimo i Andahuailas permanecieron inactivas hasta el diez i nueve de noviembre en que Sucre supo que el mayor número de los cuerpos enemigos marchaban á Huamanga, i dispuso la salida del ejército á buscarlos. El diez i nueve sus avanzadas se batieron en el puente de Pampas con un cuerpo enemigo, i el veinte, al llegar á Uripa, se divisaron tropas españolas en las alturas de Bombón. Una compañía de *Húsares de Colombia*, i la primera del batallón *Rifles*, al mando del coronel Silva, fueron destinados al reconocimiento de aquellas fuerzas.

Eran tres compañías de cazadores que al punto fueron desalojadas de aquellas alturas i obligadas á repasar el río Pampas, donde estaba todo el ejército real, el cual, habiéndose situado á espaldas del republicano, le dejó cortadas sus comunicaciones.

Era difícil pasar el río, é imposible hacerlo forzando las posiciones enemigas, por lo qne el ejército patriota quedó en Uripa, frente al de los españoles, que estaba en Concepción, uno á vista del otro, los días veinte i uno, veinte i dos i veinte i tres, sin que cesaran las avanzadas de tirotearse frecuentemente.

El veinte i cuatro los españoles levantaron su campo en marcha hacia Vilcos-Huaman, i el ejército de Sucre vino sobre las alturas de Bombón, donde permaneció hasta el treinta, en que Sucre supo que los enemigos venían á la derecha del Pampas, por Uchubambas, á flanquearle, i dispuso pasar á la

izquierda del río para tener descubierta i protegida su retirada.

Los españoles al apercibirse de este movimiento repasaron rápidamente el Pampas.

Los cuerpos republicanos acababan de llegar á Matará en la mañana del dos de diciembre, cuando el español se avistó sobre las alturas. Sucre, prescindiendo de la mala posición que ocupaba su ejército, presentó batalla al enemigo; pero este la esquivó situándose en unas breñas no sólo inatacables, sino inaccesibles.

El día tres hizo el enemigo un movimiento que indicaba disponerse al combate, i se le presentó nuevamente la batalla; pero dirigiéndose sobre las inmensas alturas que tenía Sucre á su derecha, este temió que se pensase de nuevo en cortarle el camino de su retirada, lo que, ocupando aquel mal sitio, desprovisto de todo recurso, no era prudente tolerar. Así, pues, Sucre ordenó continuar á todo trance la marcha hasta la aldea de Cangallo á la izquierda del Pampas.

Para ejecutar esa marcha era necesario atravesar la difícil quebrada de Corpaguaico, que desagua en el río Pampas, antes de que llegase á ella algún cuerpo del ejército enemigo. La infantería de vanguardia al mando del general Córdova la pasó sin novedad alguna: de igual suerte lo hizo la infantería del centro que mandaba el general La Mar; pero cuando iban á efectuarlo los batallones *Vargas*, *Vencedor* i *Rifles*, que cubrían la retaguardia al mando del general Lara, fueron violentamente atacados por varios batallones i escuadrones realistas que llegaron á impedir el paso de dicha quebrada. *Vargas* i *Vencedor* se abrieron camino con sus armas cargándose á la derecha. *Rifles* tuvo que sufrir en posición sumamente desventajosa, el choque de todas las fuerzas enemigas i de su artillería; pero desplegada por este gloriosísimo cuerpo del ejército colombiano, su incontrastable intrepidez, pudo salvarse i pasar la terrible quebrada. La caballería republicana al mando del general Miller pasó por Chonta protegida por los fuegos *Vargas*, aunque mui hostigada por la infantería enemiga.

Más de trescientos hombres perdió allí el ejército libertador, gran parte de su parque i una de las piezas de artillería que llevaba.

El día cuatro los enemigos engreídos por esa ventaja del día anterior, destacaron cinco batallones i seis escuadrones por las alturas á la izquierda de los patriotas, á descabezar la quebrada con ánimo, al parecer, de librar el ansiado combate; i aunque la barranca de Corpahuaico permitía una fuerte defensa, como el ejército deseaba á cualquier riesgo aventurar la batalla, dispuso Sucre abandonar la barranca é ir á acampar en medio de la gran llanura de Cangallo.

Los españoles, después de subir la barranca marcharon velozmente á los enormes cerros que quedaban á la derecha del campo independiente, dando con esta operación testimonio evidente de que solo querían maniobrar sin combatir.

Descubierto tal propósito Sucre ordena en la noche del día cuatro la marcha de su ejército á la aldea de Guaichao, i el cinco en la tarde se continuó la marcha hasta Acos-Vinchos; llegando los enemigos á Tambillo á la vista de los republicanos.

El seis llega Sucre i su ejército al pueblo de Quinúa. Los españoles ejecutando una fuerte marcha por su derecha, vinieron á colocarse á la espalda del ejército republicano en las formidables alturas de Pacaicasa: el siete siguieron por la impenetrable quebrada de Huamanguilla, i en la tarde del ocho tomaron posiciones en las alturas del Cundurcunca, á tiro de cañón del campamento patriota, que había estado en reposo los dos últimos días observando las evoluciones del enemigo.

Esa misma tarde del día ocho, disparos de artillería se cambiaron de uno á otro campo; i algunas guerrillas que bajaron se batieron con otras que fueron á recibirlas.

La aurora del día nueve de diciembre del año mil ochocientos veinte i cuatro, iluminó gloriosa aquellos dos ejércitos que se disponían á decidir por la suerte de las armas los destinos del Perú i de la América.

La línea republicana se quebraba formando un ángulo; á

su derecha estaban los batallones *Bogotá*, *Voltigeaos*, *Pichincha i Caracas*, que mandaba el intrépido Córdova; al centro los *Granaderos i Húsares de Colombia* al mando de Miller; i á la izquierda, los batallones primero, segundo i tercero de la *Legión peruana* al mando de La Mar. Los batallones *Rifles*, *Vencedor i Vargas*, al mando de Lara, formaban la reserva.

Aunque el campo republicano estaba dominado por el campo realista, tenía defendidos sus dos flancos por unos profundos barrancos; i por su frente, la caballería enemiga no podía maniobrar con la amplitud que esta arma necesita.

Al recorrer el gran Sucre aquellos valientes cuerpos, yo i Colombia le acompañábamos invisibles, llenas de noble i justa satisfacción, i le inspirábamos á todos el mayor entusiasmo i el más arrogante orgullo marcial.

Vivas á la patria i á tu nombre resuenan en el campo patriota, en oposición á los que da á España el enemigo embriagado de vanidad.

La mayor parte de la mañana se empleó en fuegos de artillería i de cazadores.

A las diez, Sucre recorría la línea de sus tiradores, i observando que los enemigos situaban al pié de la altura cinco cañones al mismo tiempo que se arreglaban para cargar las diversas masas de su ejército, dió la orden de forzar la posición en que colocaban su artillería, i esta fue la señal de dar principio á la batalla.

Las columnas españolas descendieron velozmente la amplia cuesta como derrumbe desprendido de lo alto de la montaña. La izquierda republicana fue atacada con rudeza extrema por los batallones *Cantabria*, *Centro*, *Castro i Primer Imperial*, por dos escuadrones de húsares i seis cañones.

Por el centro bajaban los batallones *Burgos*, *Infante*, *Vicoria*, *Guías i Segundo del Primer Regimiento*, apoyados con tres escuadrones de *La Unión*, el de *San Carlos*, los cuatro de los *Granaderos de la Guardia*, i las cinco piezas de ariillería ya situadas que dieron origen al comienzo del combate.

De la altura de la izquierda descendían los batallones *Primero i Segundo de Geron*, *Segundo Imperial*, *Primero del Pri-*

mer Regimiento, Fernandinos i el escuadrón *Alabarderos de Rei.*

Viendo Sucre que el ataque por el centro tardaba en formalizarse, mientras que su izquierda sufría una furiosa carga, ordena que Córdova ataque rápidamente con los cuerpos de su mando por aquella parte. Este bravo general ordena al punto á los suyos *armas á discresión i paso de vencedores*, i marcha sobre el enemigo sin disparar, hasta cien varas distantes de sus columnas. Cargado entonces por los ocho escuadrones del centro español que acudieron á defender su ala derecha, Córdova hace sobre ellos nutrido i mortífero fuego, al mismo tiempo que la soberbia caballería patriota los acomete, los repele, los dispersa i los despedaza. Córdova i sus infantes continúan inalterables su terrible carga i todo plega ó cae ante ella.



Entretanto los enemigos, penetrando en nuestro campo amenazaban la derecha del general La Mar i se interponían entre este i el general Córdova; pero el batallón Vargas los ataca de frente al mismo tiempo que los *Húsares de Junín* los cargan por los flancos i los disuelven.

Los tres batallones de la Legión peruana i el *Vencedor* marchan audazmente sobre los otros cuerpos de la derecha enemiga que juntos, detrás de la barranca, presentan nuevas resistencias; pero reunidas todas las fuerzas de la izquierda patriota, atacan con admirable denuedo las del enemigo que al fin se declaran en completa derrota.

Mientras Córdova con sus valientes trepa la formidable altura del Cundurcunca, donde cae herido i prisionero el virrei La Serna ; La Mar, pasada la quebrada de su flanco, persigue al enemigo ; i Lara, por el centro, asegura el glorioso triunfo.

Viene después con La Mar el general Canterac á pedir á Sucre una capitulación ; i aunque la posición infeliz del enemigo podía reducirlo á sufrir una entrega á discreción del vencedor, creyó Sucre digno de la generosidad americana conceder algunos honores á los rendidos, que durante catorce años habían luchado victoriosos en el Perú.

Sobre aquel campo de batalla se están ajustando ahora los términos de esa capitulación, por la cual será entregado todo el territorio del Perú ocupado por las armas españolas.

Mil ochocientos cadáveres i setecientos heridos del ejército español ; i trescientos diez muertos i seiscientos nueve heridos del ejército republicano, yacen tendidos en el campo de Ayacucho.

Están en poder del ejército libertador los generales Canterac, Valdéz, Carratalá, Monet, Villalobos, Bedoya, Terráz, Camba, Somecurcio, Cacho, Landázuri, Vigil, Pardo i Tur, ochenta i cuatro coroneles, cuatrocientos cuarenta i cuatro oficiales, más de dos mil soldados ; i cantidad inmensa de fusiles i de municiones.

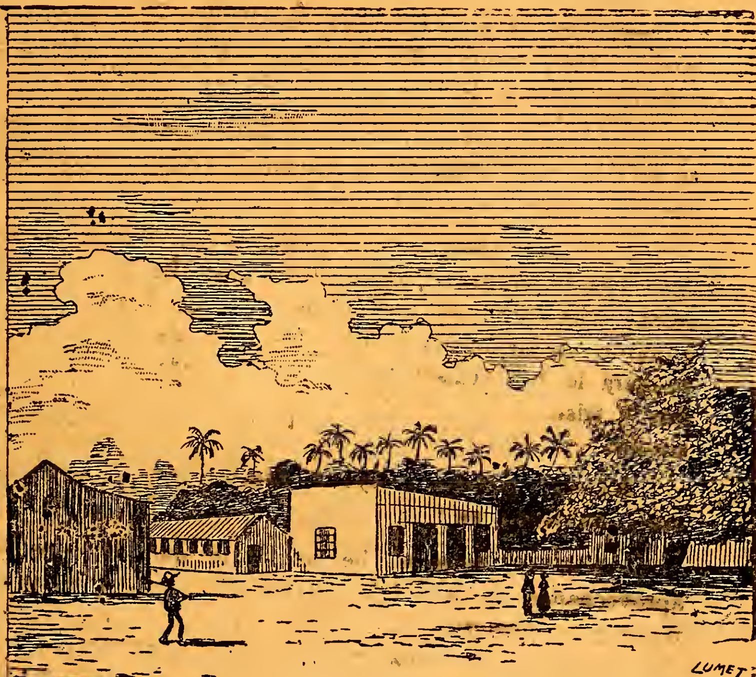
Nueve mil hombres era el ejército español ; seis mil, el republicano.

Los españoles mismos han admirado el orden i la sangre fría del ejército patriota en su retirada desde Cusco hasta Huamanga ; i su intrepidez incontrastable en el campo de batalla.

La independencia del Perú i la paz de América se han firmado hoi en el campo de Ayacucho.

—¡ Dios mío ! ¡ Cuán grande fellcidad me das, exclama Bolívar, porque he podido ver cumplida la obra á que he consagrado todo el poder de mi amor i de mi voluntad! Eroclea, divina esposa mía ; Colombia, hija idolatrada, es esa la victoria más gloriosa de cuantas han obtenido las armas independientes en el Nuevo Mundo. Ayacucho, semejante al Chimborazo, levanta su cabeza erguida sobre todos nuestros triunfos.





ETAPA SÉPTIMA

SANTA MARTA



Ha trascurrido en el tiempo una olimpiada. Son las doce de la noche del día veinte i cinco de setiembre del año mil ochocientos veinte i ocho. La luna llena brilla espléndida en un cielo sin nubes.

Bolívar duerme en su palacio de Bogotá. Eroclea i Colombia, visibles, le despiertan i le obligan á que se descuelgue por una ventana de su dormitorio que da á la calle, i huya con ellas. Caminan apresuradamente hasta una ligera eminencia i allí reposan.

—Decidme, qué va á suceder? pregunta Bolívar á sus acompañantes.

—Contra tí, le dice Eroclea, estalla en este momento una horrible conjuración. Tu palacio va á ser asaltado por tus enemigos que te buscan para asesinarte.

—Para asesinarme! exclama Bolívar asombrado. ¿I así se olvidan mis compatriotas de mis servicios, cualquiera que sea el tamaño de mis errores?

—Sí, dice Eroclea: las pasiones enardecidas no raciocinan. Ah! Recuerda ahora las palabras de Sofía en el Orinoco: "Si algún día aceptas de nuevo la dictadura, se marchitarán en tu amada Eroclea las rosas de sus mejillas, i se apagará la luz avasalladora de sus miradas." Vé cuán pálida i triste estoi: yo i nuestra hija vivimos en continua zozobra.

Bolívar, pensativo, oye á Eroclea, quien continúa animada hablando así:

—Muchas veces te he advertido que Diconoa se está aprovechando de la índole perversa de algunos de tus compañeros para perderte. Acuérdate! El veinte i tres de enero del año mil ochocientos veinte i seis, capituló en el Callao el español Rodil, después de haber resistido más de un año con heroica tenacidad el estrecho sitio que le pusiste al mando del incansable é íntegro Salóm: aquel era el último baluarte de España en América.—Tu grande obra está ya concluida, te dije aquel día: abandona las riendas del mando que ya empiezan á ser odiosas en tus manos, i vamos á vivir apartados de las vanas pompas i de las amargas intrigas del mundo, en la dulce soledad del bosque de laureles que has plantado.—Quisiste seguir mis consejos; pero algo más fuerte que mi voz te detuvo. Malas pasiones se encienden en el pecho de quienes gobiernan la gran república des-

de Bogotá: celos, desconfianzas, envidias, soplan venenoso aliento en el alma de los magistrados. Se acusa á Páez en el Senado, i se le suspende de su empleo en Venezuela. Disturbios en Valencia, que se propagan sobre todo el inmenso departamento, son las primeras convulsiones de la anarquía, que luego desatará al viento todos los alaridos de su locura i todas las fuerzas de sus palpitantes músculos. El grito de *reformas* se hace clamor popular en Venezuela, i como eco de clarín en la montaña, repercute en Guayaquil i en Quito.

En agosto del año mil ochocientos veinte i cinco las provincias del Alto Perú constituyen la nueva república que lleva tu nombre, i esta te pide, como pide la hija á su padre, ideas para su definitiva constitución política. El código que le das es mal recibido: Diconoa lo lleva entre sus manos abierto á todos los ojos que se deslumbran con tu gloria.

Te han tentado tus principales tenientes, llenos de pavor al divisar la lejana polvareda que levanta el ciclón de la anarquía, te han tentado con la corona, que hubiera inundado mi alma de eterna tristeza. ¡Qué feliz fuí cuando te oí exclamar entonces con la sublime arrogancia que admirarán los siglos: "Yo no soi Napoleón, ni quiero serlo; tampoco quiero imitar á César: tales ejemplos son indignos de mi gloria; el título de *Libertador* es superior á todos los que ha recibido el orgullo humano."

El día cuatro de setiembre de mil ochocientos veinte i seis abandonas por fin la encantadora ciudad de Lima, i el cuatro de noviembre llegas á Bogotá i te haces cargo de la presidencia de la gran república suramericana.

Los disturbios de Venezuela te llaman á Caracas, i en el mes de diciembre marchas, camino de tu ciudad natal, por la vuelta de Maracaibo. Desde esta brillante hija del gran lago, invitas á los venezolanos á suspender los enojos que los dividen i perturban la tranquilidad de la patria; i el último día de ese año arribas á las mansas aguas de Puerto-Cabello, decretas solemne amnistía por los trastornos ocurridos, i reconoces en Páez el título i la autoridad de Jefe Civil i Militar de Venezuela. Con él entras á Caracas el diez

de enero del año mil ochocientos veinte i siete en medio de gigantezca ovación.

Pero el triunfo de Páez era la derrota moral de Santander, i Diconoa se hace la consejera de este para activar el fermento de sus pasiones. El día quince de febrero el general Gómez i muchos militares, en una exposición dirigida al Gobierno en Bogotá, estampan estas frases: "el pueblo no querrá un gobierno cuyas funciones se ejerzan por un individuo á perpetuidad, ó se hereden por sucesión!" Pretestando iguales principios, Bustamante se subleva el veinte i seis de enero en Lima con la tercera división colombiana auxiliar; i Santander celebra aquel delito como una victoria. Acuérdate: yo te hice ver la tormenta que se condensaba para perderte: tú me oiste, i desde Caracas enviaste al Congreso aquel mensaje glorioso:—"Las sospechas de una usurpación tiránica, dijiste en él, rodean mi cabeza i turban los corazones colombianos. Los republicanos celosos no saben considerarme sin un secreto espanto, porque la historia les dice que todos mis semejantes han sido ambiciosos. En vano el ejemplo de Washington quiere defenderme: una ó pocas excepciones nada pueden contra toda la vida del mundo oprimido por los poderosos. Con tales sentimientos renuncio una i mil veces la Presidencia de la República. El Congreso i el pueblo deben ver esta renuncia como irrevocable."—Acuérdate: un amorosísimo béso imprimieron mis labios sobre tu frente cuando firmaste esa renuncia.

En el quinto Congreso, instalado el dos de mayo, se da cuenta de esa expresión sincera de tu alma: cincuenta votos niegan la aceptación de tu renuncia: veinte i cuatro la aceptan.

La anarquía cunde en Quito i Guayaquil. La república de Bolivia se constituye i nombra á Sucre presidente vitalicio. El Perú adopta la constitución boliviana i te nombra también presidente vitalicio; pero á poco, Santa Cruz reune en Lima un Congreso constituyente que declara nula la constitución boliviana i vigente la de mil ochocientos veinte i tres, i nombra á La Mar presidente de la República, quien, como

primer acto de su gobierno, sitúa tropas en las fronteras del Ecuador i de Bolivia.

Para reorganizar la gran república convocas la convención de Ocaña ; i en la elección de sus miembros triunfan tus enemigos.

El nueve de abril de mil ochocientos veinte i ocho, se instala la convención con escaso número de miembros, i anuncia á los pueblos de la república su reunión con estas palabras que hirieron mi alma :—"Vuestro primer magistrado proclamó á la faz del mundo que la gran Convención era el grito de Colombia. Convocada por el Congreso, todos han aplaudido su llamamiento i vosotros habeis hecho elecciones de vuestra voluntad. Ninguna especie de coacción ha impedido el pronunciamiento de la opinión nacional. Los grandes hombres, dignos de eterna memoria, que echaron los primeros fundamentos de la libertad ; tantos ciudadanos generosos que rindieron la vida en el campo del honor ; un crecido número de patriotas virtuosos sacrificados en los patíbulos: todos ellos no se inmolaron sino á la Patria, para legarnos sus heróicos hechos como otros tantos títulos al establecimiento de un gobierno que por su bondad fuese equivalente á tan inmensos sacrificios. La gran república suramericana, apenas naciente, tuvo una alta reputación debida á sus instituciones i á su marcha firme i magestuosa : era alto honor ser colombiano ; pero sucesos desgraciados han eclipsado este nombre i obscurecido su fama : tristes i malhadados acontecimientos han abierto heridas al crédito nacional i turbado el orden. En el templo de la Patria no deben levantarse altares sino abrirse sepulcros á la discordia."—

Eran aquellas voces el rugido lejano del desencadenado huracán. En el barómetro de tus glorias yo veía con horror descender la brillante columna.

Sabes entonces que un motín militar en Chuquisaca ha roto un brazo al héroe de Ayacucho, i esta sangrienta noticia innunda de amargura tu corazón.

La convención de Ocaña, presa de los furores de la más terrible anarquía, desaparece con ignominia ; i vienen ¡ai! como remedio á esta derrota, las tristes actas de pronunciamientos

para tu funesta dictadura, suscritas por los mismos que acababan de pedirte que convocases la Convención. Tú no oiste á tus aduladores; tú bien sabías los móviles que los llevaban por el camino de tu deificación; pero oiste á tu orgullo que quería conservar la obra de esta gran república, que se deshace en sus mal soldados fragmentos: oiste á tu orgullo i no quisiste aparecer cobarde ante el último conflicto.—

En este instante el trueno del cañón i descargas de fusilería estallan en la ciudad i despiertan con susto á todos sus moradores. Gritos de muerte contra Bolívar se oyen en el recinto mismo de su palacio.

—Hé ahí, dice Eroclea, los amarguísimos frutos de la dictadura. Por mis mejillas pálidas i por mis ojos tristes, te suplico que huyamos de este monstruo. ¿Quién puede llamar cobarde á quien, como tú, ha combatido durante cuatro lustros sin tregua, ni descanso? ¡Que no se anide jamás en tu corazón el odio vulgar! Huye conmigo i con tu hija á vivir, retirados del mundo, tus últimos días: serás bendecido por todos los hombres. No quieras que caigan sobre tu gloria manchas que afeen su deslumbrador brillo.

***

Trascurren dos años tristes después de esta tristísima noche.

Esa hermosa casa de campo rodeada de altos árboles es la quinta llamada de San Pedro Alejandrino, en las cercanías de Santa Marta.

Es el diez de diciembre del año mil ochocientos treinta.

En una de las salas de esa quinta está Bolívar sentado en ancho sillón, flaco, de amarillenta tez, ojos hundidos, labios blancos i con fatigosa respiración. A su lado están Eroclea i Colombia.

El Libertador habla como consigo mismo, con pausas prolongadas al fin de cada período del destrabado discurso.

—"¡ Maldita dictadura! ¡ Sí, maldita mil veces! ¡ Qué débil fuí al aceptarla! Olvidé por miserable orgullo los con-

sejos de Sofía: desdeñé torpe i soberbio tus súplicas, Eroclea. ¡I cómo fuí más débil todavía al oir los perniciosos consejos de los que se llamaban mis amigos, después de aquella noche terrible del veinte i cinco de setiembre!—¡Qué horribles i dolorosos aquellos fusilamientos de Bogotá!—¡Cómo rodaba yo por una pendiente resbaladiza sin que me fuera dado subir de nuevo á la cumbre!—¡La guerra civil! ¡La guerra civil! ¡Qué escándalo de América en el Mundo! ¡Qué vergüenza para los libertadores! ¡Qué oprobio para la Pa-



tria! Pero La Mar ha sido culpable de la sangre hermana derramada en Tarqui.—Córdova, el gallardo adalid de Pichincha i de Ayacucho, cuán tristemente muere á los disparos de nuestros fusiles!—¡ I tú, virtuoso Sucre, cómo caíste atravesado de inicuas balas sobre el fango del camino en la sombría montaña de Berruecos! ¡ Cómo dormiste el último sueño, solo, abandonado, una noche entera, en aquel lecho inmundo, vencedor egregio de Ayacucho!—¡ Qué urdimbre diabólica aquella que se tramaba para mi coronación! ¡¡ Yo rei!! ¡¡ Locura espantosa!! Pero Venezuela ha sido cruel, mui cruel conmigo: ha visto en mí el origen de todos los males, i dice que tiembla todavía al considerar el riesgo que corrió de haber sido para siempre mi patrimonio; i teme de mí mientras permanezca en territorio colombiano. He debido, sin duda, haber cometido gravísimas faltas para merecer este castigo infernal.—Quise traspasar los límites señalados á mi misión en el mundo, i caí en el escabroso terreno que aún no ha allanado la lima de los tiempos. Pero la independencia de América se ha logrado."

—I perdurará, Bolívar, dice Eroclea; i tu nombre como Libertador de la Patria, será inmortal i venerado por todas las generaciones venideras.

—Sí, amado padre mío, dice Colombia: tu nombre i tu historia vivirán mientras el sol ilumine la América sobre la haz del mundo.

—Pocos días viviré ya, exclama Bolívar, dando una mano á Eroclea i otra á Colombia; i agrega, viendo fijamente á esta última:

—¡ Pobre hija mía!—Pero si mi muerte contribuye á que cesen los partidos i se consolide la unión yo bajaré tranquilo al sepulcro.



Siete días pasan sin alivio para el augusto enfermo: los cuidados de un afectuoso médico apenas calman los dolores i los fatales síntomas.

Al amanecer el diez i siete de diciembre toda esperanza

de vida se ha desvanecido: la respiración anhelosa, el pulso apenas sensible á la presión del dedo del facultativo, el hipo tenaz, la fisonomía singular del moribundo, todo anuncia que aquella lastimosa escena va á terminar en pocos instantes.

A la una del día exhala el Libertador el último aliento de su vida. Rodean su lecho, silenciosos, llenos de lágrimas los ojos, además del médico Reverand, los generales Mariano Montilla, José María Carreño i Laurencio Silva i los coroneles Belford Wilson, José de la Cruz Paredes, Joaquín de Mier i Juan Glen.

Al morir Bolívar, se hace visible sobre un sillón al lado del lecho, el cuerpo inanimado de Colombia. Eroclea, Sofía i Eleutera se hacen también visibles con asombro de los que allí están.

—¿Quién es esa preciosa dama que aparece muerta al lado del Libertador? pregunta Montilla.

—Es la hija de Bolívar i la Gloria, contesta Sofía.

—¿Su nombre?

—Colombia.

Corren entonces todos los oficiales al patio interior de la casa, atraídos por voces que desde allá llaman á gritos á contemplar una estupenda maravilla.

El cielo obscurecido como por próxima i gran borrasca, señala un punto de intensa luz. Pueblan el espacio las almas de los héroes i mártires en la guerra por la independencia, luminosas, visibles á los ojos humanos, en las formas que afectaron sus cuerpos cuando vivieron sobre la Tierra. Hacia el punto donde la gran luz resplandece, vuelan cinco águilas gigantescas que tiran de una carroza romana en que va sentado Bolívar con Washington á su derecha i Colombia á su izquierda. Detrás siguen á un lado, José María España i las víctimas de Caracas en mil setecientos noventa i nueve; i al otro las víctimas de Quito en mil ochocientos nueve —Dos magestuosas figuras se ven después: Miranda i Nariño. Ensangrentados siguen Bernardo Bermúdez i Giraldot; i como enjambre luminoso, Aldao i sus mil compañeros. Juntos van

Rivas Dávila, Campo Elías i Villapol, gallardos en sus portes; i, envuelto en obscura nube, donde brilla la roja luz de encendido leño, que sujeta su diestra, sigue Ricaurte de faz sonreída i gloriosa. Después Muñoz-Tébar, Mendiri, Jalon, García de Sena i las víctimas por la Patria en el sitio dos veces nefando de La Puerta.—En dilatado escuadrón que marcha en inmenso semicírculo, los millares de venezolanos inmolados en las batallas de Barcelona i Maturín; i Freites en medio de los que fueron víctimas en la Casa Fuerte; i majestuoso, Rivas, el terror de los tiranos. Después siguen los muertos en San Félix guiados por Chipía i por Landaeta. Allí van Díaz i los heroicos marinos muertos en todos los combates, con los elegantes trajes que lucieron á bordo de sus célebres buques: i acá, agrupadas, las víctimas heroicas de la isla de Margarita.—Hacia este lado, Genaro Vásquez i los muertos en Semen i Ortiz; i después Salcedo, Galindo, Prado i los muertos en el Rincón de los Toros.—Hacia aquel otro lado se contempla á la bella Policarpa, al sabio Caldas i á los patriotas sacrificados en los patíbulos.—Después Zea i Roscio.—Arrogante grupo aquel de los llaneros muertos en los combates apureños; dolorido aquel otro de los que perecieron en la terrible marcha de Mantecal á Socha.—Siguen después, radiantes, Anzoátegui, Rondón i los muertos en Gameza, Vargas i Boyacá; Cedeño, Plaza i los muertos por la Patria en el campo de Carabobo; Pedro León Torres i los que sucumbieron denodados en Bomboná; Sucre, después, descollando en medio de aquellos que rindieron heroicos la vida en Pichincha, en Junín i en Ayacucho.

América ha llevado dos héroes magníficos al panteón de la Historia: WASHINGTON i BOLÍVAR. Al penetrar ellos al glorioso templo todos los antiguos héroes de Asia i Europa hasta Alejandro, César i Napoleón, han palidecido.

Mientras los circunstantes extáticos contemplan aquella apoteosis divina, aquella marcha solemne i triunfal de las almas de los héroes al cielo de la inmortalidad, las tres ninfas, después de besar amorosas la yerta frente de Bolívar, cargan el rígido cuerpo de la bella hija de Eroclea, llévanlo fuera de la casa al inmediato campo i lo colocan allí sobre el

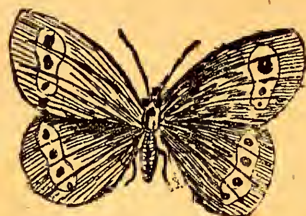
lomo de inmenso cóndor que ha bajado de las alturas. Lleva el ave en su cuello, grueso anillo de oro, de donde parten cinco cintas, cada una de un color de los más vivos del iris, i cuyos extremos son llevados por cinco amazonas. Reluciente casco griego de acero cubre sus hermosas cabezas; i sus pechos, bruñido peto del mismo metal, que lleva cada uno grabado un nombre. El que ostenta la del medio dice: *Boyacá*; el de las demás: uno, *Carabobo;* otro, *Pichincha;* otro, *Junín;* otro, *Ayacucho.*

Cóndor, amazonas i ninfas se levantan al mismo tiempo de la superficie del suelo, lijeras, como el humo que asciende á las nubes.

De Santa Marta, la fúnebre aérea procesión se dirige al sur, i por mucho tiempo contempla bajo sus pies serpenteando el majestuoso Magdalena. Cuando llega sobre el famoso campo de Boyacá, una lluvia de rosas cae de las manos de las tres ninfas i de las cinco amazonas. Desde allí retroceden hasta pasar por sobre la ciudad de Pamplona, i luego doblan al este, i van, por encima de la gran selva donde nacen el Nula i el Sarare, á volar sobre los llanos del Apure. Siguen después el curso del gran río Orinoco hasta Angostura, donde descienden al llano que comienza al sur de la histórica ciudad. Del lomo de la noble ave recojen las tres ninfas el yerto i precioso cuerpo de Colombia, i lo depositan sobre el campo. Cúbrenlo luego completamente: Sofía con ramas de laurel; Eroclea, de mirtos; Eleutera, de palmas. Las cinco hercúleas amazonas comienzan entonces una tarea de cíclopes: van i vienen trayendo sobre los hombros inmensas moles de granito que colocan en torno al cubierto cadáver, hasta formar sobre él una sólida cúpula, que siguen luego engrosando por todos lados i por encima con grandes rocas de la misma clase. Al cabo de algunas horas han levantado allí una colina, túmulo glorioso, que cubre i guarda los amados restos.

Lanza el cóndor grito lastimero i agudísimo i se remonta hasta perderse en las nubes. Ninfas i amazonas desaparecen en un instante. Silenciosa i desierta queda la pirámide de

ennegrecido granito ; i sólo una linda mariposa de brillantes colores, vuela vagarosa por entre las grietas de aquellos aglomerados i duros peñascos.




00032390699
UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL